

Suaves delicias

Patricia Thayer

Suaves Delicias

Patricia Thayer

2º Serie Multiautor Receta de Amor

Suaves delicias (2007)
Título Original: Coming home to the cowboy (2006)
Editorial: Harlequin Ibérica
Serie multiautor: 2º Receta de amor
Sello / Colección: Jazmín Miniserie 14
Protagonistas: Mitchell Tucker y Rebecca Valentine

Argumento:

Había llegado allí en busca de tranquilidad… y había encontrado el amor

Rebecca Valentine, ejecutiva de publicidad de Nueva York, se enfrentaba al mayor desafío de su vida: su reloj biológico. En un esfuerzo por mantenerlo todo bajo control, decidió pasar un tiempo en un tranquilo rancho de Wyoming…

El encantador Mitchell Tucker no era en absoluto lo que Rebecca esperaba. El ranchero no sólo era un millonario hombre de negocios sino que también era un padrazo dedicado en cuerpo y alma a sus dos hijos. Rebecca no podía negar la atracción que sentía por él, pero no podía abandonar todo lo que había deseado en la vida para lanzarse a lo desconocido… O quizá sí.

PRÓLOGO

SE LE había agotado el tiempo.

Rebecca Valentine permaneció de pie ante el ventanal contemplando Central Park. Había trabajado mucho para conseguir ese enorme despacho y ser la nueva socia en la agencia de publicidad Pierce. Había sido su objetivo desde que terminó la universidad. Le había llevado diez años, pero lo había conseguido. Mientras tanto, había perdido algo que deseaba incluso más.

Volvió a leer el informe médico de los últimos análisis: «Desarrollo de tejido cicatricial provocado por la avanzada endometriosis… lo que provoca una importante reducción de las posibilidades de concepción. Se recomienda cirugía.»

En términos llanos: nada de hijos.

Su ginecólogo, el doctor Shields, le había advertido durante años que se diera prisa en tener hijos. Y no era que Rebecca no los hubiera tenido de forma deliberada, simplemente era que no había encontrado al padre adecuado y, por supuesto, su carrera profesional había contribuido al retraso. Pero treinta y tres años no podían ser demasiados para tener un niño.

Deseaba tener hijos. No estaba segura de si habría sido una buena madre pero, tal y como se habían puesto las cosas, ya no lo iba a saber. Nunca tendría la oportunidad de sentir que una vida se desarrollaba en su vientre, ni de saber cómo era darle el pecho, ni de dar todo su amor a un hijo.

Se le escapó una lágrima pero la secó rápidamente. El médico también le había informado de que tenía anemia y que tenía que bajar el ritmo, alejarse un poco del estrés que le provocaba su trabajo. La prescripción había sido que se tomara unas vacaciones. ¿Cómo se suponía que iba a hacerlo si era responsable de al menos diez cuentas? Todas eran importantes, sobre todo desde ese momento en que lo único que tenía era su trabajo.

Llamaron a la puerta del despacho y Brent Pierce asomó la cabeza. El guapo hijo del dueño de la agencia siempre tenía una sonrisa para ella.

—Hola, Beck, tengo una propuesta que hacerte.

—A menos que, esté relacionada con relajarse en una playa las dos próxima semanas, no me interesa.

—¿Te vas de vacaciones? —dijo sacudiendo la cabeza—. Estarás

aburrida a los dos días.

—Brent, he trabajado sin parar los últimos seis meses. Mi médico me ha dicho que necesito algo de tiempo libre, tengo anemia —era todo lo que le iba a contar.

Brent entró al despacho y se sentó en el borde la mesa.

—Tendrás que comer un montón de carne roja. Te necesito sólo una vez más, Rebecca. Una nuéva cuenta de carne de ternera de ganadería extensiva —de pronto le brillaron los ojos—. Ya sabes. Hay un modo de que los dos consigamos lo que queremos. Puedes llevar esta cuenta e irte de vacaciones —su sonrisa se amplió—. ¿Qué te parece cambiar la playa por un rancho en Wyoming?

CAPÍTULO 1

REBECCA miró desde la ventana de la Cessna las majestuosas Montañas Rocosas. El brillante sol de mayo se reflejaba en el verde esmeralda de los pastos.

De pronto el avión descendió un poco más y tuvo una vista mejor. El rancho Tucker entró en su campo visual. Una cerca blanca discurría paralela a la carretera que llevaba a una irregular casa de ladrillo y madera blanca, con contraventanas de color verde oscuro y rodeada de césped perfectamente segado. Su atención se dirigió hacia los edificios más alejados, unos cuantos graneros pintados de rojo. En un gran vallado, dos preciosos caballos blancos y negros, appaloosas, paseaban libremente.

«Así que éste es el impero en Wyoming de Mitchell Tucker», pensó Rebeca.

Rebeca identificó en ella la habitual excitación ante la perspectiva de un nuevo cliente. La caza que ponía a prueba su talento era su parte favorita del trabajo. Tenía unas cifras impecables desde sus primeras cuentas. No iba a dar a aquel ranchero millonario la posibilidad de pensar en otra agencia para que le llevase la promoción de su nuevo negocio: carne de ganado criado en libertad.

El piloto le dio un golpecito en el hombro y le explicó por señas que iban a aterrizar.

—Estoy lista —dijo, y respiró hondo para relajarse.

Aquello podían ser unas vacaciones parciales, pero estaba decidida a trabajar a tope. Era lo único que sabía hacer. Además, ¿qué otra cosa podía hacer en Wyoming?

Mientras esperaba que aterrizara la avioneta, Mitch Tucker se apoyó en el todoterreno negro. Sus hijos permanecían de pie tras él al final de la pista de aterrizaje. Todavía se preguntaba si no debería hacerse mirar la cabeza por aceptar la visita de una agencia de publicidad de Nueva York. Había renunciado a toda esa parte de su vida dos años antes, cuando había vendido todos sus negocios internacionales. Su objetivo era centrarse en trabajar en Wyoming, cerca de su casa. Se había estado resistiendo a verse otra vez

involucrado con aquel modo de vida que había olvidado tan deprisa. Esperaba poder resolver todo allí mismo, para así poder controlar las operaciones totalmente.

Miró a su hija de once años. Greta Caroline, que no sólo era idéntica a su madre, rubia y con ojos azul zafiro, sino que también era testaruda cuando quería algo. Su hija había sido la única que en la práctica había apoyado su idea de criar ganado en libertad.

Greta había pasado horas buscando por Internet agencias de publicidad para aquel proyecto. Y después de haber hecho él su propia búsqueda, supo que necesitaban la promoción adecuada para hacer rentable aquella aventura. No le preocupaba el dinero, lo que más le importaba era trabajar con sus hijos. Aquello era lo primero que había interesado a Greta desde la muerte de su madre. No podía negárselo.

Si no hubiera sido por sus hijos, la pérdida de Carrie hubiera acabado con él. Cuando murió su madre, Greta tenía sólo nueve años y Colby tres. Eran lo único que hacía a Mitch salir de la cama todos los días, poner un pie delante del otro y seguir adelante.

Dos años después, hacía mucho que había dejado de viajar y se había implicado más en el trabajo del rancho. Pero siempre, por delante de todo, estaban sus hijos. Eran la razón por la que estaba allí de pie, esperando a una ejecutiva de Nueva York para promocionar su nuevo producto. Era sólo el comienzo de su nueva vida. Algún día, quería proporcionarles a sus hijos una familia completa de nuevo.

—Por favor, papá, prométeme que serás agradable.

Miró hacia abajo a la cara de preocupación de su hija.

—Esto son negocios, no siempre se puede ser agradable. Seré amable.

—Pero es que tú puedes ser… intimidatorio.

—En los negocios eso no es malo, Greta.

La niña suspiró dramáticamente.

—Dijiste que les darías una oportunidad. He estado buscando esto y necesitamos la publicidad adecuada para promocionar nuestra carne. Por favor, escucha las ideas de la señorita Valentine.

—Dije que lo haría y no incumplo mis promesas —¿cómo demonios iba a saber una neoyorquina algo sobre ranchos de Wyoming?—. Hablé con Brent Pierce y me aseguró que la señorita Valentine era la persona adecuada para este trabajo.

—Rebecca Valentine es una de sus mejores agentes y nueva

socia —dijo Greta con entusiasmo—. Trabaja en la agencia Pierce desde que se doctoró en la universidad, con Cum Laude, hace diez años.

—Guau, ¿dónde has conseguido toda esa información?

Greta miró hacia arriba a su padre desplegando aquella sonrisa que le hacía derretirse.

—Busqué como tú me enseñaste.

Antes de que pudiera decir nada más, Colby empezó a saltar señalando al otro extremo de la pista donde acababa de tocar tierra la avioneta.

—Ya están aquí, papá.

Cuando el aparato se detuvo, Mitch tomó la mano de su hijo y los tres se dirigieron hacia allí. Le daría una oportunidad, como había prometido, aunque era consciente de que tenía que estar loco para llevar a su casa a una mujer con esa trayectoria. La señorita Valentine no era el tipo de mujer con la que había planeado que se relacionaran sus hijos, ,ni de la clase que estaría cómoda en un rancho de ganado.

Mitch se detuvo al lado de la Cessna mientras el piloto y el capataz, Wally Hagan, la rodeaban para abrir la puerta de los pasajeros. Lo primero que vio de la agente neoyorquina fueron dos altísimos tacones al final de una largas y bien formadas piernas. Una súbita sequedad en la garganta de Mitch le hizo difícil tragar al ver las rodillas y parte de los muslos.

Ayudándose de la mano de Wally, la pasajera, finalmente, consiguió salir de la avioneta, avanzó un poco y entró en una zona donde daba el sol. Mitch se quedó sin respiración. Rebecca Valentine era una mujer alta,— de pelo castaño dorado recogido en un moño excepto unos cuantos rizos que rodeaban su hermoso rostro.

Una sonrisa llenó su boca, pero fueron sus ojos de un azul claro, casi gris, lo que lo impresionaron más. No se había dado cuenta de que la había estado mirando fijamente hasta que su hija le dio un codazo.

—Señorita Valentine… soy Mitch Tucker —dijo ofreciéndole la mano—. Bienvenida a Wyoming.

Le dio un firme apretón de manos.

—Por favor, llámeme Rebecca.

—Y a mí Mitch —y rápidamente continuó—: Ésta es mi hija, Greta.

Le dio la mano a la niña.

—Greta, me alegro de conocerte finalmente.

—Yo también me alegro de conocerla, señorita Valentine.

—Como vamos a trabajar juntas, por favor, llámame Rebecca.

Greta se volvió hacia su padre y éste le dio permiso asintiendo con la cabeza.

Mitch colocó a su hijo pequeño delante de él. El niño de cinco años estaba sucio y despeinado.

—Y éste es Colby.

Colby sonrió mostrando el hueco dejado por un diente que le faltaba.

—Hola, Rebecca. Tengo cinco años —dijo mostrando cinco dedos.

—Bueno, eso es ser mayor ya —respondió ella—. Seguro que ya vas al colegio.

—Este año he empezado preescolar —dijo negando con la cabeza.

Mitch fue hacia el todoterreno.

—Bueno, vamos a llevarte a casa y a instalarte en tu cuarto.

Wally ayudó a Mitch a cargar las maletas y los niños se subieron detrás. Mitch dio la vuelta hasta la puerta del acompañante para ayudar a Rebecca a subir al elevado asiento. La corta falda se levantó peligrosamente amenazando el pudor de Rebecca y la salud mental de Mitch.

—Las camionetas y las minifaldas no combinan muy bien —dijo ella—. Supongo que no pensé en que esta ropa no sería adecuada. Debería haberme puesto pantalones.

—Unos vaqueros habrían sido lo mejor —intervino él—. Si me permites ayudarte a subir…

—Claro.

Carraspeó mientras la levantaba y la depositaba en el asiento, pero no sin antes haber disfrutado de su aroma y sentido la tentadora curva de su estrecha cintura.

—Como decía, unos pantalones lo hubieran hecho más sencillo… para los dos —dijo haciendo una mueca sabiendo que sus palabras eran demasiado reveladoras.

Demonios, llevaba viudo dos años.

La casa era incluso más impresionante al mirarla de cerca.

Rebecca pudo apreciar los detalles de la cerca y las flores que alegraban el porche. Mitch rodeó la casa y se dirigió a la puerta trasera.

—Vivimos de forma muy sencilla y la puerta de atrás está más cerca de todo —le dijo Mitch.

—Lo sé —respondió Rebecca—. Pasé mucho tiempo con mis abuelos, siempre entrábamos por la puerta de atrás.

Por alguna razón estaban charlando relajadamente. Sabía que Mitch Tucker no había estado precisamente emocionado con la idea de llamar a una agencia de Nueva York, pero era un hombre de negocios y quería la mejor promoción de su producto. Sólo necesitaba convencerlo de que ella era la persona más adecuada para hacerlo.

Una vez Mitch hubo aparcado, Rebecca abrió la puerta de la camioneta y salió sin ayuda de nadie. Mitch agarró sus maletas y subió los escalones del pequeño porche trasero. Macetas de colores llenas de flores daban al lugar un aire hogareño y acogedor.

Mitch abrió la puerta y le cedió el paso para que entrara. Ella se encontró en una habitación en la que había una lavadora, una secadora y algunos pares de botas alineados junto a la pared. Atravesó aquella sala y llegó a una cocina de color amarillo brillante con armarios de arce y una encimen de baldosines blancos. Enfrente de una hilera de ventanas que daban al rancho había una mesa plegable.

—Esto es precioso —dijo mientras Mitch seguía hacia el interior de la casa llevando sus maletas.

Iba a seguir tras él cuando Greta la detuvo.

—El amarillo era el color favorito de mi madre —dijo la niña.

Colby sacó una silla y se subió encima.

—Murió cuando yo era muy pequeño —dijo mientras sus ojos marrones brillaban.

—Lo siento —aunque conocía la historia de la familia Tucker, no estaba preparada para tratar con ella. Ninguna criatura debería criarse sin madre.

—Nos quería muchísimo —añadió el niño.

—Estoy segura de que sí —dijo Rebecca luchando contra el deseo de abrazarlo.

—¿Tienes niños pequeños? —preguntó Colby. Su pecho tembló con aquel conocido dolor.

—No.

—¿Y niñas?

Rebecca tragó saliva, incapaz de hablar. Negó con la cabeza.

—Colby, Rebecca es una mujer de negocios que vuela de un lado al otro del país por cuestiones de trabajo —cortó Greta.

Mitch volvió.

—Eh, ¿podéis parar de hablar al menos hasta que Rebecca esté instalada? No querréis asustarla, ¿verdad?

Los niños abrieron los ojos de par en par.

—Perdónanos, Rebecca —dijo Greta.

—¿Por qué no vienes y te enseño tu cuarto para que puedas descansar? —intervino Mitch señalando hacia el pasillo.

Rebecca estaba cansada y con el estómago un poco revuelto después del largo viaje hasta Denver y el vuelo hasta el rancho.

—¿Qué te parece si descanso un ratito y después comentamos algunas ideas?

—Descansa hoy, mañana empezaremos —dijo Mitch.

Antes de que pudiera contestar la estaba acompañando por el pasillo hasta una puerta de dos hojas que daba a un enorme dormitorio. Las paredes estaban pintadas de un azul pálido con una cenefa blanca. La cama de caoba de cuatro postes estaba cubierta con un edredón de satén.

—Es una habitación preciosa —dijo ella suspirando—. Creo que es más grande que mi apartamento de Nueva York.

Mitch sonrió y ella sintió una sacudida que le llegó hasta los dedos de los pies.

—La tierra aquí es abundante y espero que así siga —dijo él mostrando el baño—. Tiene que haber toallas en el armario. Si necesitas algo más, házmelo saber. Nuestra ama de llaves, Margie, está fuera unos meses por un asunto de familia. Así que los niños y yo nos apañaremos solos todo el verano.

—Eres un hombre valiente —dijo Rebecca sin pensarlo.

Él la miró con sus penetrantes ojos marrones y cruzó los brazos. Era grande y guapo, con un hermoso y ondulado pelo castaño. Llevaba una camisa azul al estilo del Oeste metida en la estrecha cintura por dentro de unos vaqueros oscuros que llegaban hasta unas botas de piel de serpiente.

Parecía el perfecto cowboy.

—¿Estás insinuando que no puedo manejar un rancho ganadero de ciento cuarenta sectores, un negocio de pupilaje de caballos y dos críos?

Rebecca levantó una ceja.

—Si tus hijos fueran tranquilitos… Pero estos dos… —señaló con la cabeza hacia la cocina—. Seguro que están tramando algo.

Aquello provocó en él una abierta sonrisa muy atractiva.

—Puede que tengas razón —dio un paso hacia ella—. Pero dime, Rebecca Valentine, ¿has venido aquí a unir tus fuerzas a las nuestras o a salvarme?

Dos horas después, Mitch se afanaba en la cocina preparando la cena y recriminándose por flirtear con Rebecca. Aquello era un asunto de negocios y no importaba lo atractiva que fuera, no podía mezclar las dos cosas. Además, tampoco quería. No. Aunque se sintiera atraído por ella, tenía que estar loco para enredarse con una neoyorquina, una ejecutiva. No, aquélla no era la mujer que necesitaba…

Mitch se pasó la mano por la cara con frustración. Iba a ser difícil compartir unos días bajo el mismo techo. Pero sólo necesitaba pensar en lo mejor para Greta y Colby.

De acuerdo, podría manejarlo. Abrió el horno y echó un vistazo a las enchiladas. Gracias a Margie tenían un buen montón de platos preparados en el congelador.

Margie había trabajado para los Tucker a tiempo parcial desde que nació Colby. Después, cuando Carrie murió, aquella abuela viuda se había ido a vivir allí. Se había convertido en una más de la familia y había ayudado a Mitch a mantener el equilibrio.

Así que cuando Margie había pedido unos meses para estar con su hermana mientras la operaban y se recuperaba, no había sido capaz de decirle que no. Así tendría más tiempo para estar con los niños. Además, en ese momento, tenía una huésped.

Rebecca podría haberse quedado en el pueblo, pero habría perdido mucho tiempo yendo y viniendo cada día. Aquello parecía la mejor solución, sobre todo porque él hacía falta allí y ella tenía que familiarizarse con todo aquello.

Llegó Greta e inmediatamente empezó a sacar los platos del armario y a colocarlos en la mesa.

—¿Cenamos en el salón? Tenemos una invitada.

—No, Greta. Rebecca está aquí para aprender cómo hacemos nosotros las cosas. Se va a ensuciar como todos los demás.

¿Tendría ropa adecuada para el rancho? La visión de ella

moviéndose por ahí en minifalda hizo que sintiera un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—¿Puedo ayudar en algo?

Mitch se volvió y vio a Rebecca de pie en la puerta. Se había puesto un par de pantalones grises y una blusa de color vino. Parecía un poco más bajita con los zapatos planos, pero no perdía nada de atractivo.

—Claro, puedes sacar leche para los niños y té frío para nosotros —le dijo Mitch—. Está todo en la nevera.

Rebecca sacó unos vasos del armario.

—Algo huele de maravilla. —Enchiladas —dijo Greta.

—¿Las has hecho tú? —preguntó Rebecca.

—No, sé hacer algunas cosas, pero ésta es la especialidad de Margie. Nos dejó un montón de comida en el congelador —dijo Greta sonriendo.

—No moriremos de hambre —añadió Mitch.

—No me preocupa —dijo Rebecca—. Dame algo de lechuga y unos tomates y soy feliz.

Mitch se detuvo y dejó de abrir las tortillas.

—Por favor, no me digas que eres vegetariana.

Rebecca disfrutó viendo el pánico en el rostro de Mitch.

—No. Si pudiera, comería filetes y hamburguesas continuamente. Pero tengo que vigilar mi peso.

Sintió la intensa mirada de él recorrerla desde la cabeza hasta los pies.

—Estás bien —le dijo él.

—Esas enchiladas que huelen tan bien ayudarán —dijo mientras sacaba de la nevera la leche y el té y los dejaba en la mesa.

Mitch se puso la manopla del horno, sacó la bandeja y la llevó a la mesa. En ese momento entró corriendo Colby y saltó a su silla.

—¡Guau! —exclamó Colby mirando la comida.

—¿Te has lavado las manos?

Un par de ojos marrones se abrieron como pensando en qué decir.

—Esta mañana.

Mitch frunció el ceño y señaló la puerta.

—Ve a lavarte.

—De acuerdo —Colby se levantó.

—Iré contigo —dijo Rebecca—. Olvidé lavarme las mías. ¿Me enseñas el camino?

Colby se animó.

—Claro. Vamos. Tengo un jabón que hace mucha espuma y huele a chicle.

—Vaya. Nunca he visto algo así —miró por encima del hombro —. Volvemos en un segundo.

No tardaron mucho en regresar riendo del baño.

No había nada más dulce para el oído de Mitch. Finalmente se sentaron todos a la mesa. Pronto los dos niños se disputaban la atención de Rebecca. Mitch pensó que no era extraño. Además de Margie, no había habido ninguna mujer en su casa desde que había muerto su madre.

—Eh, papá —dijo Colby—, ¿sabes que Rebecca sabe montar a caballo? Su abuelo tenía caballos.

—¿Es verdad? —preguntó él sorprendido—. ¿Dónde tenían la granja? —llenó un plato de enchiladas y se lo tendió a ella, después llenó el plato de Colby.

—A las afueras de Lexington, en Virginia —respondió Rebecca —. Mi abuelo criaba caballos de varias razas y los domaba en todas las disciplinas: caza, salto… Era un negocio pequeño.

Mitch terminó de servir a todo el mundo.

—¿Se trasladó tu familia a Nueva York?

¿Familia? Eso era algo que nunca había tenido. A no ser que se tuviera en cuenta aquella unión de sus padres que ellos llamaban matrimonio.

—No, sólo mi madre y mi hermana. Mis padres se divorciaron cuando yo era muy joven.

Robert y Diana Valentine se habían separado después de pocos años, pero la amargura de su madre había durado hasta que murió diez años después. Las dos hermanas tuvieron que elegir. Así que Rachel había terminado con su padre en el Reino Unido y Rebecca en Estados Unidos con su madre.

—Nos fuimos con mi madre a Long Island por su trabajo, pero pasábamos los veranos en Virginia. Una vez que empecé en la universidad fue difícil volver. Luego el abuelo Crawford se jubiló y vendió la granja.

Mitch echó un vistazo a ver si comía Colby.

—¿Tu hermana y tú no quisisteis seguir la tradición familiar?

—Mi hermana ahora vive con la familia de mi padre —dijo dándose cuenta de que, desde que su madre había muerto, llevaba años sin ver a Rachel, además de a todo el otro lado de la familia, el

abuelo William, su padre, sus hermanastros y hermanastras—. Trabaja en Londres. Mi padre es inglés.

—Guau. ¿Vas a Londres? —preguntó Greta.

—No he ido en años.

Rebecca se dio cuenta de dónde habían llevado la conversación. No estaba acostumbrada a revelar mucho de su historia familiar. Sólo había una persona con la que había compartido los errores de los Valentine: su amiga Stephanie Ellison.

—Estas enchiladas están estupendas —dijo ella—. Margie es una gran cocinera.

Mitch debió de darse cuenta de su incomodidad.

—Niños, ¿por qué no termináis de cenar? Tenéis cosas que hacer.

Los niños protestaron.

—Muy bien, si no las acabáis hoy, entonces no podréis venir mañana a ver el rebaño.

—De acuerdo —dijo Greta.

Cuando terminaron, Colby ayudó a su hermana a llevar los platos a la pila. Una vez que estuvieron lo bastante lejos como para que no escucharan, Mitch se volvió a Rebecca.

—Perdona por tantas preguntas.

—Son curiosos.

—¿Piensas que podrás manejarlos las próximas semanas?

Los niños no iban a ser ningún problema. Rebecca sonrió.

—Los niños son abiertos y sinceros casi siempre. Lo encuentro refrescante.

—Puede llegar a ser duro —dijo en tono serio—. Si en algún momento sientes que están invadiendo tu privacidad, dímelo de inmediato.

Ella rió.

—Con lo grande que es esta casa, no puedo creer ni que nos encontremos. Además, es muy amable por tu parte haberme invitado a quedarme aquí.

Mitch se levantó y fue por dos tazas al armario.

—¿Café?

Como ella asintió con la cabeza, él lo preparó todo. Mientras él volvía a la mesa, Rebecca fue consciente de su poderosa presencia pero, al mismo tiempo, era cómodo estar a su lado.

—Esta zona es muy bonita pero muy aislada. Una de las razones por las que tengo mi propia avioneta es para poder ir y venir

rápidamente. Los inviernos pueden ser traicioneros.

—También en Nueva York —dijo ella tomando un sorbo de café.

Los niños estaban en el otro extremo de la cocina lavando los platos y charlando. Un hombre muy atractivo estaba delante de ella tomando café…

Sí, acostumbraba a imaginarse en esa vida, con un hombre, niños, pero…

—Rebecca…

Se dio la vuelta al oír la voz de Mitch.

—Lo siento —dijo avergonzada—. Creo que he perdido el hilo.

—Puede que sea el cambio de hora. Has volado muy lejos. No creo que hayas dormido mucho en las últimas veinticuatro horas.

—Si no te importa, creo que me iré a descansar.

—No me importa en absoluto —le dijo—. Quiero que estés descansada para cabalgar mañana. Hay mucho que ver.

Se dio cuenta de que probablemente le habían asignado aquella cuenta porque era la única en la empresa que sabía montar a caballo. ¿Estaría aquel guapo vaquero esperando a ver si lo resistía? Había estado loca pensando que podía relajarse.

—Estaré lista.

CAPÍTULO 2

REBECCA se despertó al oír una suave llamada en su puerta. Dio una vuelta en la cama luchando por despertarse. —Rebecca —una apagada voz de hombre le llegó a través de la puerta.

Era Mitch. Se sentó en la cama tratando de aclarar su cabeza.

—Un segundo —dijo mientras salía de las mantas y agarraba la bata, que había dejado a los pies de la cama.

Fue hasta la puerta mientras metía las manos por las mangas. Se ató el cinturón, se pasó la mano por el pelo para colocarse los rizos y abrió la puerta.

Allí estaba Mitch Tucker, con una camisa ceñida y unos vaqueros desteñidos. Mostraba una sonrisa en su cara recién afeitada y en su gesto no se atisbaba la menor señal de culpa por despertarla a esas horas.

—Lo siento, ¿me he quedado dormida? —preguntó mirando por encima del hombro la oscuridad que reinaba tras la ventana.

—En realidad no te especifiqué ninguna hora —dijo apoyándose en el marco de la puerta—. Son las seis y normalmente desayunamos a las seis y media. ¿Te viene bien?

—Claro —mintió—. Media hora es mucho tiempo.

Mitch asintió con la cabeza pero siguió sin moverse.

—¿Estás segura de que estás preparada para montar a caballo hoy? —su voz era áspera y grave, lo que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Sólo fue capaz de asentir en silencio.

—Podemos ir en el todoterreno.

—No es necesario. Puedo montar, pero ten en cuenta que no lo he hecho en años.

El sonrió y Rebecca se quedó sin respiración al mirarlo.

—Estarás bien —le aseguró—. Además, Greta y Colby vendrán con nosotros, así que no será muy duro. Creo que llevar unos bocadillos hará más llevadero el día. Hay mucho campo precioso que ver. Te daré algunas ideas para la campaña de publicidad.

—Me llevaré el cuaderno de notas.

De pronto Rebecca se dio cuenta del silencio que reinaba en la casa y del hombre tan guapo que tenía de pie en la puerta de su dormitorio. ¿Cómo se suponía que así se iba a concentrar en el

trabajo?

—¿Tienes unos vaqueros y unas botas? —preguntó él.

—He traído… Bueno, será mejor que me duche si quiero estar a la hora.

—Iré a preparar el desayuno.

—Hasta ahora —dijo y cerró la puerta. «Estupendo», pensó. «Vengo hasta Wyoming y dejo que un hombre me descentre».

A lo largo de lo años había perfeccionado el punto de vista del «esto es estrictamente laboral» cuando se había encontrado con clientes que querían algo más de ella. No era que Mitch quisiera algo más, pero cuando aquel hombre se acercaba a ella, no estaba segura ni siquiera de cómo se llamaba.

—Bueno, estate bien atenta —se regañó a sí misma.

Sacó ropa interior limpia, unos vaqueros de un cajón y una blusa del armario. Fue al cuarto de baño y abrió la ducha.

Tenía que volver a poner los pies en la tierra o tendría problemas. Era su carrera profesional, no podía estropearlo.

Era todo lo que tenía.

A las seis y media en punto Rebecca entró en la cocina. Mitch se quedó mirándola. No estaba seguro de haber visto antes a una mujer que con unos vaqueros estuviera tan bien, tan… sexy. Llevaba además una blusa blanca, pero fue el pelo, sujeto con unas horquillas y colgando libre por detrás hasta los hombros, lo que realmente lo cegó.

—Buenos días —la saludó él.

—Lo serán en cuanto me tome un café —respondió ella dirigiéndose a la cafetera.

—Sírvete tú misma —dijo mientras sacaba lo que quedaba de beicon en la sartén y lo colocaba encima de un papel absorbente—. ¿Cómo quieres los huevos?

—Como los toméis vosotros —ingirió algo de cafeína y en su rostro de inmediato apareció una expresión de placer.

Eso le hizo preguntarse a Mitch qué más le provocaría placer, lo que le produjo un estremecimiento. Apartó rápidamente aquellos pensamientos.

—Siéntate.

—No, te echaré una mano —tomó otro sorbo y dejó la taza en la mesa, fue al armario, vio los platos y llevó cuatro a la mesa—.

¿Dónde están Greta y Colby?

—Dormidos —se apoyó en la encimera—. Un padre necesita algún rato de tranquilidad.

—Así que ése es tu secreto.

Mitch miró por la ventana al sol que empezaba a salir.

—Por la mañana era cuando Carrie y yo teníamos tiempo para nosotros, sobre todo cuando yo viajaba mucho. Creo que todavía me gusta esta tranquilidad.

—No tenías que haberme invitado a desayunar contigo si lo que querías era estar solo.

—No, quería desayunar contigo —dijo, y añadió rápidamente—: Quiero decir… que podríamos comentar algunas ideas sin interrupciones.

Rebecca parpadeó y asintió con la cabeza.

—Claro, si es eso lo que quieres…

Lo que en realidad quería podía suponer un problema.

—¿Por qué no disfrutamos primero de la paz y el silencio del momento?

El momento terminó con un trueno en las escaleras. Sonrieron.

—Creo que va a ser sólo un deseo.

—Papá, Colby no ha hecho la cama —dijo la niña mientras entraba en la cocina.

—Sí la he hecho —se defendió el niño—, lo que pasa es que no como ella dice.

—Greta, Colby —dijo el padre—, recordad vuestros modales.

Los niños murmuraron un saludo de buenos días.

—Ahora, sentaos antes de que mandéis a Rebecca de vuelta a Nueva York.

Se sentaron.

—Lo siento, Rebecca —dijo Greta.

—Sí, perdona —se disculpó Colby—. Espero que te quedes con nosotros.

—Me gustaría —dijo ella—. No quisiera perderme el paseo a caballo de hoy.

Los niños abrieron los ojos.

—¿Vamos nosotros? —preguntó Greta.

Mitch los miró por encima del hombro con gesto de severidad.

—Todavía me lo estoy pensando —y se dio la vuelta para echar los huevos en los platos.

Entonces se escuchó decir a Colby:

—Eso quiere decir que sí.

Durante la siguiente hora, Rebecca ayudó a empaquetar bocadillos y bebidas. Después todo el mundo salió por la puerta y se dirigió a uno de los cobertizos. Se quedó impresionada por lo bien llevado que estaba el rancho. Había algunos trabajadores realizando ya sus tareas.

Wally y otro joven tenían cuatro caballos aparejados esperando al lado del establo. De pronto Rebecca se sintió excitada y temerosa.

El capataz, de cuarenta y tantos años, se echó la mano al sombrero.

—Buenos días, Rebecca.

—Buenos días, Wally —le devolvió el saludo—. ¿Vienes con nosotros?

—No —dijo con una sonrisa—. Siento decirlo, pero tengo mucho trabajo —miró a Mitch—. Espero que disfrutes, es un bonito paseo. Y tendrás una gran montura en Ginger.

—Papá, ¿Rebecca va a montar a Ginger? —preguntó Greta.

Mitch intercambió una mirada con Wally.

—He pensado que sería la mejor montura para ella —fue hasta la yegua y le acarició el cuello—. Puedes confiar en ella, es ligera —le aseguró a Rebecca.

—Mamá solía montarla —dijo Colby.

Rebecca se sintió extraña. ¿Cómo iba a montar la yegua de Carrie?

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Ginger se está poniendo algo gorda —la yegua sacudió la cabeza al oír la afirmación de Mitch y todos rieron—. El paseo de hoy le vendrá bien.

—Esta es mi yegua, Rebecca —Greta fue hasta una pequeña appaloosa marrón salpicada de pequeñas manchas blancas—. Se llama Princesa de nieve. Me la regaló papá para mi cumpleaños.

—¡Vaya regalo!

Como para no quedarse atrás, Colby dijo:

—Cuando cumpla diez años, papá me ha dicho que también tendré mi propio caballo. Ahora monto a Trudy —era una pequeña yegua y Rebecca sabía lo bastante de caballos como para apreciar que aquel animal tenía muchos años y sería tan dócil como una mascota doméstica.

—Papá tiene el mejor caballo, Caballero blanco —dijo el niño.

La mirada de Rebecca se dirigió al impresionante garañón, un appaloosa blanco con cuatro manchas negras, lo mismo que la crin y la cola. Era el animal con más carácter.

Quedó fascinada por la hermosa bestia. Conocía el programa de cría de appaloosa de Mitch.

—¿Es uno de tus sementales?

—Ya no —Mitch acarició el cuello del caballo y el animal movió la cabeza y relinchó—. Sus descendientes machos se encargan de la mayor parte. Si estás interesada te puedo enseñar mi programa de cría.

—Si tienes tiempo… —dijo ella y fue hacia su yegua mientras Mitch ayudaba a sus hijos a montar.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó a ella.

—No, a menos que la forma en que montéis vosotros sea diferente a como se hacía cuando yo era pequeña —dijo mientras se encajaba el sombrero de cowboy en la cabeza.

Agarró las riendas, puso el pie en el estribo y ya estaba iniciando el movimiento de subida cuando sintió unas manos en la cintura. Dio un grito sofocado mientras Mitch la dejaba en la silla.

—Me habría arreglado sola.

—Pensé que necesitabas ayuda —respondió con un guiño—. ¿Cómo te quedan los estribos?

—Un poco largos —dijo ella.

Mitch ajustó uno y luego el otro.

—¿Qué tal ahora? —preguntó. La mano en su pierna era más perturbadora de lo que a ella le habría gustado.

—Bien —Rebecca se apartó un poco para ver cómo se movía la yegua. Era sorprendentemente fácil de llevar.

Mitch asintió con la cabeza cuando ella terminó, después fue hacia su montura. Su forma de andar demostraba que estaba en su medio. Además, los pantalones vaqueros se ceñían a un hermoso trasero, pensó Rebecca al ver cómo agarraba las riendas y pasaba la pierna por encima del caballo para subirse a la silla.

—Vamos —dijo él dando la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta. El capataz la mantuvo abierta hasta que salieron.

Los cuatro iban al paso por parejas: Colby y Mitch seguidos de Greta y Rebecca.

A pesar de que era mayo, el sol de la mañana prometía que el día sería caliente desde bastante temprano. Y el recorrido a caballo

de unos cinco kilómetros llevaría su tiempo.

Al poco rato Rebecca se sintió bien con su yegua, se relajó y empezó a disfrutar del recorrido.

Greta era su guía y le mostraba los diferentes parajes. Las Montañas Rocosas se dibujaban contra el cielo como un impresionante telón de fondo mientras onduladas nubes se esparcían contra el azul como si estuvieran pintadas. La copas de los arces se mecían con la suave brisa.

—Deberías ver los arces en otoño. Las hojas se vuelven doradas brillantes y rojas —explicó Greta mientras señalaba a las montañas—. ¿Y ves los pinos? En navidades subimos hasta allí, elegimos uno realmente grande y lo cortamos. Esa era la época del año favorita de mi madre.

—La mía también —dijo Rebecca—. Me encanta Nueva York en Navidad con todas las luces y los adornos —también recordaba cuando era pequeña la navidades en Inglaterra con sus padres y su hermana.

Se acordó de su abuelo William. ¿Qué años tendría ya? ¿Noventa? Cuando era pequeña siempre la había sonreído y abrazado mucho. A pesar de que aquellas vacaciones habían sido algo formales en la casa del abuelo William, para Rebecca significaban lo familiar. Además, las nietas siempre habían podido escaparse al piso de arriba, donde tenían una habitación especial llena de libros y juguetes.

—Es bueno tener recuerdos —dijo sonriendo.

—Eh, vosotras dos —llamó Mitch—. No os rezaguéis.

—Sí, no os rezaguéis —repitió Colby como si fuera el eco de su padre.

—Es un mocoso —dijo Greta.

Rebecca volvió a sonreír.

—Algún día, cuando crezcas, seréis buenos amigos. No pierdas el contacto con la gente que quieres.

La niña la miró preocupada.

—¿Has perdido el contacto con tu hermana? ¿Porque Inglaterra está muy lejos?

—Ésa es una de las razones —admitió—. Además, aunque seamos gemelas, somos muy diferentes.

—Sois gemelas —abrió de par en par los ojos azules—. ¿Cómo se llama?

—Rachel.

—Rachel y Rebecca —dijo Greta—. Suena muy bien. ¿Alguien te ha llamado alguna vez Becca?

La emoción recorrió a Rebecca al recordar el apodo por el que la llamaba su padre.

—Alguien, hace mucho tiempo.

Rebecca sonrió. Su cuerpo estaba empezando a relajarse. Podía acostumbrase a aquello. Podía ser la mejor medicina para lo que la enfermaba. Bueno, tampoco era del todo cierto, pero era un comienzo.

Mitch trataba de tener un ojo en Rebecca para ver qué tal manejaba su montura. Tal vez los llevara hasta arriba para ver el rebaño. Cinco kilómetros no era mucho si estabas acostumbrado a montar un caballo, pero aquella neoyorquina no lo estaba.

Se puso en un lado del camino y esperó a Greta y Rebecca.

—Greta, vete un rato con tu hermano.

—Vale, pero no me hace caso.

—No hay ninguna razón para que le mandes nada. Seguid por el mismo camino, que yo iré en un minuto —dio una palmada en el anca de la yegua y Princesa fue hasta la altura de Colby.

Mitch se colocó al lado de Rebecca.

—¿Cómo lo llevas?

—Muy bien, pero tengo la sensación de que lo sabré mejor mañana —se movió en la silla—. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy disfrutando mucho. No había visto campo abierto en años. Tienes un rancho precioso.

—Lo sé —sonrió mirando a su alrededor—. No es del gusto de todo el mundo, pero es mío. Siéntete libre y disfruta —la miró. Le gustaba su pelo suelto, la hacía parecer más joven, más relajada, como si fuera de allí. Pero no lo era—. Quedan menos de dos kilómetros al valle.

—No hay prisa —aseguró ella.

Mitch no cambió el sitio a Greta, estaba disfrutando de la vista donde estaba. Rebecca se sentaba en la yegua con gracia y tranquilidad, pero manteniendo el control.

—¿Domabas caballos con tu abuelo?

Ella sonrió.

—Si te refieres a moverlos y limpiar los establos, sí. Mi abuelo decía que tenía que empezar desde abajo, pero cuando tuve

bastante edad, ya casi no tenía tiempo. Pero sí, llegué a ayudarlo. Monté potros saltarines. Créeme. Me he caído de caballos todo lo que me tocaba.

—Es mejor que cuando corcovean. Pasé algún tiempo en los rodeos, luego decidí que habría mejores formas de ganar dinero.

Rebecca rió y él se dio cuenta de que aquel sonido le gustaba. Cabalgaron en silencio hasta que Mitch preguntó:

—¿Echas de menos estar rodeada de caballos? —la miró—. Lo que quiero decir es que he hecho negocios en Nueva York y el ritmo puede ser agotador.

Rebecca suspiró.

—Es cierto, pero necesito estar en Nueva York por el tipo de trabajo que hago. Me he acabado acostumbrando al ritmo de locura.

—Supongo que tienes razón —concedió—, pero he notado lo relajada que pareces ahora.

—También puedo relajarme en Nueva York —dijo ella.

Mitch miró con desagrado cuando lo llamó Greta. Habían llegado a su destino. Ante ellos se abría un valle de vedes praderas rodeadas por una valla de alambre de púas.

—Bienvenida a Freedom Valley. Está cercado para mantener al ganado dentro de la zona libre de pesticidas —dijo mientras dirigía al grupo al lado de la valla—. El rebaño está formado por más de ciento cincuenta cabezas de cruce de Angus —le dijo, y ella recordó que aquello debía de ser el comienzo de algo nuevo para su familia. Mitch llevaba mucho tiempo diseñando aquel proyecto—. No es exactamente una nueva forma de criar ganado, es más bien volver al antiguo sistema de cría de vacas en extensivo.

—No parecen muy diferentes —dijo Rebecca.

—Pero hay grandes diferencias: se alimentan durante dieciocho meses sólo con hierba, después se las traslada para alimentarlas con grano durante otros ciento veinte días. Nada de hormonas, antibióticos, pesticidas ni productos de origen animal.

—Supongo que no hay nada mejor que eso.

Siguieron adelante por la cerca y llegaron hasta donde se encontraban los terneros. Uno de ellos, de cara negra, emitió un sonido agudo al verlos.

—Mira, papá, es Blackie, se acuerda de mí —dijo Greta.

—Greta, ya sabes que no hay que poner nombre al ganado, no son mascotas.

—Es el único, y sólo porque se enredó en la valla y tuvimos que

llamar al veterinario. Acuérdate que tuve que cuidarlo unos. días.

Mitch miró a Rebecca.

—Sé que puede sonar cruel, pero es mejor para los críos; mejor que verlos llorar cuando van al matadero.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo ella y miró al ternero—, pero mira esa carita…

Mitch se quejó en tono de guasa.

—Muy bien, ¿quién quiere comer? —dijo para cambiar de tema.

Rebecca se sentía demasiado perezosa, pero se levantaría en cuanto recuperara las fuerzas. Acostada en una manta, a la sombra de los árboles, al lado de un arroyo cantarín… Aquello era algo que sólo estaba en los libros, lugares como aquél no existían en la vida real.

—Rebecca, ¿estás dormida? —preguntó Colby.

Ella abrió los ojos.

—No, claro que no, sólo estoy descansando los ojos —se sentó y sonrió al niño. Tenía manteca de cacahuete en las mejillas y la camisa toda sucia. Era adorable.

—Ah, como mi padre entonces.

Miró al hombre que estaba tumbado boca arriba al otro lado de la manta. Tenía las piernas cruzadas, las manos sobre el pecho y se había tapado el rostro con el sombrero.

—Bueno, trabaja mucho, se merece algún descanso —dijo ella.

Co1by se acercó más a ella y le susurró:

—Creo que está disimulando, no está realmente dormido —dijo tapándose la boca con la mano para reprimir una carcajada. Se acercó a su padre y de pronto Mitch se levantó, agarró al niño de la cintura y lo tiró al suelo.

Colby rió a carcajadas y finalmente gritó:

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

Su padre lo soltó.

—Eso te enseñará a no acercarte a hurtadillas a un cowboy —revolvió el pelo de su hijo y sonrió a Rebecca. Su propio pelo estaba revuelto y su mirada taladraba la de ella.

—¿Has comido suficiente?

—Más que suficiente —dijo ella y agarró su macuto—. Estaba pensando en que podríamos tener una reunión improvisada.

Mitch se tumbó de lado, apoyó la cabeza en una mano y la miró

con aquellos profundos ojos marrones. Colby se sentó al lado de ella y Greta al lado de su padre.

—De acuerdo —dijo Mitch.

De pronto no se sintió muy segura de sí misma.

—Estaba pensando en que deberíamos tener un eslogan para la página web.

—Creo que deberíamos usar el nombre de la familia —dijo Greta —. La gente lo conoce —la niña miró a su padre—. El bisabuelo y el abuelo Tucker han criado ganado en Wyoming desde hace mucho tiempo. Eso tiene que decirle algo a la gente.

—Eso está bien, Greta —la animó Rebecca—. A la gente le gustan los negocios de familia de confianza —apuntó algo, impaciente por probar su valía a Mitch Tucker y demostrarle que era la persona adecuada para ese trabajo—. Mi ayudante en Nueva York está trabajando para elaborar una lista de tiendas de alimentación en todo el país que vendan carne de estas características —sonrió—. Hasta yo me he sorprendido de la cantidad de ellas que hay y la demanda que hay de esta clase de producto. Tendré la lista en unos días —miró al cuaderno—. Entiendo que vas a ser tú mismo quien procese la carne.

Mitch asintió y se incorporó para poner una mano en el cuaderno y que así ella no pudiera verlo.

—¿Qué te parece si continuamos esta conversación mañana en una reunión?

Rebecca apreció la determinación con la que lo había dicho. Le gustaba el reto que suponía aquel proyecto. Le costaba parar cuando había empezado algo, pero él era el jefe. Asintió.

—Claro, mañana.

El apartó la mano.

—No me cabe ninguna duda de que eres buena en tu trabajo, pero hemos venido a tener un rato de tranquilidad.

—No tengo problemas en relajarme, pero no cuando estoy trabajando.

—Yo no hago negocios de la forma habitual, no tengo fecha tope —sonrió a Greta y Colby—. Nunca más, ¿verdad niños?

—Verdad, papá —dijeron al unísono y se volvieron hacia ella.

Era la primera en reconocer que nunca se tomaba tiempo para sí misma, y aquel viaje a Wyoming se suponía que tenía una parte de vacaciones. Pero nunca se le había dado bien relajarse y menos cuando empezaba un nuevo proyecto.

—Venga, Rebecca —empezó Mitch—, hace una tarde preciosa, disfrútala.

—Sí, Rebecca —dijo Colby acercándose más a su padre.

Mitch señaló al cuaderno.

—Aquí hay cosas que no puedes apuntar en tu libreta —dijo, y rodó sobre la espalda pero sin dejar de mirarla en ningún momento—. Voy a tener que enseñarte cómo hacemos las cosas en Wyoming. Lo primero va a ser cómo se disfruta de una tarde de no hacer nada.

CAPÍTULO 3

MUY BIEN, hijo, ya estamos en casa —dijo Mitch. Colby no protestó cuando su padre lo sacó de la silla de montar y lo tomó en brazos.

—Nos hemos divertido —dijo el niño.

—Claro que sí —afirmó Mitch mientras su hijo apoyaba la cabeza en su hombro—. Ahora toca descansar.

—Tengo cinco años… ya no me echo la siesta —murmuró Colby.

—Lo sé, pero puede que sólo nos echemos un momento.

Greta se bajó de Princesa. También parecía algo fatigada.

—Yo estoy bien, papá.

—Hoy lo has hecho muy bien, corazón. Gracias por tu ayuda.

—Rebecca también lo ha hecho muy bien —dijo su hija—. Monta de maravilla.

Mitch miró hacia la última montura. Wally sujetaba las riendas de Ginger mientras Rebecca descabalgaba. Echó de menos la sonrisa en su cara, pero rápidamente dibujó una sonrisa cuando Wally le dijo algo.

—Sí —no había encontrado muchas cosas que Rebecca Valentine no supiera hacer—. Vamos a casa, hace mucho calor.

Rebecca se dirigió a la casa con la mochila.

—Parece que hemos tenido una baja —dijo acercándose a apartar el peloo de la frente de Colby.

—Ha aguantado más de lo que esperaba —respondió Mitch colocándose un poco mejor a su hijo en brazos—. Vamos a casa. Este chico pesa. Rebecca le tendió la mochila a Greta.

—Si no te importa, me gustaría ocuparme de Ginger, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me ocupé de un caballo.

Mitch frunció el ceño.

—¿Estás segura? Rebecca asintió.

—Dijiste que tendría libre el resto del día.

Antes de que pudiera decir nada, su hija saltó.

—Papá, ¿puedo quedarme a ayudarla? Quiero decir… a hacerme cargo de mi propia yegua.

Wally se acercó al grupo.

—No te preocupes, Mitch, yo cuidaré de las da mas.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo Mitch. Sin otra elección,

se dirigió a la casa.

Wally Hagan era mucho más que el capataz de Mitch y su piloto. Divorciado desde hacía años, llevaba mucho tiempo trabajando en el rancho Tucker. Wally había cuidado de la familia de Mitch como si fuera la suya y había sido quien lo había llamado cuando ocurrió el accidente de coche de Carne. Había volado a recogerlo para que pudiera ver a su esposa en los últimos instantes de su vida.

Wally era un buen hombre. Sabía que era hombre de sonrisa fácil y con bastante éxito con las mujeres. ¿Habría puesto el ojo en Rebecca?

Mitch se descubrió sintiendo algo que no le gustaba. ¿Celos? ¿Cómo podía ser eso? Lo último que necesitaba era un lío con una ejecutiva.

Después de que Rebecca terminara con Ginger, volvió a la casa, se duchó y se puso ropa limpia. Se recogió el pelo mojado en una trenza y salió de la habitación en busca de Mitch. Se había pensado mejor lo de no trabajar aquella tarde.

Bajó al pasillo pero, en lugar de dirigirse a la cocina, entró en el salón. El alto techo y la enorme chimenea de ladrillos lo hacían parecer incluso más grande de lo que era. El pulido suelo de madera brillaba. Había una gran pantalla de televisión, un sofá de cuero y dos sillones tapizados a juego. Alfombras ovales cubrían la zona de los asientos. En una esquina había un caja llena de juguetes hasta los bordes. Aquello era definitivamente un salón familiar.

Siguió de frente, hacia la entrada, y encontró una escalera de roble que subía hacia el segundo piso. Una araña de cristal tallado colgaba encima de una antigua mesa en medio del suelo de mármol. Echó un vistazo al interior de un salón que tenía un toque más femenino y estaba decorado con muebles de estilo victoriano. Encima de la chimenea colgaba un retrato de la familia Tucker y entró para verlo más de cerca.

Mitch, algo más joven, estaba muy atractivo. La guapa rubia que estaba su lado tenía que ser su esposa, Carrie Tucker. Era una mujer delgada de ojos azules y sonrisa cálida. Rebecca sonrió al ver a Colby. Entre los padres estaba Greta, mucho más pequeña, con sus rizos rubios y unos ojos idénticos a los de su madre.

La familia perfecta.

Rebecca sintió envidia. Aquella familia representaba todo lo que

Rebecca quería pero no podría tener: un hombre como Mitch y… niños.

Se dio la vuelta y salió del salón. Pasó delante del despacho de Mitch y escuchó movimiento dentro. De pronto no se sintió de humor para hablar de negocios. Siguió andando hasta que llegó a una puerta de rejilla que daba a una galería.

El sol del final de la tarde entraba a través de los ventanales y Rebecca se sentó en un banco para admirar las montañas.

No había tenido un día como aquél en años, no había cabalgado desde que era adolescente ,y no lo había hecho mal. Con una sonrisa de orgullo, se relajó encima de los cojines y cerró los ojos. Se estiró y fue consciente de lo que le dolía la espalda.

No le haría daño descansar un rato, después se levantaría y ayudaría a Mitch a hacer la cena. El calor fue ocupando su cuerpo mientras pensaba en aquella combinación de vaquero sexy y padre. Había sido una agradable sorpresa… demasiado agradable.

Mitch registró la casa, pero no pudo encontrar a Rebecca por ningún sitio. Había bajado incluso a los establos. Wally parecía divertirse con que no pudieran encontrarla.

Finalmente miró de pasada en la galería. Allí estaba, acurrucada en el banco. La miró y, al ver cómo respiraba, se dio cuenta de que estaba dormida. Su mirada se dirigió a sus labios, ligeramente entreabiertos, después al pelo, mojado lo justo para resultar atractivo. Un centenar de cosas empezaron a rondar por su cabeza. ¿Por qué le gustaba tanto esa mujer? La respuesta obvia era que Rebecca Valentine era muy guapa.

Durante los doce años que Carrie y él habían estado casados, no había mirado nunca a otra mujer. Su esposa lo había sido todo para él. Pero había pasado tanto tiempo desde que había muerto, tanto tiempo…

Dedicó otra mirada a Rebecca mientras dormía plácidamente. Una larga trenza colgaba sobre su hombro y un mechón de rizos le cubría una mejilla. No llevaba nada de maquillaje y se veían algunas diminutas pecas alrededor de la nariz. Aparte de eso, su piel era perfecta.

Al sentir que algo se agitaba dentro de él, Mitch se sentó en una silla de mimbre al otro extremo de la habitación. ¿Qué hacía mirando a aquella mujer como si fuera un dulce? Lo sabía muy

bien. Ella estaba desarrollando su campaña. Y por si eso no fuera suficiente, estaba en su casa.

Se iba a levantar cuando oyó cómo ella gimió y cambió de postura. Parpadeó un par de veces y lo miró.

—Oh, Mitch —murmuró con voz ronca.

Eso puso su corazón todavía a más velocidad.

—Lo siento, no quería molestarte.

Ella se incorporó y se echó el pelo hacia atrás.

—Me he debido de quedar dormida. ¿Qué hora es?

—Un poco más de las cinco —dijo mirando su reloj—. Necesitas descansar después del día de hoy —asintió con la cabeza—. Debo decirte que eres una gran amazona.

—Ha sido divertido. Llevaba mucho tiempo sin montar —su sonrisa se apagó—. Me ha traído recuerdos de mi hermana y yo cabalgando juntas en la granja. Rachel era muy buena, llegó incluso a competir.

—¿Estabais muy unidas?

Ella se encogió de hombros.

—Lo estuvimos, hasta que después de la universidad ella quiso volver al Reino .Unido.

Mitch apreció la tristeza en su voz. De pronto relacionó su apellido.

—¿No será tu abuelo el William Valentine del restaurante Bella Lucia?

—Me temo que sí —respondió ella.

—No puedo creerlo. Es uno de mis restaurantes favoritos. Cada vez que tenía que ir a Londres por negocios, cenaba allí.

—Mi abuelo estaría encantado de oírte. Y antes de que me preguntes por qué vivo en Nueva York y no en Londres, donde está el negocio familiar, deja que te diga que mi madre era estadounidense y, después del divorcio, nos trajo a Rachel y a mí a Estados Unidos —miró al infinito—. Nunca he tenido muchas ganas de volver al Reino Unido, no como Rachel… Ella disfruta trabajando con nuestro padre.

Mitch se imaginó que habría mucha más historia.

—Tu hermana se fue al negocio familiar y tú elegiste otra cosa que hacer y otro sitio donde vivir. Estoy seguro de que tu madre está feliz de tener a una de sus hijas aquí —dijo él.

Una vez más Rebecca fue consciente de lo fácilmente que ese hombre la hacía hablar… sobre su familia, nada menos. ¿Por qué no

seguir? Buscó la mirada de él.

—Mi madre murió un año después de que me graduara en la universidad.

—Lo siento, eso es muy duro.

—Llevaba enferma mucho tiempo. Como se suele decir, fue mejor que dejara de sufrir.

—Nunca es mejor para los que se quedan —dijo Mitch con expresión sombría.

—Lo siento, Mitch. No quería traer recuerdos…

—No lo has hecho, están conmigo siempre —se dio unos golpecitos encima del bolsillo de la camisa—. Los niños lo pasaron mal bastante tiempo, igual que yo. Pero lo hemos superado —respiró con fuerza—. Si he aprendido algo de la pérdida de Carrie es que nunca hay que dar nada por sentado. Por eso este proyecto es tan importante para mí. Quiero construir algo con Greta y Colby.

Rebecca tragó con dificultad. Todo lo que ella había conocido eran familias rotas. Un padre que nunca había tenido tiempo para ella, una madre amargada por un hombre, por todos los hombres. Pero el amor por su familia que brillaba en los ojos de Mitch hacía que se le saltaran las lágrimas.

Él la miró y vio en ella aquella medio sonrisa que la hacía tan atractiva.

—Ahora conoces mi secreto.

Ella parpadeó.

—¿Qué secreto?

—Que prefiero parecer una película de Disney con mis hijos que viajar por todo el mundo o manejar absorciones desde una sala de juntas.

Rebecca levantó una ceja.

—¿Y cuánto pagarás por mi silencio?

Le sostuvo la mirada un largo rato.

—¿Qué te parece ir a montar de nuevo…?

—Estoy escuchando —dijo ella, siendo consciente de que podría engancharse fácilmente a esa actividad.

—Te enseñaré más del rancho, pero esta vez sin los niños.

—¿A qué estamos jugando? —no parecía una buena idea involucrarse personalmente con aquel hombre, pero…

—Apuesto a que no has tenido vacaciones en años. Seguro que tienes la tensión un poco alta. Bebes demasiada cafeína y, casi seguro, comes siempre en tu mesa de trabajo.

—¿Cómo…?

—Yo era así —dijo él—. Todo lo que hacía era para levantar un imperio. Todos los días… y noches. Pensaba que era importante. Si tuviera que empezar otra vez, tendría una docena de críos y no saldría de este rancho —se echó hacia atrás—. Me llevó tiempo, pero me las arreglé para bajar el ritmo —le brillaban los ojos—. Los niños hacen eso por ti.

Era evidente que quería tener más hijos, pensó Rebecca con dolor. Y él podía. ¿Qué tenía ella además del trabajo?

—Yo todavía tengo trabajo que hacer —dijo ella.

—Por supuesto, pero no veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Baja el ritmo. Hay tiempo. Estoy pagando a tu agencia bastante como para que puedas permitirte estar aquí tanto tiempo como quieras.

No podía estar allí indefinidamente.

—¿Qué pasa con mis otros clientes?

Aquel hombre sonreía como un demonio. Podía ver las arruguitas en torno a sus ojos, y lo único que podía hacer era pensar que tenía cuarenta y dos años.

—¿Has oído hablar alguna vez del concepto «delegación»?

—Eso esta muy bien, pero ¿cómo te sentirías si yo delegara este trabajo?

Mitch levantó una ceja.

—Pensaba que iba a ser Brent Pierce quien llevara mi cuenta, pero me dijo que tú eras la adecuada para el trabajo. Confié en que el sabría qué era lo mejor —asintió—. Y lo sabía, porque te envió a ti.

La forma en que había dicho eso hizo que Rebecca se sintiera como si le hubieran concedido un premio. «No sigas por ahí», se dijo ella mentalmente.

—La verdad es que no me imagino a Brent Pierce montado en Ginger —dijo Rebecca riendo. No podía imaginárselo sin su traje de Hugo Boss—. Gracias por tu confianza.

—Estoy deseando escuchar tus ideas.

—Volveremos sobre ello mañana temprano —le prometió ella.

El sonido de la voz de Greta atrajo su atención.

—¡Estamos en la galería! —gritó Mitch.

Aparecieron los dos niños. Colby tenía la cara y las manos limpias y llevaba otra camisa. Greta tendría algo que ver con eso probablemente.

—Hola papá y Rebecca —dijo la niña—. ¿Quién va a hacer la cena, papá? Tengo hambre.

—Yo.

—Eso no parece justo —dijo Rebecca dirigiéndose a toda la familia—. ¿No sería más fácil si hacemos turnos? Podemos hacer equipos. Greta y yo y Mitch y Colby, ¿qué os parece?

Los tres se miraron.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Mitch.

Ella asintió en silencio.

—Habéis sido lo bastante amables como para abrirme las puertas de vuestra casa. Por favor, me sentiría mejor si pudiera ayudar, sobre todo si vuestra cocinera va a estar fuera.

—Bueno, si significa tanto para ti… —dijo Mitch—, entonces la cocina es toda tuya.

Rebecca se levantó.

—De acuerdo, Greta, chicas contra chicos. Nos toca esta noche.

—Nosotros ganaremos, papá —dijo Colby.

Rebecca pasó el brazo por los hombros de Greta.

—No con todo el poder de esta chica —se dieron la vuelta y salieron de la habitación escuchando de fondo las palabras de una declaración de guerra.

Aquello era una guerra para Rebecca. Una guerra por estar centrada en su objetivo. Necesitaba ganar allí porque tenía que echar cuentas de lo que perdería al volver a Nueva York.

—Ha sido una gran cena —dijo Mitch separando su silla de la mesa.

—Era uno de los platos de Margie —admitió Greta—, pero hemos hecho la ensalada y tostado el pan.

—Estaba todo delicioso —se inclinó sobre la mesa y la besó en la frente. Miró a Rebecca—. Gracias, está bien tener una noche libre.

—Para mí es un placer cocinar. No lo suelo hacer, además sólo sé hacer unos pocos platos. Cocinar para una no es muy divertido.

—¿Y tu novio? —preguntó Greta.

Mitch miró fijamente a su hija.

—La vida privada de Rebecca no es asunto nuestro.

—Pero papá, ella lo sabe todo de nosotros —dijo Greta, y se volvió a mirar a Rebecca.

—No me importa responder —le dijo a él—. No, Greta, no hay

un hombre especial en mi vida. A lo largo de los años ha habido algunos.
—¿Alguien famoso? —preguntó Greta con interés creciente.
Esa vez Rebecca sonrió. Parecía joven y tranquila.
—Bueno, no he salido nunca con nadie famoso, pero he conocido a unos pocos. Veamos… Ah, fui al estreno de Spiderman.
Colby abrió los ojos desmesuradamente.
—Guau, ¿has visto a Spiderman?
Rebecca asintió con la cabeza.
—¿A quién más conoces? —preguntó Greta.
—Bueno, conozco a Russell Crowe… a Tom Hanks y Hilary Duff. Algunas estrellas de Broadway que no conoceréis, algunos jugadores de los Yankees…
—¿Los Yankees? —la interrumpió Mitch—. ¿A quién?
—Bueno, déjame pensar… estaban Derek Jeter y Gary Sheffield… Ah, y Joe Torre.
—¿Conoces a Jeter y Sheffield?
Ella asintió.
—Fue hace unos años. Nuestra firma hizo algún trabajo de relaciones públicas para una organización benéfica.
—Tu trabajo es muy interesante —dijo Greta haciendo un puchero mientras empezaba a recoger la mesa—. Aquí nunca conocemos a nadie famoso.
—Yo a tu edad tampoco —le aseguró Rebecca mientras se levantaba y llevaba los platos a la pila.
Mitch miró a las dos en la pila. Rebecca estaba hablando a su hija para suavizar su mal humor.
Finalmente las dos empezaron a reír. Greta volvió a la mesa por más platos.
—Papá, ¿quieres café?
—No, gracias —se levantó—. ¿Por qué no subes a Colby y empiezas a preparar el baño? Yo terminaré de recoger.
Ella lo miró y sonrió.
—Claro, venga Colby.
Su hermano pareció desconfiar de la repentina dulzura de la niña.
—¿Puedo jugar con los soldaditos?
Greta suspiró.
—Vale, pero sólo un ratito —agarró a su hermano de la mano y echó a andar, pero al llegar a la puerta se detuvo—. Rebecca,

gracias por venir hoy, ha sido muy divertido.

Rebecca sonrió.

—Yo también lo he pasado muy bien. Recuerda que mañana quiero más propuestas para la campaña. Trabajaremos sobre eso lo primero.

—Hasta mañana —Greta tiró del brazo de su hermano y salieron.

Mitch acercó los vasos a la pila, donde Rebecca los enjuagaba y metía en el lavavajillas.

—¿Qué le dijiste a Greta que le hizo tanta gracia?

Ella se encogió de hombros.

—No mucho. Sólo charlábamos. La adolescencia es una etapa difícil. No eres una niña, pero tampoco eres una mujer.

Mitch protestó.

—Por favor, mi niña no, todavía no estoy preparado para ese cambio.

Rebecca habría dado cualquier cosa por haber visto en su padre esa preocupación, pero Robert Valentine no había tenido tiempo para ella.

—Sucederá antes de que te des cuenta, así que será mejor que estés preparado. Greta es una niña preciosa. Antes de que te enteres tendrá alguna cita…

—Tendrán que pasar por mí primero —insistió Mitch—. Los muchachos adolescentes sólo tienen una cosa en la cabeza.

Rebecca reprimió una sonrisa.

—No sabía que eran sólo las cabezas de los adolescentes las que funcionaban así.

—Supongo que todos podemos ser unos imbéciles.

—De acuerdo, tengo que admitirlo. He conocido a la parte que me toca —no podía incluir a Mitch en aquella categoría—. Pero no todos los hombres son imbéciles.

El le agradeció su afirmación con una espléndida sonrisa.

—Es agradable saber que unos pocos nos salvamos —apoyó la cadera en la encimera y se cruzó de brazos—. ¿Qué buscas tú en un hombre?

La pregunta le sorprendió. Hacía tanto tiempo que no salía con nadie que no estaba segura de qué quería encontrar en un hombre.

—Supongo que lo básico. Que no esté jugando, que sea sincero, que me trate con respeto…

Mitch se acercó un poco más.

—Eso no haría falta ni decirlo. Deberías probar con algún hombre de Wyoming. Saben cómo tratar a las mujeres.

¿Estaba flirteando con ella? ¡Madre mía!, estaba fatal si no era capaz ni de darse cuenta de eso.

—¿Un hombre de Wyoming?

—Aquí tenemos un ritmo más tranquilo. Nos tomamos nuestro tiempo para… para todo.

Mitch estaba tan cerca que podía sentir su aliento.

—Estaría bien —se las arregló para decir—. La verdad es que no he tenido tiempo ni para pensar en una relación.

—Una vida tan solitaria… —dijo él—. Algunas veces es agradable tener otra persona aunque sólo sea para hablar —la mirada de él se desplazó hacia su rostro haciendo que el corazón de Rebecca martilleara contra su pecho.

—Tiene que ser agradable compartir tus días con alguien —añadió ella.

Mitch suspiró.

—Sí, creo que eso es lo que más echo de menos —levantó la mano hacia la cara de ella, entonces Greta lo llamó desde el piso de arriba y Mitch retiró la mano—. Será mejor que vaya a echar un vistazo.

—Ve, acabaré de recoger la cocina —le dijo—. Luego me iré a la cama.

Una vez que Mitch se hubo marchado, Rebecca respiró hondo. ¿Qué estaba haciendo? Estaba allí para trabajar, no para hacer una prueba para ser la segunda señora Tucker. Iba a terminar con el corazón roto si no tenía cuidado.

Agarró la bayeta y limpió la encimera. Si se confiaba podía caer en picado. Eso no podía ocurrir. Tenían planes de futuro muy diferentes. Ella tenía una carrera profesional, él pensaba en hijos y ella no podía tenerlos. Ni con él ni con nadie.

Aquella dolorosa verdad la mantendría en su sitio.

CAPÍTULO 4

A LA MAÑANA siguiente Mitch echó un vistazo al reloj de la cocina. Eran más de las siete y Rebecca aún no había ido a desayunar. Se puso otra taza de café, aunque tenía que irse pronto.

Los niños habían ido al pueblo con Jimmy a comprar, así que no tenía que ocuparse de ellos hasta el mediodía. Aquello le daba la oportunidad de encargarse de un asunto con Jack Peters en el establo. El semental de Mitch, Kid Knight, estaba comprometido para cubrir a la yegua de Jake. Pero justo en ese momento la cabeza de Mitch no estaba sólo ocupada en la cría de caballos.

Se acordaba de la noche anterior y cómo casi había traspasado la línea. Siempre había estado orgulloso de haber sido capaz de mantener los negocios apartados de su vida privada. Y en ese momento se encontraba con una gran tentación dentro de su propia casa. Habían pasado sólo dos días y no podía dejar de fantasear con Rebecca.

¿Estaría dolorida después del paseo a caballo? Probablemente. Debería haberle ofrecido el jacuzzi la noche anterior. Aquello le aceleró la respiración. No. Lo único que le faltaba era la imagen de Rebecca desnuda entre agua burbujeante y ya nunca más podría entrar en su cuarto de baño sin pensar en ella.

Mitch bebió otro sorbo de café y decidió dejarle una nota, pero justo entonces ella entró en la cocina. Llevaba una blusa sastre rosa, unos pantalones de color caqui y el pelo recogido en una coleta. Parecía como si fuera de rancho de toda la vida.

—Buenos días.

Ella saludó con la cabeza y fue a la cafetera. El le ofreció una taza llena. Después de algunos sorbos, Rebecca finalmente sonrió.

—Buenos días —echó una mirada a la cocina—. ¿Dónde están Greta y Colby?

—Jimmy se los llevó al pueblo a hacer unos recados —Mitch sacó un plato del horno y lo llevó a la mesa—. Volverán en unas horas, así que disfruta de la paz mientras puedas.

—No tenías que esperarme para desayunar —Rebecca no estaba acostumbrada a que la gente aguardara por ella. Miró los huevos escalfados y las salchichas y se dio cuenta del hambre que tenía—. Esto es maravilloso —se sentó y se puso a comer.

—Me alegro de que tengas apetito. —Yo siempre he tenido buen apetito.

—Mejor, después de la actividad física de ayer necesitas comer.

Mitch se sentó en frente de ella. Rebecca observó su cálida sonrisa y sus ojos de sueño. La cicatriz en la barbilla y las líneas de expresión que circundaban su boca le añadían atractivo. Podría acostumbrase a mañanas como ésa.

«¿Dónde vas? Para. Estás aquí por la cría de ganado, no por un atractivo cowboy de Wyoming», pensó.

—¿Quieres que continuemos con la conversación de ayer? —preguntó ella.

Mitch miró su reloj.

—Ahora no puedo, tengo que bajar a los establos de cría. Kid tiene que cubrir a Dancer's Lady. Tengo que estar allí.

Rebecca trató de ocultar la decepción por no poder ir con él. Recordaba los años en la granja de su abuelo.

—Bueno, vete, yo recogeré aquí e iré adelantando algo de trabajo.

Llevó su plato a la pila pensando en que podría llamar a Brent y comentar algunas ideas con él. Podría aprovechar ese tiempo de tranquilidad.

Mitch se puso a su lado.

—No tengo ningún problema en que vengas conmigo.

Ella lo miró.

—¿No te importa?

—Sabes cómo moverte entre los caballos.

—Me gustaría ver tu sistema de reproducción.

Salieron juntos de la casa en dirección a los establos. Rebecca estaba decidida a olvidarse del trabajo y disfrutar de ese tiempo. El día anterior se había dado cuenta de cuánto echaba de menos estar entre caballos. A lo mejor cuando volviera a Nueva York podía encontrar un picadero y dedicar los fines de semana a montar. Sería bueno hacer algo más que trabajar.

Mitch hizo pasar a Rebecca a un establo en el que había seis yeguas es espaciosas cuadras. Las puertas de madera estaban pintadas de verde, como la parte exterior del edificio.

La docena de cuadras, la sala de herrado y los pesebres estaban inmaculados, como ella esperaba. Estaba claro que el establo de las

yeguas recibía los mayores cuidados. No había ninguna duda de que sus dueños debían de pagar una buena cantidad para que las cubriera un semental de Tucker.

—Es impresionante.

—Estoy muy orgulloso de mi sistema. Da mucho trabajo, pero seguro que tú ya lo sabes.

Un agudo relincho atrajo la atención de los dos.

—Creo que Kid está un poco ansioso.

—Claro, sabe que le espera una preciosa potra. Mitch guió a Rebecca por el pasillo hasta que llegaron a un corral, donde se encontraba el bonito garañón. No había duda de que había olfateado el olor de la yegua. Un suave golpe de viento le echó a Rebecca el pelo por la cara. Mitch se acercó y se lo apartó, y en el gesto sus dedos le acariciaron levemente la mejilla.

—¿Estarás bien aquí?

Ella asintió con la cabeza.

—Date prisa antes de que rompa la valla.

Llegó Wally y se echó la mano al sombrero.

—Buenos días, Rebecca. Ya veo que Mitch te ha traído para que conozcas cómo funciona el sistema de cría.

—Ha sido muy amable dejándome venir. Te prometo que no estorbaré.

Mitch se dirigió a su capataz.

—¿Está Jake aquí?

Wally asintió.

—Está en el otro corral, con su yegua.

De pronto Mitch se preguntó en qué estaría pensando para haber llevado a Rebecca. Era una distracción simplemente estar cerca de ella. Diablos, podía estar en la casa y aún así despistarlo.

—Entonces vamos —dijo Mitch. Se acercó con Wally al corral.

La yegua tenía las patas traseras trabadas y la cola sujeta. Era una potra joven y no podían arriesgarse a que coceara al semental. Mitch le dio la mano a Jake y fue a buscar al semental.

Mitch tenía que concentrarse para manejar a su joven semental. A pesar de que confiaba en que la naturaleza siguiera su curso, también hacía falta una mano fuerte. Ningún propietario quería que su animal sufriera ningún daño. Mientras dos mozos sujetaban a la yegua, Mitch y Wally hacíann que el semental la montara suavemente.

Una vez que el episodio concluyó con éxito, Wally se hizo cargo

del caballo y se lo llevó del corral. Dancer's Lady también fue trasladada a su cuadra. Tendría que quedarse allí unas semanas para comprobar si estaba preñada.

Mitch se quitó los guantes y estrechó la mano de Jake antes de ir a reunirse con Rebecca al lado de la cerca. Su corazón se aceleró al verla. Hacía mucho tiempo que no tenía una mujer esperándolo.

—¿Qué te parece Kid? —preguntó tratando de ignorar lo que estaba sintiendo.

—Es un animal magnífico —dijo ella emocionada—. Espero que lo tengas en tu web.

Mitch no podía ocultar su orgullo ni su sonrisa.

—Por supuesto. Luego te la enseño —apoyó la espalda en la cerca—. Ahora creo que deberíamos aprovechar que Greta y Colby no están. Los quiero muchísimo, pero algunas veces es maravilloso estar solo o con otro adulto.

—No me molestan los niños —admitió ella—. ¿Pero qué pasa con la promoción? ¿Aprovechamos este tiempo para trabajar en ello?

Aquello era lo último que él tenía en la cabeza.

—¿Es en eso en lo único que piensas?

—Claro, es por lo que me están pagando.

—Bueno, dado que yo soy quien paga, te doy la mañana libre. Además, necesitas conocer el funcionamiento de todo esto. En vez de a caballo hoy iremos en la camioneta. Vamos, Rebecca, sé que te apetece.

—¿Crees que es una buena idea? —dijo ella levantando una ceja.

Mitch no estaba dispuesto a pararse a pensar sobre lo que era bueno o malo. No quería pensar en nada. Sólo quería pasar unas cuantas horas a solas con aquella mujer tan guapa.

Era tan simple… y tan complicado como eso.

Veinte minutos después, el jeep recorría la pista sin asfaltar sacudiendo a los dos en sus asientos. Mitch miró al asiento del acompañante. Rebecca apretaba uno de los agarradores de seguridad mientras miraba alrededor.

Llegaron a lo alto de la colina y Mitch se detuvo a un lado del camino. Apagó el motor, se recostó en el asiento y admiró la vista.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó dándose cuenta de que

quería impresionarla.

Ella llevaba en silencio un tiempo que a él le había parecido una eternidad.

—Es impresionante. La vista es increíble.

—Me alegro de que te guste.

Mitch miró en la dirección en que el recinto del rancho quedaba debajo de ellos. En la otra dirección se levantaban la poderosa línea de las Rocosas, donde los pinos y las praderas hacían que el paisaje pareciera una alfombra.

—Mira, Mitch —dijo ella señalando por la ventanilla—. Ahí está el rebaño.

Se inclinó hacia ella y le llegó el aroma de su pelo, que le recordó las flores silvestres. Se apartó de la tentación.

—Ese es Freedom Valley, Valle de la Libertad —le dijo—. Dado que está libre de todo tipo de plaguicidas, pensamos que el nombre le iría bien.

—Me gusta —dijo Rebecca sonriendo.

—Tengo que confesar que fue una idea de Greta.

—Es una chica lista.

No quería hablar de sus hijos.

—Bueno, ¿te gusta mi patio trasero?

—Déjame ver: tenemos las Rocosas, exuberantes y verdes prados y un interminable cielo azul —suspiró—. ¡Es increíble! ¿Cómo consigues trabajar?

—Esa es la mejor parte. Tengo que estar al aire libre todo el tiempo. También hay una parte mala, y es que hace mucho frío en invierno. De hecho, lo normal es que nos quedemos aislados por la nieve al menos una vez al año.

—Para mí suena divertido —dijo ella—. Por supuesto tenéis calor y comida.

—Tratamos de estar preparados —definitivamente no estaba preparado para que Rebecca entrara en su vida—. Tenemos generadores y, si fallan, siempre nos queda la chimenea.

Suspiró recordando la última vez. Carrie acababa de enterarse de que estaba embarazada. Estuvo muy preocupado por lo delicado de su situación, pero Carrie lo único que había querido era hacer el amor al lado de la chimenea. Después, de repente, su idílica vida había terminado cuando otra tormenta de nieve se había llevado a su esposa y al hijo que llevaba en su interior.

—Eso me recuerda la granja de mis abuelos. En Virginia no hace

tanto frío como aquí, pero también los temporales te dejaban sin electricidad —cerró los ojos—. Nos gustaba dormir al lado del fuego.

De pronto la imagen de Rebecca y él aislados por la nieve llenó su cabeza. Los dos envueltos en mantas delante del fuego recurriendo a sus cuerpos para darse calor. Maldición, aquello era una ensoñación que podía hacer hervir la sangre de un hombre.

Mitch apartó aquellos pensamientos de su mente.

—¿Siguen viviendo tus abuelos en Virginia?

—No, vendieron la granja hace años y luego fallecieron los dos. Mi abuela murió por las complicaciones de un infarto y el abuelo falleció al poco tiempo. Creo que no pudo soportar quedarse solo —bajó la voz—. Eran la pareja más adorable que he conocido jamás —se volvió hacia Mitch—. ¿Y tus padres?

—Están vivos y muy bien, gracias. Han estado en Florida los últimos seis meses. Mamá ya no soporta el frío. Mi padre me dejó el trabajo del rancho, así que no hay ninguna razón para que no se pasen el invierno en una zona cálida. Ultimamente se quedan casi todo el año —suspiró—. Quisieron mudarse aquí cuando murió Carrie para ayudarme con los críos, pero les dije que necesitaba hacerlo solo.

—Eso estuvo muy bien por su parte.

Rebecca le sonrió, lo que le recordó que estaba solo en un coche con una mujer preciosa. Hacía mucho tiempo que no tenía aquellas sensaciones con el otro sexo. No lo había visto venir y no estaba seguro de que fuera bueno. Sólo sabía que le gustaba la sensación.

—Estás haciéndolo muy bien con Greta y Colby.

—Gracias. Como fui hijo único siempre he querido una casa llena de niños —Mitch parpadeó—.Y hablando de niños, casi lo olvido —miró el reloj—. Jimmy volverá pronto con los míos.

—Entonces deberías estar allí —dijo Rebecca—. Ya debes de saber lo mucho que Greta se preocupa por ti.

—Lo sé. Se está convirtiendo en mamá gallina —arrancó el motor—. Hay un atajo, pero es un terreno bastante accidentado.

—¿Crees que no podré soportarlo? —preguntó alzando una ceja.

Él captó su malévola mirada. Seguro que podía, pero estaba mucho más preocupado por sí mismo. ¿Sobreviviría a Rebecca Valentine?

—Abróchate el cinturón, querida —dijo mientras ponía en marcha el vehículo—. Veamos de qué estáis hechas las

neoyorquinas.

La tarde del día siguiente, Mitch estaba sentado a su mesa en el estudio. Lo último que quería hacer era pasar la tarde bajo techo, pero le había prometido a Rebecca que estudiarían algunas ideas.

Habría preferido una repetición del día anterior. Dar un paseo en jeep por el rancho con una mujer guapa, una mujer sinceramente interesada en el funcionamiento del rancho. Sonrió al recordar el viaje de vuelta a casa. Se preguntó cómo podría haber terminado en Nueva York aquella chica con lo que parecía gustarle el campo abierto.

De pronto Colby se coló en la habitación, seguido de su hermana.

—Yo puedo estar en la reunión también, ¿verdad papá? —preguntó el niño, apoyándose en el escritorio de roble.

Mitch volvió de su ensoñación.

—Claro que puedes, pero recuerda lo que dije: tienes que estar sentado quietecito y hablar sólo cuando sea tu turno.

—¡Papá! —Greta suspiró exageradamente—. Sabes que lo único que va a hacer es molestar.

—Sentaos los dos y dejad de discutir —les señaló las dos sillas al lado de la mesa—. Greta, sé que has dedicado mucho tiempo a este proyecto y aprecio tu trabajo, pero yo voy a llevar la reunión —¿por qué había pensado que tenía que explicarle aquello a su hija de once años? ¿Qué había pasado con su niñita?

Cuando Greta abrió la boca, él hizo un gesto con la mano.

—Aunque seamos socios, yo sigo siendo el padre —dijo él. ¿Por qué sonaba tan poco convincente?—. Así que puedes participar en esta reunión y dar tu opinión, pero la decisión final la tomaré yo.

Colby estaba empezando a perder interés, pero Greta parecía más decidida.

—¿Estáis de acuerdo? —preguntó el padre.

—Claro, papá —dijo Colby sacando su coche favorito del bolsillo. Greta sacó una pequeña libreta para tomar notas.

Sonó una suave llamada en la puerta y levantó la vista para ver a Rebecca de pie en la entrada.

—Rebecca, pasa por favor —dijo Mitch levantándose.

—Gracias —respondió ella.

Llevaba unos pantalones de pinzas oscuros, una blusa blanca y el

pelo recogido en un moño. Estaba de nuevo en «modo negocios». Se acordó de cómo estaba el día anterior, con el pelo suelto al viento mientras iban por la colina, riendo mientras el jeep la hacía saltar arriba y abajo en su asiento. No se había quejado ni una vez. Prefería esa otra mujer.

—Hola, Greta, Colby —dijo mientras dejaba su maletín encima de la mesa—. ¿Está todo el mundo preparado? —preguntó.

—Claro —Mitch le acercó una silla para que se sentara—. Siéntate, por favor.

Mientras ella se sentaba, a Mitch le llegó otra vez algo de su aroma. Volvió detrás de la mesa, lejos de la línea de fuego. Necesitaba tener la cabeza despejada para hablar de negocios.

Rebecca inspiró hondo para rebajar su tensión. Había estado tratando de tener una reunión formal desde que había llegado hacía ya tres días. Y cuando por fin lo conseguía, estaba nerviosa.

—Lo primero que quiero decir es que he disfrutado mucho montando a caballo para ver el rancho y el rebaño. Espero ser capaz de desarrollar una campaña que a vosotros también os guste.

—¿Vas a hacer fotos de nuestro rancho? —preguntó Colby.

—Sí, si decidimos que es eso lo que queremos —dijo Mitch—. Hijo, por favor, no interrumpas.

—No me importa que hagan preguntas —dijo Rebecca dirigiéndose a Mitch—. ¿A ti te parece bien?

Mitch asintió.

—A pesar de que he hecho una importante búsqueda sobre cría en libertad, es la primera vez que se hace en un rancho de estas características. Necesitaré tu ayuda para saber cuál puede ser nuestro mercado —dijo él.

—Internet —intervino Greta.

—Yo también lo creo así —corroboró Rebecca—. He encontrado varias webs de carne de ternera criada en libertad en las que se puede hacer el pedido directamente en la página. También habría que dirigirse a tiendas de alimentación y restaurantes de lujo —abrió el maletín y miró entre sus notas.

Se dio cuenta de que le temblaban las manos. ¿Cómo podía estar tan nerviosa? Se pasaba la vida haciendo presentaciones. Miró de reojo a Mitch y descubrió que estaba mirándola.

—He trabajado un poco en las ideas de que hablamos ayer —Rebecca empezaba a leer cuando Colby levantó la mano.

—¿Qué hay, hijo?

—Papá tiene una web con sus sementales, Kid Knight y Stormy Knight —aportó Colby—. Tiene sus fotos y fotos de sus potros. Están por todo el mundo.

Rebecca se ruborizó al recordar a Kid Knight en acción.

—Puede que hagamos lo mismo para la ternera.

—Guau, ¿vas a vender carne de ternera en todo el mundo también?

Rebecca sonrió al niño.

—Seguramente empecemos un poco más cerca de casa, Colby. Hay un gran mercado en ciudades como Nueva York o San Francisco. Hay restaurantes especializados en carne de producción extensiva. Aunque vuestro rebaño es todavía joven —dijo ella y miró a Mitch—. ¿Cuándo estará lista para el mercado la primera hornada?

—La semana que viene tenemos que reunir los chotos y separar los que serán cebados. Será al principio del invierno cuando estén listos para ir al matadero.

—Eso nos da tiempo para elaborar una lista de posibles clientes. Mitch, estoy segura de que eres consciente de lo que tus contactos de negocios pueden ayudar a la promoción de vuestro producto. La gente reconocerá el nombre Tucker. Esa lista de contactos nos ayudaría.

—Veré qué puedo hacer con eso —le dijo y anotó algo.

—Bien —Rebecca abrió una carpeta y sacó un boceto de un anuncio. Los tres Tucker se acercaron para verlo mejor.

—Dado que habéis decidido que vais a usar el apellido familiar, he desarrollado algunas ideas que me gustaría compartir con vosotros —señaló el boceto—. «Tucker, un nombre en el que ha confiado desde hace años. Tres generaciones de carne de vaca Tucker. La mejor carne de los Tucker». Y el eslogan puede ser algo como: «Nos jugamos el nombre de nuestra familia por un producto de calidad sin igual» —había unos cuantos espacios en blanco para fotos de la familia y del rancho—. La sugerencia de Greta de emplear el nombre Tucker es buena. Será un buen reclamo para la web. Necesitaréis contratar un equipo de promoción que visite a distribuidores que trabajan con tiendas especializadas y restaurantes —agitó las manos—. Pero eso es el siguiente paso, ahora tenemos que centrarnos en la base.

—«La mejor carne de los Tucker» —repitió Mitch—. No está mal.

—A mí también me gusta —dijo Colby—. ¿Puedo ir a jugar?

—Claro, hijo —Colby se fue y Mitch miró a su hija—. ¿Qué te parece a ti, Greta?

—Me gusta mucho —dijo con los ojos muy abiertos—. Podríamos usar a Blackie en algunas fotos de la web.

Mitch se quejó. Su hija, que era lista, se las había arreglado para buscarle trabajo al ternero, pero tenía que admitir que no era mala idea.

—Sabía que ibas a convertir en una mascota a ese animal.

La niña se puso de pie al lado de Rebecca.

—Papá, si Blackie sale en las fotos tendremos que conservarlo. Es como una imagen de marca.

Mitch miró a Rebecca y trató de parecer severo.

—¿Habéis tramado esto las dos?

Rebecca captó el tono de broma de Mitch. Admiraba lo bien que conectaba con los niños.

—No, pero me gusta la idea de Greta —pasó el brazo por los hombros de la niña—. Las chicas tenemos que luchar unidas.

—Papá, podríamos votar si queremos hacer a Blackie nuestra mascota.

—Los rancheros no tienen terneros como mascotas —dijo, pero suavizó la expresión—. De acuerdo, lo pensaré —se levantó—. Mejor me voy a buscar a Colby, nos toca turno de cocina. Estoy un poco harto de guisos, así que voy a hacer algo de carne a la brasa para cenar. A menos que las señoras no estén de acuerdo.

Greta levantó una ceja.

—Mientras no sea Blackie…

Mitch alzó la mano en un gesto de broma.

—Blackie de momento está a salvo, pero cuando crezca y supere esta fase, será otra historia —dijo y salió del estudio.

La guasa de padre e hija hizo sonreír a Rebecca. Mitch Tucker era guapo, sexy, un tipo divertido y un gran padre. Pero la atraía muchísimo, y eso era razón suficiente para mantenerse alejada.

Aquel atardecer, Mitch permaneció de pie al lado de la parrilla de acero inoxidable del patio trasero disfrutando de la tranquilidad de la puesta de sol. Revisaba la carne para asegurarse de que no se pasaba. Habría sido una tarea fácil si no hubiera tenido la cabeza en otra cosa.

Rebecca Valentine.

Lo tenía perturbado casi desde que había aparecido. Y según pasaban los días parecía ir a peor. Sus pensamientos derivaron a Carrie.

Desde el momento en que la había conocido en la universidad, Caroline Colby había sido el amor de su vida. Después de casarse, Carrie había estado más que dispuesta a ayudarlo cuando había recibido de manos de su padre el negocio familiar. Habían vivido bien y ella había viajado siempre con él hasta que nació Greta. Los dos eran hijos únicos, así que querían tener mucha familia, pero les había llevado bastante tiempo concebir a Colby, porque las obligaciones derivadas de los negocios habían tenido a Mitch bastante ocupado. Había tratado de bajar el ritmo, pero necesitaba viajar para tener éxito.

Mitch dio la vuelta a la carne.

Se sentiría culpable el resto de su vida por no haber estado en casa cuando Carrie había sufrido el accidente de coche. Había llegado al hospital con el tiempo justo para decirle cuánto la amaba.

Carrie había sabido enseguida que no iba a superar aquello. Habían llorado juntos y había hecho que él le prometiera que seguiría adelante con su vida, que se tomaría tiempo para disfrutar de los niños, que no la lloraría mucho y que encontraría a otra persona a quien amar. En aquel momento había pensado que estaba loca. Nunca podría reemplazarla, nunca desearía a otra mujer. Pero llevaba dos años solo y tenía demasiados por delante para pasarlos en soledad; además, estaba el deseo de tener más hijos.

Mitch miró al cielo. ¿Qué le parecería Rebecca a Carrie? Oyó cómo lo llamaba su hijo y miró a la puerta.

—Hola papá, ¿falta mucho? Tengo hambre.

Mitch sonrió.

—No confías en el chef, ¿eh? Unos cinco minutos.

Aquello pareció apaciguar al niño, pero no entró en la cocina, sino que se sentó en una silla a su lado.

—Oye, papá ¿tú crees que Rebecca es guapa?

La pregunta lo pilló con la guardia baja.

—Claro, es una mujer guapa.

—¿Crees que es tan guapa como mamá?

—Creo que tu madre era la chica más guapa de Wyoming, pero tú has visto fotos de ella. ¿A ti qué te parece?

Colby se encogió de hombros.

—En foto no es lo mismo —miró a Mitch a los ojos—. No puedo recordar cómo era mamá —la voz del niño se quebró.

A Mitch le tembló el pecho mientras se arrodillaba delante del niño.

—Lo sé. Eras muy pequeño —tomó la mano de Colby—. Ya sabes que os quería mucho a Greta y a ti.

El niño asintió.

—Lo sé —Colby permaneció un buen rato en silencio y luego preguntó—: ¿Está bien si me gusta Rebecca?

Había esperado aquello. Su hijo siempre se sentía atraído por las mujeres. No había duda de que se debía a sus voces más suaves y sus maneras más cuidadosas. Y se había dado cuenta de la atención especial que Rebecca había dedicado a sus hijos.

—Sí, está bien que te guste Rebecca —dijo—. Sería difícil que no fuera así. Pero debes pensar que volverá a Nueva York en unas pocas semanas.

—Lo sé, pero quiero que sea mi amiga de todas maneras —le brillaron los ojos—. Puede que vuelva de visita.

Mitch sabía que era poco probable que una ejecutiva volviera, pero se dio cuenta de que él quería que ocurriera lo mismo.

—Puede ser.

En la cama, Rebecca se tumbó de lado y encogió las piernas con la esperanza de evitar así los calambres. Nada había funcionado, ni siquiera el fuerte medicamento que le habían recetado. Miró el reloj. Era más de medianoche.

Suspiró y finalmente se levantó pensando que un té caliente podría calmarla. Como todos los Tucker estaban durmiendo, no molestaría a nadie. Se puso la bata y salió al pasillo. Una vez en la cocina dio la luz que había sobre el horno y la tetera. Fue en ese momento cuando apreció una sombra en la ventana.

La sombra era alta y de anchos hombros.

—Mitch —susurró.

—Rebecca. ¿Qué haces?

Dio un paso a la zona de luz y Rebecca vio que sólo llevaba unos vaqueros. Ver su pecho desnudo y bien formado y aquellos brazos musculosos no ayudaba mucho.

—Yo, esto… Iba a tomarme un té, pero no quería molestarte —se dio la vuelta para irse, pero él la agarró del brazo.

—Rebecca, no hace falta que te vayas, creo que los dos tenemos el mismo problema. Yo tampoco podía dormir.

De pronto el estómago se le encogió y casi cayó al suelo.

—¿Qué ocurre, Rebecca?

Ella agitó la mano.

—Son sólo calambres.

—A mí no me parecen sólo calambres —la tomó del brazo y la llevó al salón—. Ven, échate aquí un rato.

—Mitch, no hace falta que te preocupes por mí. Un té caliente hará que se me pase.

La dejó en el sofá.

—Lo sé, no soy más que un hombre insensible, pero estuve casado más de doce años, conozco algunos remedios que pueden ayudar. Vuelvo en un momento.

Se fue y, demasiado dolorida como para discutir, Rebecca se abrazó a un cojín. Al poco apareció Mitch con una manta eléctrica, se la colocó en el vientre, la enchufó y después volvió a irse. Esa vez volvió con dos humeantes tazas de té.

—Espero que te guste el Earl Grey.

—Soy medio inglesa. Bebo cualquier clase de té.

Mitch se sentó en el borde de la mesita de café, cerca de ella. Demasiado cerca. Ella se incorporó un poco pero manteniendo los pies en el sofá. Dio un sorbo de su taza y él hizo lo mismo.

—¿Qué tal la manta eléctrica?

—Mejor, gracias —dijo tocándose el vientre.

Tomó un poco más de té y se sintió más relajada, hasta que se dio cuenta de que Mitch la estaba mirando. Dejó su taza en la mesa y se colocó el pelo lo mejor que pudo.

—Supongo que tengo un aspecto horrible.

A Mitch le parecía que la luz de la luna que entraba por la ventana lo único que hacía era realzar su belleza.

—Estás bien; además, preocúpate sólo de tu… estado —tomó una manta que había en el respaldo del sofá y la tapó —tranquilízate y deja que el calor relaje los músculos.

En lugar de seguir sentado en la mesa se sentó al borde del sofá. Sabía que era demasiado cerca, pero no era capaz de apartarse. Sus ojos se encontraron y se le secó la garganta. Ella tenía que notar el calor entre ambos.

—Me siento mejor —musitó ella—. Gracias.

—No hay problema —ah, claro que había un gran problema.

La forma en que ella hacía que se sintiera cada vez que estaban cerca. La forma en que lo mantenía despierto, soñando con tocarla… besarla…

—Creo que la medicina que he tomado antes está haciendo efecto.

Algo le estaba haciendo efecto a él también.

—Bien. Y mañana quiero que te quedes durmiendo.

—No es necesario.

—Tómate la mañana libre. Por la tarde iremos a ver los comederos y, si nos da tiempo, el lugar donde se construirá la planta de envasado de la carne.

—Me gustaría —dijo con una brillante sonrisa—. ¿Te he dicho lo que me estoy divirtiendo con este trabajo?

Estaba excitado por que ella estuviera disfrutando.

—Creo que estás bien por estar fuera de la locura de la ciudad.

—Puede ser —admitió ella—. El silencio de aquí es tranquilizante. Y estar con Greta y Colby ha sido muy agradable.

—Y yo, ¿qué? —preguntó—. ¿Me he ajustado a mi reputación de tirano?

—Nunca he oído tal cosa…

Él se echó a reír.

—No soy el hombre más fácil con quien trabajar.

_No lo he notado —negó ella—. Has sido amable y receptivo con las nuevas ideas; además, no cocinas mal.

—Tú tampoco has sido difícil de llevar, Rebecca Valentine —se acercó más, hasta sentir sus caderas a través de la manta—. Creí que vendría una mujer urbanita que no querría poner un pie fuera de la casa, que ni de lejos montaría en un caballo. No tenía ni idea de que te habías criado en una granja —bajó la voz—. La verdad es que has sido una sorpresa.

—¿De verdad?

Le acarició una mejilla. Su piel era tan suave como había imaginado.

—Una preciosa sorpresa —repitió. Bajó la cabeza y su boca acarició la de ella suavemente.

Rebecca se quedó sin respiración, pero eso no detuvo a Mitch. Quiso más y enredó los dedos entre su pelo. Al ver que ella no se resistía unió profundamente sus bocas y entreabrió un poco los labios. Gimió y la abrazó atrayéndola más cerca de él.

Un escalofrío de deseo recorriòó su cuerpo. Cuando los dedos de

ella se unieron por detrás de su cuello, casi perdió el sentido. El pulso le martilleaba en los oídos mientras disfrutaba del sabor de Rebecca. Finalmente, sin aire en los pulmones, interrumpió el beso.

Los dos respiraban acelerados. No quería otra cosa que levantarla en brazos y llevarla a su cama, pero los restos de su sentido común prevalecieron y la soltó.

—No voy a disculparme por el beso, pero creo que es mejor que te dé las buenas noches —se levantó y se fue, aunque era lo último que quería hacer.

CAPÍTULO 5

ERA UNA cobarde.

Rebecca paseaba por su habitación tratando de reunir valor para enfrentarse a Mitch. ¿Cómo se suponía que debía actuar después de que un cliente la besara? Y lo que era peor, ¡ella le había devuelto el beso! Su vientre se tensaba ante la sola idea de estar entre los brazos de Mitch mientras la besaba.

—Ya basta —se ordenó mientras intentaba borrar esos pensamientos de su mente.

Aquello no ayudaba a resolver el problema. ¿Cómo debía actuar una vez que los dos habían cruzado la línea?

Bueno, lo primero debía ser no darle demasiada importancia. Bien. Su carrera profesional era todo para ella y no iba a tirarla por la ventana. Además, iba a volver a Nueva York, así que no tenían futuro.

Miró al reloj de la mesilla. Eran casi las ocho. Podía ser que su inminente problema no fuera tan inminente. Probablemente él ya se habría ido a los establos a trabajar.

—Bueno, seguro que además puedo pasarme en mi cuarto todo el día.

Pero cuadró los hombros, abrió la puerta y siguió por el pasillo adelante.

—Me besó, ¿y qué? —murmuró—. Si alguien debería estar avergonzado es él.

Con renovado coraje, Rebecca entró en la cocina, pero se decepcionó al ver únicamente a Greta.

La niña se levantó de la mesa.

—Bien, estás despierta. Papá dijo que te dejara dormir porque no te encontrabas bien anoche. ¿Estás mejor hoy?

—Mucho mejor —dijo Rebecca y se dio cuenta de que estaba muy bien—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Papá y Colby han bajado a los establos a esperar el autobús.

—¿Qué autobús?

Greta sonrió.

—Cómete primero el desayuno y luego te llevaré con papá para que él te lo explique —la niña fue al horno y llevó un plato a la mesa.

Rebecca necesitaba un café. Fue a la cafetera, se echó una taza y bebió un sorbo.

—¿Puedes decirme algo?

—Es una sorpresa, pero es divertida, así que come.

Rebecca miró el plato lleno de beicon y huevos.

—Tu padre debería dejar de darme de comer así.

—Papá siempre hace mucha comida —rió Greta—. Cómete sólo la mitad y después nos vamos.

La excitación de la niña era contagiosa.

—Dame una pista.

—Bueno, sólo te diré que tiene que ver con los niños. Te gustan los niños, ¿verdad?

—Me vuelven loca —ése era su problema.

Mitch se mantenía mirando hacia la casa esperando una señal de Greta. Tal vez Rebecca aún se sintiera mal o hubiera decidido que no quería bajar. Tal vez se arrepintiera de lo ocurrido la noche anterior. No. No de la forma que le había devuelto el beso.

Podía ser que no tuviera nada que hacer con ella,— pero no había sido capaz de resistirse más tiempo y si Rebecca se mostraba tan dispuesta como la noche anterior, tenía previsto volverla a besar.

—¡Papá, ya llega el autobús —gritó Colby desde arriba de la valla del corral.

—Muy bien, hijo —dijo Mitch.

Y echó a andar hacia el establo donde tenía los caballos más dóciles, ideales para jinetes tan jóvenes. Al lado había media docena de peones que se habían prestado voluntarios para aquella tarea.

—Papá, ya estamos aquí —gritó Greta mientras Rebecca y ella se apresuraban en su dirección.

Mitch centró su atención en Rebecca. El corazón le dio un salto de alegría al ver lo natural que estaba en vaqueros y botas y cómo su bonito pelo estaba suelto salvo por dos horquillas plateadas que se lo apartaban de la cara.

—Hola —se las arregló para decir preguntándose si ella se habría pasado la mitad de la noche despierta dándole vueltas a lo que había pasado.

—Hola —dijo ella colocándose un sombrero de paja en la

cabeza.

—¿Cómo estás esta mañana? —preguntó él.

—Mucho mejor, gracias —miró los caballos—. ¿Qué pasa? Greta ha estado muy misteriosa.

Mitch sonrió.

—En un par de minutos habrá aquí una docena de críos locos por montar a caballo. Esperaba poder contar contigo para que nos ayudaras.

Parpadeó con aquellos enormes ojos de color azul grisáceo.

—Claro, pero no estoy cualificada para enseñar…

—No hay que enseñar nada, Rebecca. Estos niños sólo quieren dar una vuelta a caballo por el picadero. Algunos son niños con necesidades especiales. Así que básicamente lo que hay que hacer es mantenerlos en la silla y llevar al caballo alrededor del picadero. Tú sabes manejar un caballo.

Asintió.

—Claro. Cualquier cosa que necesites que haga.

Mitch se dio cuenta de que estaba distante. Tenía que averiguar por qué.

—Rebecca, ¿podemos hablar un segundo? —antes de que pudiera responder la llevó aparte de los niños—. Sobre lo de anoche… Nunca he pretendido que te sintieras incómoda conmigo. Si me aproveché de la situación…

—Mitch, los dos somos responsables de lo que pasó. Quiero que entiendas que normalmente soy mucho más profesional. Nunca he dejado que mis sentimientos personales se mezclen con el trabajo.

—Nunca he pensado que lo hicieras. Rebecca, ni tú ni yo hemos hecho nada malo.

—Hemos sobrepasado la línea, Mitch. Yo estoy aquí para trabajar…

Abrió la boca para decir algo cuando sonó la bocina del autobús. Levantó la vista para mirar al pequeño autobús escolar amarillo bajar por la carretera levantando polvo.

—Hablaremos luego —le dijo Mitch sin darle la oportunidad de protestar—. Pero sólo una cosa, Rebecca, no estoy arrepentido de haberte besado. Y creo que tú lo disfrutaste tanto como yo —de hecho quería volver a hacerlo, pero no tenía tiempo en ese momento—. Ahora tenemos que ayudar a los niños.

Ella lo siguió.

—Mitch, espera, no puedes decirme eso y largarte —bajó la voz

—. Si disfruté o no, no es lo que importa. No puede volver a ocurrir.
—Ya hablaremos luego-volvió a decir él.
Rebecca no estaba conforme pero fue tras él. Mitch dio la bienvenida a las profesoras según bajaban del autobús y después ayudó a bajar a los entusiasmados niños.
—¡Hola, Mitch! —lo saludaron algunos de los niños mientras formaban una fila.
Se acercó a ellos chocando manos y abrazándolos a todos.
—Oíd niños, quiero que conozcáis a una amiga mía. Se llama Rebecca y se crió en una granja de caballos. Os va a ayudar a montar.
—Hola, Rebecca —respondieron a coro.
—Hola —dijo ella.
Mitch se la presentó a las profesoras: Kathy Sanders y Peggy Anderson.
A Rebecca le asignaron un precioso niño de cinco años que se llamaba Matthew. El niño no le habló, pero sus ojos transmitían toda la emoción que sentía. Lo tomó de la mano y caminaron juntos hasta Magic, la yegua que le tocaba.
—Magic —murmuró Matthew.
Uno de los peones del rancho, Neil, sostenía las riendas de la yegua.
—Muy bien, Matthew, hoy te toca montar a Magic —el peón le tendió a Rebecca un casco—. Tiene que ponerse esto.
Rebecca lo aseguró bajo su barbilla.
—Muy bien, Matthew, vamos a apretar esta cincha —el niño esperó pacientemente a que terminara.
Neil colocó al niño en la silla y lo sujetó con un arnés de seguridad. Rebecca se apartó hasta que la tarea estuvo terminada fijándose sólo en la sonrisa del chaval.
Neil le tendió la riendas.
—Lleva tú las riendas, yo estaré vigilándolo.
Ella asintió y él se colocó a unos de los costados del caballo.
—¿Listo para un paseo, Matthew? —preguntó ella.
—Paseo… —dijo Matthew—. Venga… Magic.
Rebecca sonrió, tiró de las riendas y se unió al corro de caballos que ya estaban dando vueltas alrededor del picadero. Permanecía cerca del niño, asegurándose de que estuviera bien y mirando a los otros niños y guías.
Al frente del grupo iba Wally llevando el caballo de Colby,

Trudy, con una niña pequeña en la silla. Una de lass profesoras iba al lado de la niña y detrás de ella iban Greta y Jimmy. Greta guiaba el caballo pero sus ojos estaban fijos en las manos del joven ranchero. Era evidente que la niña estaba enamorada del muchacho.

Rebecca dirigió su atención al siguiente jinete. Estaba a cargo de Mitch, un niño algo mayor, de unos ocho años. Estaba enseñando al niño cómo dar órdenes al caballo. Después llevó al caballo al centro de la arena, donde había un barril con unos cuantos peluches de colores encima.

—¿Cuál es la orden, Tim? —preguntó Mitch.

—¡Para, Rudy! —gritó el niño, y el caballo se detuvo al lado del barril.

—Rojo, Tim.

El niño se paró un momento, entonces se agachó y agarró la ardilla roja.

—Buen trabajo, Tim —dijo Mitch.

La cara del niño brilló de placer mientras Mitch conducía el caballo a otro barril.

Rebecca miró a Matthew para comprobar si estaba mirando la actividad.

—Matthew, ¿quieres hace eso?

—Mono —dijo el niño señalando.

—Bien, vamos por ese mono.

Con la ayuda de Neil, Matthew alcanzó el animal de peluche.

La siguiente hora se pasó rápidamente, y sólo cuando los niños estuvieron montados en el autobús Rebecca se dio cuenta de lo cansada que estaba.

Ayudó a Matthew a subir al autobús. El niño la miró y dijo:

—Adiós, Becca.

Se le derritió el corazón y las lágrimas le quemaron en los ojos.

—Adiós, Matthew —bajó del autobús mientras las profesoras aseguraban a los niños en sus asientos.

Sintió la presencia de Mitch tras ella.

—Te llegan al corazón —dijo él.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Unos pocos años, pero sólo de mayo a octubre —dijo mientras volvían hacia la valla—. Cuando empieza a empeorar el tiempo ya no se puede.

—Me parece increíble que abras tu rancho con el poco tiempo

que tienes.

El sonrió.

—Es fácil. Me vuelven loco los niños, pero no tengo tiempo para el proyecto. Carrie lo empezó hace unos tres años. El hijo de un primo suyo es autista y cuando vio lo bien que respondía a los caballos en el rancho de sus padres en Cheyenne, decidió ayudar a los niños con necesidades especiales que hubiera por aquí. El sueño de Carrie era llegar a organizar un campamento de verano.

Los dos permanecieron en silencio mirando cómo los peones metían los caballos en sus cuadras. Colby y Greta entraron corriendo tras Wally en el establo.

—¡Qué bonito! —dijo finalmente Rebecca—. Puede que podamos desarrollar la idea de que parte de los beneficios de la carne se destine al campamento.

Sus miradas se cruzaron. Por mucho que ella intentaba desviar su mirada él no la dejaba.

—Rebecca… eres la primera mujer a la que he besado desde que Carrie murió.

Ella intentó no parecer afectada, pero no lo logró.

—No es que no haya tenido oportunidades —siguió diciendo él —. Simplemente era que no quería. Hasta anoche, hasta ti.

—Sigo pensando que no debería haber ocurrido, Mitch —respondió con voz algo temblorosa—. Estoy aquí para trabajar…

—¿Puedes olvidarte del trabajo sólo un minuto? Nos besamos, Rebecca, y quiero volverte a besar y también sé que tenemos que trabajar juntos.

—Volveré pronto a Nueva York.

—No tan pronto —respondió Mitch haciendo una mueca.

Rebecca sentía que el corazón le latía desbocado. Sería tan fácil dejar que ocurriera… Pero no podía. Al final aquello sólo le haría daño. No podía soñar con un marido y una familia. Era muy tarde para eso.

—Tengo un trabajo que hacer, Mitch. Mi carrera es importante para mí.

El se puso serio y dio un paso hacia ella.

—Créeme, Rebecca, eso no lo es todo. Necesitas tener algo más en la vida —dejó escapar un largo suspiro—. Fama y fortuna no significan nada si no tienes con quien compartirlas —una sonrisa cruzó su bonito rostro—. Te lo advierto, Rebecca Valentine, todo el tiempo que estés aquí voy a intentar convencerte de ello.

Por mucho que lo intentaba, Rebecca no era capaz de quitarse de la cabeza las palabras de Mitch. Decidió que pasaría menos tiempo con la familia Tucker. En ese momento Mitch anunció que aquella noche no cocinaba nadie, que los llevaba al pueblo a cenar.

Rebecca intentó escabullirse, pero cuando Colby le dijo «Por favor, ven», no pudo negarse. Los niños subieron a la parte trasera del todoterreno y Mitch le sujetó la puerta para que ella pudiera sentarse en la plaza del acompañante. Esa vez llevaba unos pantalones de vestir, así que no tuvo que preocuparse por si enseñaba demasiada pierna.

—He decidido que los pantalones son más prácticos para los todoterrenos.

Mitch se le acercó.

—No estoy de acuerdo —le susurró al oído—. Tienes unas piernas fantásticas.

El tono de su voz provocó que un escalofrío le recorriera la espalda. Antes de que pudiera decir nada, Mitch dio la vuelta por delante del coche, se dirigió al asiento del conductor y ocupó su sitio. La media hora que tardaron en llegar al pueblo se centró en los niños, las películas que querían ver y otros temas similares. Rebecca disfrutó escuchando el buen humor que había entre los niños y el padre.

No pasó mucho tiempo antes de que entraran en la zona de aparcamiento de un restaurante familiar, The Country Kitchen. El interior era acogedor, con cortinas en las ventanas y manteles de cuadros en las mesas. Colby corrió a uno de los bancos de plástico rojo que había al lado de una ventana. Greta se deslizó a su lado dejando a Rebecca y a Mitch el otro lado de la mesa.

Una camarera delgada de unos cuarenta años se acercó. Llevaba una blusa blanca almidonada y unos pantalones negros. Llevaba el pelo rubio teñido recogido y en la tarjeta con su nombre podía leerse «Wanda». Colocó en la mesa cuatro vasos de agua y sonrió.

—Bueno, pero si es la familia Tucker. ¿Qué os trae por aquí? ¿Una ocasión especial?

—Hola, Wanda —dijo Greta.

—Hola, Wanda —repitió Colby—. Papá nos ha traído porque estamos cansados de cocinar.

Unos brillantes ojos de color avellana se volvieron hacia Mitch.

—Así que huyendo de las tarteras de Margie, ¿eh?

—No —dijo Mitch—. Sólo es que hemos decidido venir al pueblo para que Rebecca salga un poco.

—Bueno, enseñarle el pueblo no os llevará mas de un cuarto de hora —se irguió y le tendió la mano a Rebecca—. Hola, soy Wanda Shaw. Fui al colegio con Mitch, pero parece que ha olvidado los buenos modales y no presenta a nadie —suspiró—. Creo que voy a tener que ir a Florida a decírselo a su madre.

Rebecca vio de reojo el rubor en la cara de Mitch.

—Soy Rebecca Valentine. Estoy aquí para colaborar en el desarrollo del proyecto de carne de ternera de los Tucker.

—Como si Wanda no supiera todo lo que pasa en este pueblo —comentó Mitch—. Estoy seguro de que Greta y Colby ya le han contado todo lo que necesitaba saber.

Wanda se envaró.

—Bueno, la gente viene aquí con la esperanza de enterarse de todo lo que pasa.

—Como ya sabes todo, nos puedes traer una hamburguesa Calvin con todos los extras a cada uno —miró a Rebecca—. ¿Te parece bien?

Ella asintió con la cabeza y añadió:

—Y una cola sin calorías para mí.

—Papá, ¿podemos tomar nosotros un refresco también? —preguntó Greta.

Mitch se dirigió a Rebecca.

—Puedes pedir otra cosa que no sea una hamburguesa. Cal tiene otras especialidades muy buenas.

Le llegaba el aroma de su loción para después del afeitado. Estaba demasiado cerca.

—No, me gustan las hamburguesas.

—Son mi comida favorita —dijo Colby—. Pero odio la cebolla. A Greta tampoco le gustan «por que hace que le huela el aliento y entonces no puede besar a los chicos».

Greta protestó.

—Eso es mentira.

—No, no lo es —se defendió Colby—. Eso es lo que le dijiste a Sarah Peterson.

El rubor invadió las mejillas de Greta.

—Has estado escuchando en mi puerta. Papá…

Mitch levantó una mano.

—No vamos a discutirlo ahora, pero Colby, lo que has hecho está mal. Ya hablaremos en casa.

El niño dejó caer la cabeza.

—De acuerdo, lo siento, Greta. No lo volveré a hacer.

—Será mejor que no —amenazó su hermana.

—No entiendo por qué nadie puede querer besar a una chica —murmuró el niño—. Es estúpido. Yo nunca lo haré.

Rebecca apenas podía contener la risa. Mitch se volvió a mirarla, pero no sonreía.

—Cuando seas mayor, hijo, pensarás de otra manera —su mirada sostuvo la de ella durante un largo tiempo y después, finalmente, se dio la vuelta y miró a su hija—. ¿Desde cuándo besas a los chicos?

—Papá… yo no… —Greta miró a Rebecca en busca de ayuda.

Rebecca buscó la mano de Mitch para detener el interrogatorio.

—Recuerdo que cuando tenía la edad de Greta, mi hermana y yo hablábamos de chicos todo el tiempo, pero eso era lo único que hacíamos, hablar —sorprendida, Rebecca sintió que la mano de Mitch apretaba la suya—. Eso es lo que hacen las chicas. Soñar, fantasear…

—Yo sólo pensaba en coches y caballos a la edad de Greta —dijo Mitch.

Rebecca rió.

—Eso es porque los niños no maduráis tan deprisa como las chicas.

—Sí, papá —dijo Greta—. En lo que se refiere a madurez, las chicas van por delante de los chicos —dijo riendo—. Pero sobre los veintiún años nos alcanzáis.

Mitch no podía creer lo que estaba diciendo su hija. ¿De dónde había sacado aquello?

—¿Veintiuno? ¿Cómo sabes eso?

La interrogada puso los ojos en blanco.

—Por la clase de educación sexual.

Antes de que Mitch pudiera responder, Rebecca le apretó levemente los dedos por debajo de la mesa y Wanda llegó con las bebidas. Rebecca se soltó de la mano e inmediatamente Mitch empezó a anhelar el contacto. Pero no pensaba dejarla escapar tan fácilmente.

Rebecca no se había reído tanto en años. Le encantaba estar con los Tucker. Había pasado tanto tiempo sin sentirse parte de una familia… Desde que Rachel y ella pasaban los veranos con sus abuelos.

Dedicó una mirada al hombre que estaba sentado a su lado. Mitch sería un hombre difícil de olvidar, lo mismo que sus hijos. No había forma, por mucho que quisiera, de mantener la distancia con él.

Mitch estaba dejando encima de la mesa el dinero para pagar la cuenta cuando alguien lo llamó. Se dio la vuelta y vio a Mildred Evans, una amiga de su madre, yendo hacia él. Reprimiendo una queja, forzó una sonrisa mientras se acercaba la mujer. Se puso en pie y la saludó.

—Señora Evans, me alegro de verla.

Ella sonrió.

—Yo también me alegro, Mitchell —miró a los niños—. Madre mía, lo que habéis crecido. Éste no puede ser Colby. Te estás poniendo muy guapo, como tu padre —dirigió entonces la atención a la niña—. Y ésta es la pequeña Greta —dijo muy efusiva—. Una señorita ya, idéntica a su preciosa madre.

—Gracias, señora Evans —dijo Greta.

—Sólo digo la verdad. Todos recordamos mucho a Carrie —la anciana finalmente miró a Rebecca—. ¿Y ésta quién es?

—Señora Evans, es Rebecca Valentine. Es de la agencia Pierce y está colaborando en el desarrollo del proyecto de producción de carne de ternera. Rebecca, ésta es la señora Evans. Una amiga de mis padres.

—Encantada de conocerla, señora Evans —dijo Rebecca.

La mujer miró a Rebecca de arriba abajo y Mitch supo que su madre tendría un informe completo a la mañana siguiente.

—Encantada, señorita Valentine. Seguro que se siente como pez en el agua en nuestro pequeño pueblo.

—Es un cambio agradable. Y he disfrutado mucho en el rancho Tucker.

Mitch casi podía escuchar las maquinaciones en la cabeza de la anciana.

—Es tan bonito que Mitch le abra su casa…

Tenía que poner fin a aquello antes de que sus hijos le dieran cualquier tipo de información.

—Bueno, nos íbamos a ver una película. Ha sido una sorpresa

encontrarla, señora Evans.

Mitch reunió con rapidez a Rebecca y a los niños y en un momento estaban los cuatro en el coche sin ningún incidente más. Todo el camino de vuelta a casa, Rebecca fue en silencio, probablemente por lo que había dicho Mildred.

Como había dicho, vieron una película en el salón. Mitch no estaba seguro de qué película era porque no dejó de mirar a Rebecca. Desde que la señora Evans había aparecido era como si se hubiera recluido en su propio mundo.

Cuando terminó la película, Colby estaba dormido. Cuando Mitch lo levantó en brazos, el niño protestó, pidiendo que Rebecca lo llevara también.

Rebecca estuvo de acuerdo y siguió al grupo escaleras arriba. Mitch llevó a Colby a su habitación, lo desnudó y le puso el pijama. Rebecca entró en la habitación pero se mantuvo al margen.

Se sentía fuera de lugar. Nunca había acostado a un niño. Tampoco era que no hubiera querido, simplemente no había tenido la oportunidad.

—Rebecca —la llamó Colby medio dormido—. Me alegro de que vinieras con nosotros esta no che. Ha sido muy divertido.

—Yo también lo he pasado bien.

Mitch terminó de ponerle el pijama al niño, lo acostó y lo arropó.

—Papá, ¿tú te has divertido con Rebecca?

Mitch miró a Rebecca.

—Sí, claro —respondió y le dio un beso en la frente—. Ahora, a dormir, pequeño.

Rebecca se acercó y no pudo evitar acariciar el pelo del niño.

—Hasta mañana, Colby.

Siguió a Mitch fuera de la habitación del niño.

—Si no te importa, estaría bien que vinieras también a la habitación de Greta.

No quería otra cosa, pero aquél era un camino equivocado si quería mantener la distancia.

—De acuerdo.

—Papá, ven —lo llamó la niña.

El padre abrió la puerta y entró, pero Rebecca se quedó en la entrada.

La habitación de la niña era rosa con una cama con dosel y una estantería llena de muñecos de peluche. Greta estaba sentada en la

cama con un libro en las manos. Su padre se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—No te duermas tarde, cariño.

—Sí, papá —dijo y después miró a Rebecca—. Me alegro de que hayas venido con nosotros esta noche. Ha estado bien.

—Yo también me alegro —aunque se estaba sintiendo demasiado implicada con la familia de su cliente.

—Puede que lo repitamos —Greta miró a su padre—. Papá, ¿por qué no vamos a montar mañana?

—Suena muy bien, pero tengo cosas que hacer.

Ya sabes, tengo un rancho.

—Podría hacerlas Wally.

—Alguien tiene que decirle lo que hay que hacer. Además, tengo un compromiso con el dueño de una yegua. Buenas noches, Greta.

—Buenas noches, Greta, te veré en le desayuno, me toca prepararlo a mí —le dijo Rebecca.

Mitch le dio un beso a su hija, salió y cerró la puerta.

—No tienes que cocinar para mis hijos —dijo cuando estuvo al lado de Rebecca.

—Ni tú tienes que esperarme para desayunar —respondió bajando la voz.

Mitch la tomó de la mano y tiró de ella escaleras abajo para alejarla de oídos indiscretos.

—Te lo dije, preparo mi comida y la de los niños, puede parecer tonto pero… —se interrumpió—. ¿Por qué actúas de ese modo de repente?

Ella apartó la mirada.

—Tengo la sensación de que nos estamos saliendo del carril…

—Porque nos hemos salido —Mitch la observó con aquellos increíbles ojos oscuros—. Sigues dándole vueltas al beso.

—No debería haber ocurrido —dijo ella—. Y puede que tampoco haya sido buena idea salir a cenar esta noche.

—Tú también me besaste, Rebecca —se acercó más, obligándola a apoyarse en el pasamanos. Apoyó las manos en la barandilla a ambos lados de ella—. Podrías haberme detenido.

—Lo sé —susurró—. Y debería haberlo hecho.

—Admítelo, Rebecca, no me detuviste porque lo deseabas tanto como yo; tanto como lo deseamos ahora —bajó la cabeza lentamente hasta la de ella.

Rebecca trató de decir algo para negarse, pero no pudo.

CAPÍTULO 6

REBECCA no debía desear a ese hombre, pero era así. De hecho, se moría por él. Porque la tocara… la besara. Sentir su cuerpo contra el de ella…

—Rebeca, ven —dijo Mitch con voz ronca.

Se acercó a ella y la envolvió con sus brazos. Ella se resistió un momento, pero se rindió y le pasó los brazos por el cuello.

Mitch enterró las manos en su pelo y la colocó de manera que pudieran unir sus bocas. Un torbellino de sensaciones la dejó sin aire, pero ¿quién necesitaba respirar?

Mitch tembló al sentir cómo Rebeca se acercaba todavía más. Estaba tan cerca del límite que no le costaría mucho sobrepasarlo. Y ella era tan agradable, olía tan bien… sabía a gloria.

Incapaz de controlar su deseo cambió de postura para estar más unido a ella. Ella gimió y se agarró a él. Mitch abrió su boca contra la de ella satisfaciendo el hambre de ambos. Tratando de recuperar algo de control, enterró la cara en el cuello de Rebeca.

—No puedes decirme que no querías esto —susurró.

—Eso no significa que esté bien —respondió ella sin respiración.

Mitch se movió. Ella podía sentir lo que provocaba en él. Alcanzó la boca de ella una vez más y deslizó la lengua en su interior. Al escuchar sus gemidos, volvió a repetir la operación. Cuando finalmente la soltó, el corazón le latía tan deprisa que parecía un tambor.

Rebeca intentaba rebelarse contra la pérdida de su sentido común. No podía seguir adelante con aquello. Estaba sufriendo un naufragio emocional, aprovechándose de la situación, utilizando a Mitch.

—Tenemos que parar —le rogó ella.

Se liberó de su abrazo. Incapaz de mirarlo, murmuró un «buenas noches» y salió corriendo a su habitación. Una vez que hubo cerrado la puerta corrió hasta la cama y se dejó caer encima de la colcha. Tenia que aprender a controlarse cuando estuviera cerca de Mitch Tucker.

Y tenía un buen montón de cosas en las que pensar aparte de tener una aventura con él. Se cubrió el vientre con la mano al sentir los calambres que le recordaban que nunca podría tenerlo todo. Se

avergonzaba de no haberse dado cuenta antes de que tener una familia era lo más importante.

La mañana siguiente Mitch se levantó pronto y se marchó con Wally, que ya lo esperaba para ir a cambiar de sitio el rebaño. Les llevaría la mayor parte del día separar a los terneros y llevarlos a los pastos donde pasarían los siguientes cuatro meses.

Le habría gustado tardar incluso más, pero no podía dejar a los niños solos, así que había pedido a la hermana de Jimmy, Kelly, que tenía diecisiete años, que se quedara con ellos todo el día. Sabía que Greta no estaría de acuerdo, pero no tenía elección. De ese modo Rebecca podría concentrarse y sacar adelante algo de trabajo.

Rebecca…

Había pensado en ella toda la noche. No era capaz de manejar la situación. Fuera lo que fuera lo que sentía por él, estaba claro que ella luchaba contra sus propios demonios y que él estaba haciendo lo mismo. Había amado a Carrie mucho tiempo. De pronto estaba sintiendo pasión por otra mujer, y evolucionando rápidamente hacia mucho más. Además sus hijos estaban sintiéndose unidos a Rebecca.

¿Estaba preparado para lo que vendría a continuación?

Rebecca volvió a mirar el reloj. Eran más de las nueve y Mitch no había vuelto a casa para desayunar. No era que estuviera ansiosa por verlo, pero necesitaba hablar con él. Quería saber qué planes tenía.

Se abrió la puerta trasera y se le disparó el corazón. Respiró profundamente al ver a Mitch entrar en la cocina. Se quitó el sombrero y lo colgó de un perchero. Tenía el mismo buen aspecto de siempre con vaqueros y camisa de cuadros. ¿Quién habría pensado que acabaría enamorándose de un vaquero de Wyoming?

Rebecca forzó una sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió él y fue hacia la cafetera—. ¿Dónde están los niños?

—Le pedí a Greta que se llevara fuera a Colby un momento.

—Lo siento. ¿Te estaban molestando?

—No, nunca molestan. Es algo entre tú y yo. Anoche… lo que

ocurrió entre nosotros no fue muy inteligente.

Mitch se apoyó en la encimera y bebió un sorbo de café.

—¿Porque trabajamos juntos?

—En gran parte. Además, estando en tu casa, con tus hijos… No me siento bien empezando algo.

Mitch dejó la taza en la mesa y se acercó a ella.

—Mira, Rebecca. Estoy muy oxidado en esto. He olvidado las reglas. No he tenido tiempo para salir con nadie —buscó la mirada de ella—. Pero sé que me siento atraído por ti y creo que yo también te atraigo. ¿No es eso un buen comienzo?

—No. Tú eres mi cliente.

—¿Y con qué interfiere eso?

—Con todo.

—¿Hay alguien más en tu vida?

—¡No!

Pareció aliviado.

—De acuerdo —empezó—. Daré un paso atrás porque necesitamos que este proyecto salga adelante.

—Y mi regreso a Nueva York una temporada ayudará.

Mitch frunció el ceño.

—¿Te marchas?

—Quiero dejar algunas cosas atadas con nuestro departamento artístico. Además, necesito tener algún contacto con mis otros clientes —tenía también una cita con el médico que no podía cancelar—. Estaré de vuelta en una semana.

De repente un grito atrajo su atención. La puerta de atrás se abrió bruscamente y Creta entró con Colby. El niño tenía un corte en la pierna y sangraba.

—¿Qué ha pasado? —Mitch levantó al niño y lo sentó en la encimera. Rebecca fue a la pila, agarró un paño limpio y lo humedeció.

El rostro de Creta ardía.

—Estaba subido al montón de leña… le dije que se bajara, pero no me hizo caso —las lágrimas le surcaban el rostro—. Se cayó y se arañó con un clavo.

Rebecca se acercó y le dio el paño a Mitch.

—No, hazlo tú —le rogó Colby.

Con el corazón acelerado de pánico miró al padre.

—Adelante, eres capaz —dijo devolviéndole el paño.

Rebecca trató de tranquilizar al niño .

—Todo va bien, Colby. Respira hondo y sopla.

El niño hizo lo que le decía y ella empezó a limpiar el corte. Miró a Mitch y dijo con suavidad:

—Creo que esto debería verlo un médico.

Mitch asintió.

—Vamos —y levantó en brazos a su hijo.

Rebecca fue detrás con Creta. En el coche se sentó atrás con Colby mientras Mitch llamaba por teléfono al médico. Cuando llegaron a la pequeña sala de urgencias, el doctor Walters los estaba esperando.

Rebecca se quedó con Creta en la sala de espera tratando de concentrarse en la tele y no en lo que le pasaba al crío de cinco años.

Al ver que Creta estaba preocupada, Rebecca la agarró de los hombros y le dijo:

—Lo que le ha ocurrido a Colby ha sido un accidente.

—Nunca me hace caso —respondió Creta—. Le digo cosas todo el rato pero hace lo que le da la gana.

—Eso es porque es un chico pequeño. Bueno, los chicos grandes hacen lo mismo.

Las dos rieron, luego Greta rápidamente se puso seria.

—¿Crees que la herida es realmente mala?

Rebecca negó con la cabeza.

—El corte no era muy profundo, pero necesitará puntos. Colby tendrá una cicatriz de la que presumir.

Greta protestó.

—Voy a tener que ser siempre su esclava.

—Bueno, él haría lo mismo por ti. La chica se puso seria.

—Ya sé que actúo como si él no me importara, pero… si algo malo le pasara…

Rebecca la abrazó.

—Lo sé. Lo quieres.

Recordó a su hermana y todos los años que hacía que no hablaban. Le dolió el corazón. Tal vez volviera a contactar con Rachel…

Mitch entró en la sala de espera empujando a un sonriente Colby en una silla de ruedas.

—Me han dado seis puntos. Y no he llorado —dijo levantando orgulloso la cabeza—. ¿Verdad, papá?

—Sí, es verdad —miró a Rebecca. Parecía menos estresada que

cuando habían llevado a Colby—. Ha sido un chico muy valiente.

El niño sonrió.

—Bueno, ¿y si vamos a por unas hamburguesas?

Greta miró a Rebecca.

—¿Lo ves? Siempre lo consigue todo. No voy a poder soportar seguir viviendo con él.

Rebecca y Mitch intercambiaron una mirada. Tenía auténtica urgencia por abrazarlo. Pero no. Allí ella era una visita. No era su familia.

El resto del día, todo el mundo le dio a Colby lo que pedía. Cuando el niño al fin se fue a la cama, todos estaban exhaustos, incluyendo a Greta, que se fue a su habitación.

Rebecca estaba en su cuarto cuando decidió que le apetecía una taza de té. No fue la única. En la cocina en penumbra se encontró con Mitch, que miraba por la ventana. Iba a marcharse, pero escuchó un sollozo que le llegó al corazón.

Ella conocía perfectamente la desesperante sensación de sentirse totalmente sola. En contra del sentido común se acercó a él.

—Mitch…

Rápidamente él se secó los ojos antes de darse la vuelta.

—Creí que todo el mundo estaba ya en la cama.

—He venido por una taza de té. Todos hemos tenido un día duro.

Mitch asintió. La luz de la luna que entraba a través de la ventana le dejaba ver a Rebecca sus ojos enrojecidos.

—Me he sentido tan inútil hoy… —dijo Mitch.

—No lo has sido. Llamaste al médico y llevaste a Colby a urgencias —se acercó más a él, incapaz de no tocarlo. Mitch necesitaba a alguien, la necesitaba a ella.

—Oh, Becca —susurró con la cabeza apoyada en el pecho de ella —. No sé qué habría hecho si algo…

—Shh… No pienses en algo peor, Mitch. Colby está bien.

—Maldición, es duro llevarlo todo solo —se puso de pie y la atrajo hacia él—. Me gustaría que no te fueras.

Ella flaqueó.

—Supongo que puedo retrasar el viaje hasta que le quiten los puntos a Colby.

Se echó para atrás y la miró.

—¿Estás segura?

No, ya no estaba segura de nada, nunca lo estaría. Asintió en silencio.

—Necesitaré disponer de tu despacho durante más tiempo.

—Te digo una cosa: si te encargas de Colby por la mañana, tendré a Wally y a todo el equipo trabajando todo el día y te relevaré por la tarde. ¿Te parece bien?

—Muy bien. Y hay algo más. No podemos seguir manteniendo esto en un nivel tan personal.

—¿Quieres decir que nada de besos?

Asintió con la cabeza.

El suspiró.

—Me pone una barrera difícil, señorita Valentine. Pero si es la única manera de mantenerte aquí… ¿Cuándo empiezan a regir las nuevas reglas? —dijo mientras la atraía hacia él.

Tenía un enorme problema.

—Mañana —respiró justo antes de que Mitch uniera su boca a la de ella.

A la mañana siguiente, Mitch se apresuró en volver a casa. Sabía que mantener a su hijo quieto era casi imposible. Además, deseaba ver a Rebecca.

Se acordó del beso que habían compartido la noche anterior. En realidad, habían sido unos cuantos besos. Una cosa había llevado a la otra hasta que finalmente había rogado piedad y había empujado a Rebecca hasta su habitación.

Lo último que quería era estropear aquello. Quería que Rebecca se quedara para que ambos pudieran averiguar adónde los llevaban sus sentimientos. Y él iba a hacer todo lo posible por descubrirlo, lo que podía significar la mayor locura de su vida. ¿Qué pasaría si aquello no funcionaba? No, algo en su interior le decía que Rebecca quería en su vida algo más que su carrera profesional.

Ya sabía que era buena con sus hijos. Era madre por naturaleza. De pronto se la imaginó embarazada de un hijo de ambos. Se detuvo para tratar de recuperar el aliento. ¿Habían llegado sus sentimientos hacia ella tan lejos? Subió al porche, abrió la puerta trasera y se dirigió al salón, donde se oía el sonido del videojuego favorito de su hijo. Colby estaba sentado en el sofá con dos muñecos en las manos.

Mitch paseó la mirada por el salón. Rebecca estaba sentada a la mesa mirando unos papeles. Llevaba unos vaqueros y un polo rojo. Y lo mejor de todo: su maravilloso pelo estaba suelto.

Colby finalmente lo vio.

—¡Hola, papá! ¿Qué haces aquí?

—Pensé que tendría que echarte un vistazo. Tengo un par de minutos antes de ir al pueblo —dijo y revolvió el pelo de su hijo. Miró a Rebecca—. Después tengo que ir con Wally a ver cómo está el rebaño. Puede que me retrase un poco.

—No importa —respondió ella.

—De acuerdo. Me aseguraré de que Greta esté aquí para estar con Colby.

Rebecca sonrió.

—Y yo estaré cerca por si hay algún problema. Aunque dudo que lo haya. Tu hija es muy madura para su edad.

—Algunas veces tengo la sensación de estarle robando la infancia. Ha tenido que crecer rápidamente por la muerte de Carrie.

—Es duro perder a una madre tan joven… A cualquier edad. Greta es una jovencita sorprendente.

Mitch veía muchos rasgos comunes en las dos.

—Últimamente parece querer relacionarse sólo contigo —dijo él —. Siento que no voy a ser capaz de hacerme con ella.

—Sigue hablando con ella, haciendo que se sienta especial.

Mitch se preguntaba si el padre de Rebecca cuando vivían en Inglaterra habría tenido dificultades para relacionarse con ella.

—Toda mujer debería sentirse tratada como si fuera especial. ¿Hubo alguien que te tratara así cuando tenías la edad de Greta?

Ella desvió la mirada.

—En algunas familias, cuando hay un divorcio el centro de atención no son los niños. Pero eso es otra historia. Harías mejor en irte. Le contaré a Greta el acuerdo —se levantó y salió de la sala.

Rebecca no había sido muy sutil a la hora de evitar las preguntas sobre su familia. Había tanto sobre esa mujer que quería saber… Sobre todo qué era lo que le dolía tan hondamente.

La semana pasó mucho más deprisa de lo que Rebecca se había imaginado. Colby se curó perfectamente y le quedó una bonita cicatriz para enseñar a todo preescolar en el otoño. Mitch consiguió trasladar el rebaño y ella conoció el matadero y la planta de

envasado de la carne. Seis meses más y todo funcionaría a pleno rendimiento.

La mañana de su partida, Greta preparaba el desayuno mientras Rebecca hacía la maleta después de revisar todos los cajones para ver si olvidaba algo. Iba a ser difícil despedirse. Se preguntaba si volvería alguna vez. Tal vez fuera mejor para todos si no lo hacía.

Se encontró a Mitch en la cocina, pero no estaba solo, sino con sus hijos. Ambos, Colby y Greta, estaban adorables y muy tristes porque se iba.

—No quiero que te vayas, Rebecca —dijo Colby.

—Pero tengo que estar en mi oficina unos días. Estaré fuera casi tres semanas.

Los niños también podían sufrir si empezaba algo con su padre, una relación que no podía llegar a ningún sitio. No tenía ningún futuro con un hombre que quería una casa llena de críos.

Después de abrazar a los dos para despedirse, Mitch la ayudó a subir al todoterreno. Después dio instrucciones a su hija para que vigilara a Colby hasta que él volviera. Arrancó el motor y puso en marcha la camioneta. Rebecca miró a los dos niños diciendo adiós con la mano con aire melancólico. ¿Por qué se sentía como si los abandonase?

En un repentino ataque de pánico, Rebecca deseó decirlo todo, revelarle sus sentimientos a Mitch y confesarle que quería quedarse y ver cómo terminaba aquello. Pero no podía cargarlo con su problema. Tenía que cargar con eso ella sola, como había tenido que hacerlo desde que era una niña.

Mitch mantuvo una conversación intrascendente hasta que llegaron a la pista de aterrizaje. Saltó de la camioneta y Wally le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba desde la avioneta para decirle que todo estaba listo.

Mitch no estaba preparado para que Rebecca se fuera. La ayudó a salir del todoterreno y se puso delante de ella para decirle algo.

—Piensa en nosotros mientras estás fuera.

—Por supuesto, pero, Mitch… —cerró los ojos un segundo—. Cuando vuelva tendrá que ser diferente.

Mitch cedió, sabiendo que si no lo hacía ella tal vez no volviera.

—De acuerdo, si es lo que quieres. Sólo trabajo. Pero aceptaste que después de sacar adelante este proyecto veríamos qué pasaba… adónde nos llevaba esto.

Rebecca no tuvo oportunidad de contestar porque Wally se

acercó, sacó sus bolsas del maletero y las metió en la avioneta.

—Debo irme o perderé mi vuelo desde Denver.

Finalmente Mitch se inclinó y la besó suavemente, un beso que significaba ternura más que otra cosa. Luego se apartó.

—Que tengas un buen vuelo, Rebecca.

—Adiós, Mitch —susurró y se subió a la Cessna.

Él la llamó y se dio la vuelta.

—Sólo quiero que sepas que con cualquier cosa que te enfrentes no tienes que hacerlo sola. Me tienes a mí.

Una semana después de volver a Nueva York, Rebecca estaba sentada en su bonito despacho. Durante años aquello había sido todo para ella. Su vida. Había trabajado noche y día para lograrlo.

En ese momento sólo podía pensar qué estarían haciendo Colby y Greta. ¿Cómo estaría Mitch manejando el rancho y a los niños? Apartó aquellos pensamientos de su mente. Tenía que acabar con eso. Lo que había pasado en Wyoming se había terminado. Era hora de volver a la realidad y a su vida.

La realidad la había golpeado fuerte cuando había vuelto. El día anterior había sido el aniversario de la muerte de su madre y se había acercado a su tumba, donde había encontrado las flores que había mandado su hermana. Ese mismo día había recibido una llamada de Rachel para preguntar si las rosas habían llegado.

Rebecca deseaba con todas sus fuerzas superar los obstáculos que las separaban, pero la llamada había terminado antes de que pudiera hablarle a Rachel sobre lo que el médico le había dicho sólo dos días antes. El tratamiento que le había puesto era sólo una solución temporal que no resolvería su problema. Su médico quería programar una histerectomía para dentro de unos meses.

Rebecca no le había contado a su gemela nada de aquello. Se haría cargo, como hacía siempre, sola. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos mientras se acordaba de Mitch.

Siempre había querido una casa llena de niños, había dicho él.

¿Cómo iba a volver a Wyoming? No podría ocultar sus sentimientos por Mitch… por sus hijos. Y si surgía algo más entre ellos, no podría soportar su lástima. El necesitaba una mujer más joven que pudiera darle un hogar, más hijos. No a ella.

Llamaron ala puerta y Brent entró en el despacho, aunque sin su sonrisa habitual.

—Hola, Beck, tenemos que hablar —dijo sentándose en una silla y cruzando las largas piernas.
—¿Cuál es el problema? —preguntó ella desde el otro lado de la mesa.
—Depende de lo que tú entiendas por problema. ¿Qué te parece volver a Wyoming?
Se puso rígida.
—Venga, Brent, sabes que no puedo —no le había contado todo a su amigo, pero él podía adivinar sin problema que las cosas podrían fácilmente ir más allá de los negocios—. He comprometido mi tiempo con el proyecto Newman. Prometiste terminar tú el proyecto de carne de ternera de los Tucker.
—Y lo haré, pero Mitch Tucker tiene otra idea. Te quiere a ti y sólo a ti.
Rebecca respiró hondo varias veces para controlar su enfado.
—No me necesita a mí para terminar esto. He hecho todo el trabajo de campo, cualquiera puede hacerse cargo de lo que falta.
Brent parecía preocupado.
—Tucker ha amenazado con irse a otra agencia si tú no vuelves a terminar el trabajo.
Rebecca inspiró con fuerza.
—¿Puede hacer eso?
—Según nuestro departamento legal, sí. Mitchell Tucker es inflexible con esto, Beck. Quiere que vuelvas a Wyoming.
¿Por qué le hacía eso Mitch? Podía ser que estuviera tan acostumbrado a conseguir lo que quería que hubiera decidido que todavía no había terminado con ella. Bueno, ella había terminado con él.
—De acuerdo, iré, pero no me gusta que me presionen.
—Gracias, te lo debo —fue hacia la puerta y se detuvo—. Cuando vuelvas lo celebraremos.
—Puede que no sobreviva tanto tiempo —murmuró.
Él arqueó una ceja.
—Creo que protestas demasiado —la miró un largo rato—. Si no te conociera tan bien, diría que el vaquero de Wyoming quiere conquistarte.
—Eso es una locura —negó ella.
Mitch Tucker ya la había conquistado.

CAPÍTULO 7

MUY BIEN, ya he vuelto —anunció Rebecca mientras entraba en el estudio y dejaba su maletín en la mesa. Mitch levantó la vista fingiendo que no le importaba. Pero sí le importaba. Y mucho.

Sabía que Rebecca había aterrizado hacía media hora pero había decidido dejar que Wally la llevara a casa. Había pedido a Greta que la ayudara a instalarse en su habitación diciendo que él tenía que hablar por teléfono y que no se le podía molestar. No había hecho ninguna llamada. Tampoco parecía importarle a Rebecca si estaba ocupado o no.

—Es agradable tenerte de vuelta —comentó, pero se la comió con los ojos.

Había estado deseando verla toda la semana anterior. Aunque fuera con aquel traje negro que parecía una armadura y su bonito pelo recogido en un moño. Nada de eso reducía su atractivo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no dar la vuelta a la mesa y besarla hasta que reconociera que ella también lo había echado de menos.

Su táctica para llevarla de vuelta a Wyoming podía haber sido un poco excesiva, pero las situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas. Se recostó en su silla.

—Quiero seguir avanzando con este proyecto y los dos trabajamos bien juntos.

Ella se cruzó de brazos.

—No me cabe ninguna duda. Me has acosado para que volviera aquí. Peor, has puesto en peligro mi trabajo en la agencia Pierce. Es mi carrera.

Mitch se esforzaba por mantener la calma. No estaba acostumbrado a que la gente cuestionara sus decisiones.

—Primero: nunca pondría en peligro tu carrera. Simplemente no quería perder tiempo trayendo a cualquier otra persona.

¿Se habría equivocado al interpretar los sentimientos de Rebecca hacia él y sus hijos? Sabía que se estaba arriesgando mucho.

—Cualquiera de mis cualificados asociados podría haber servido para lo que tú… necesitas. Yo podría haber supervisado todo desde Nueva York.

Sonó una bocina y Mitch miró por la ventana donde vio el autobús escolar, después se volvió otra vez hacia ella.

—Bueno, yo soy el cliente y quiero que hagas tú el proyecto. Y quiero que lo hagas desde aquí.

Rebecca agarró su maletín.

—Muy bien, empecemos…

—Lo siento, justamente ahora no es un buen momento.

Ella apretó las mandíbulas para contener la irritación.

—¿Cuándo será buen momento? Tengo preparada la presentación.

—Tendrá que ser más tarde. No, mejor mañana. Han llegado los niños que vienen a montar a caballo —se levantó y cruzó la habitación, pero se detuvo—. Si quieres, puedes ayudarnos.

Al escuchar su sugerencia, ella suavizó su actitud.

—Por supuesto, si me necesitas…

—Claro, te necesito —dijo él—. Más tarde espero tener tiempo para decirte… para decirte cuánto significa para mí que estés aquí.

—No me has dado otra opción.

Después de ponerse los vaqueros y las botas, Rebecca todavía seguía enfadada por la arrogancia de Mitch. Pero en cuanto llegó al picadero y vio a los niños, el mal humor se desvaneció.

De nuevo le tocó Matthew. Además, en esa ocasión, el niño dejó que le diera la mano y fueran juntos hasta donde se encontraba Magic.

—Estoy muy contenta de que hayas venido a montar, Matthew. Puede que hoy seas capaz de darte cuenta de si Magic va a hacer alguna jugarreta.

—Magic —murmuró el niño.

—Sí, vas a montar a Magic —dijo Rebecca viendo que el niño levantaba la cabeza hacia el sol con una mirada perdida.

Cuando había vuelto a Nueva York había hecho alguna averiguación y se había enterado de que había muchas causas que, si se daban al mismo tiempo, podían provocar una sobrecarga sensorial en casos como aquél. Los niños autistas podían aislarse o sufrir una crisis como forma de mostrar su frustración o enfado.

En ese momento, Matthew parecía totalmente centrado en llegar a su caballo. Con alguna ayuda de Jimmy, Rebecca consiguió colocar al niño en la silla. Agarró las riendas y empezó el recorrido alrededor del picadero. En ese momento se le acercó Mitch. Relevó a Jimmy y se puso a caminar a su lado.

—Hola, Matt —palmeó la pierna del niño.

—Hola, Mitch…

Volvió la vista a Rebecca.

—¿Cómo te estás apañando?

Ella se encogió de hombros.

—Me las arreglo —le dijo. «Es a ti a quien no puedo manejar», pensó—. Si tienes que supervisar otras cosas, no te preocupes, Matthew y yo estaremos bien —después tiró de las riendas. No podía dejar que ese hombre se hiciera con ella, aunque sabía que ya lo había hecho.

Mitch la miraba mientras caminaba al lado del caballo. Rebecca tenía un gran corazón cuando se trataba de niños. La había visto con sus hijos y con aquellos niños. Encajaba tan bien allí…

El problema era que no quería hacer nada con él.

Mitch llamó a Jimmy para que volviera y lo sustituyera.

—Te dejo para que acabes de dar la vuelta a Matthew —miró el reloj—. Nos quedan unos veinte minutos —antes de que Rebecca dijera nada, se marchó.

¿No era eso lo que ella quería? ¿Que ese hombre la dejara sola? Había ido para trabajar y en cuanto terminara, volvería a Nueva York y así nadie sufriría. Su vida volvería a la normalidad.

Bien. Cerró los ojos un momento. Nada en su vida había sido nunca normal. «No cuando tu familia se apellida Valentine», pensó.

Dejó a un lado sus propios problemas y sonrió a Matthew.

—Muy bien, vamos —dijo y tiró de él hacia el barril en medio del picadero para empezar el juego.

Cuando pasaron los veinte minutos, Jimmy ayudó a Matthew a bajarse del caballo para volver al autobús junto a los otros niños.

Una de las profesoras lo agarró de la mano.

—Adiós, Matthew —dijo Rebecca.

—Adiós, Becca —respondió el niño sin mirarla.

Cada vez que el niño le decía algo, las lágrimas le quemaban en los ojos. Cada pequeño logro era tan grande…

Greta y Colby se situaron junto a ella. Dijeron adiós al autobús con la mano hasta que desapareció por la carretera.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Colby—. Te echaba de menos.

—Yo también me alegro —era la verdad.

Había echado de menos a esos dos niños más de lo que nunca hubiera imaginado. Ésa era una más de las razones por las no que

no quería haber vuelto. Separarse de ellos otra vez le causaría más dolor.

Miró en dirección al picadero y vio a Mitch caminando hacia donde estaba ella. Estaba impresionante con aquellos vaqueros, la camisa y el sombrero negro que le cubría parte de la frente. Sonrió. Rebecca respiró hondo, tenía problemas.

—¿Qué os parece cenar una pizza esta noche?

Colby se puso a dar saltos.

—Me encanta la pizza —dijo el niño.

—A mí también —añadió Greta.

Se volvieron todos a mirar a Rebecca. Si decía que no, seria la mala.

—Claro, suena bien lo de la pizza.

—Muy bien —dijo Mitch—. Niños, a lavarse.

Greta salió corriendo con Colby y Rebecca se quedó ligeramente retrasada para poder hablar con Mitch.

—Creí que nos íbamos a concentrar en el proyecto.

—Lo haremos, pero es tu primer día y los niños están hartos de comer lo que yo cocino.

—De acuerdo, pero mañana me gustaría que echaras un vistazo a los bocetos que he traído.

Mitch asintió.

—Claro, tengo la tarde libre —la miró en silencio un largo rato —. Te he echado de menos.

Rebecca sintió cómo el rubor le invadía el rostro.

—Mitch, por favor… —rogó—. Ya te he dicho que no podríamos sacar adelante este proyecto si lo llevas al terreno personal.

—Rebecca, desde el momento que te conocí, hay algo personal entre nosotros.

—Eso no significa que tengamos que seguir adelante con ello. Además. tienes que pensar en tus hijos.

Aquello pareció afectarlo.

—Muy bien, puede que tengamos que manejarlo con cuidado, pero lo primero es darte la bienvenida a… casa —se acercó a ella, se inclinó ligeramente y la besó.

A pesar de que el beso había sido un simple roce de labios, el impacto fue potente. Cuando la soltó, estaba aturdida y sin respiración. Todos sus propósitos se esfumaban cuando estaba al lado de ese hombre.

Rebecca rodó en la cama y miró el reloj. Era más de la una y no podía dormir. Tal vez fuera porque había dormido todas las mañanas hasta que sabía que Mitch se había marchado.

Aunque en realidad no había dormido. Había escuchado cada sonido de la casa: Colby corriendo por las escaleras, Greta regañando a su hermano, Mitch llamando para el desayuno… Rebecca había deseado unirse a ellos, pero sólo era un sueño.

Para dejar de pensar se levantó de la cama, se puso un bata y bajó a la cocina. Aliviada por la soledad, calentó algo de agua para un té y después se fue con la taza a la galería. Le encantaba aquella zona de la casa. Era tan agradable y privada… Se sentó al lado de la ventana, aspiró el suave olor a tierra de la noche y de pronto acudieron a su cabeza un montón de recuerdos de la infancia en la granja de sus abuelos. Aquellos días habían sido los mejores de su vida. Para ella y para Rachel. Habían sido felices. ¿Qué les había pasado después? ¿Sería su hermana feliz en Inglaterra? Rebecca no sabía casi nada de su gemela. Había mucho más que un océano que las separaba.

Rebecca suspiró y bebió un sorbo de té. No era que no hubiera querido resolver sus problemas, simplemente era que con el paso de los años había descubierto que era mejor dejar algunas cosas aparte. Recordó la llamada de teléfono de Rachel. Había tenido la sensación de que su hermana había querido contarle algo más.

—¿Rebecca, estás bien?

Se dio la vuelta y vio a Mitch en la entrada. Llevaba unos pantalones de chándal negros y nada más. Tenía el pelo revuelto y no habría podido negar que acababa de salir de la cama.

—Estoy bien. Me estaba tomando un té y disfrutando de la paz y del silencio.

Mitch le dedicó una ligera sonrisa.

—Así que echas de menos cuando estás en Nueva York lo que nosotros te ofrecemos.

—Sí, tengo que admitirlo —se levantó, no quería enfrentarse a sus propias sensaciones ni a aquella mirada—. Me voy a mi cuarto.

—Por favor, no quiero molestarte —se pasó la mano por el pelo —. Tampoco podía dormir. ¿Por qué no nos hacemos compañía?

Ella dudó.

—¿Quieres un poco de té? —ofreció ella.

—Lo cura todo, ¿verdad? —fue hacia ella, aceptó la taza y tomó

un sorbo—. No está mal.

Lo íntimo de aquella acción puso a toda velocidad el pulso de Rebecca.

—Me lo manda una amiga de Inglaterra.

—No creo que el té resuelva mi problema —dijo Mitch mirando al cielo estrellado—. Hemos perdido dos terneros esta semana.

—¿Cómo?

—Parece que ha sido un puma.

Rebecca se quedó sin respiración.

—Un puma.

—No te preocupes. Los niños y tú estáis seguros aquí. Pero el rebaño es vulnerable, así que hemos incrementado la vigilancia nocturna.

—¿Lo atraparán?

Mitch se encogió de hombros.

—Si no es así, tendremos que salir por él.

Mitch no quería hablar de gatos, le interesaba Rebecca.

—¿Tú qué tal? ¿Qué te pasa?

—Nada, he pasado todo el día con el ordenador —suspiró—. Sólo necesitaba despejarme un poco.

—Rebecca, no puedes dedicarte al trabajo veinticuatro horas al día.

—Estaba mandando un correo electrónico a mi amiga Stephanie. Es muy difícil hablar con ella desde que vive en Londres.

—Está bien que mantengáis el contacto —dijo él mirando cómo se reflejaba en su pelo la tenue luz.

Ella sonrió.

—Hemos sido amigas desde la universidad. Cada vez que viene a Nueva York nos vemos.

—Y como tu familia vive en Inglaterra, tú vas a verla cuando viajas allí.

Rebecca desvió la mirada.

—No he ido en mucho tiempo.

—¿Y tu familia? ¿Cuándo los ves?

Dudó un segundo.

—Cuando eres parte de un divorcio, no siempre te reúnes con toda tu familia. Desde que mi madre nos trajo a Estados Unidos, he ido muy pocas veces. Además, Rachel se volvió a Londres cuando acabó de estudiar. Yo decidí quedarme con mi madre.

Mitch quería saberlo todo sobre Rebecca. Sólo ver el dolor en

sus ojos y sentir la soledad en su voz, ya le hacía pedazos.

—¿Qué pasó cuando murió? Podrías haber vuelto… de visita.

Ella se encogió de hombros y miró su taza vacía.

—En ese momento no me apetecía mucho —dijo con voz suave y dubitativa—. Mi abuelo William siempre había parecido preferir a Rachel, no es que fuera obvio, pero se llevaban muy bien.

Mitch sufría por ella. ¿Cómo podía alguien no querer a aquella mujer?

—¿Y tu padre?

Una media sonrisa transformó su rostro.

—Veamos… según los últimos datos, Robert Valentine se ha casado cuatro veces y tiene seis hijos. Lo peor es que no creo que nunca haya olvidado a mi madre: Diana Crawford Valentine fue el amor de su vida.

—Lo siento —trató de acercarse más a ella, pero ella se levantó.

—No te preocupes, Mitch. He superado la falta de interés de mi padre hace mucho tiempo. Tengo una vida y una carrera profesional en Nueva York.

Pero Mitch se acercó más.

—Nunca superamos la necesidad de una familia. Si fuera así, no te dolería tanto no haber visto a tu padre y a tu hermana en… ¿cuánto? ¿Diez años?

—Nunca hemos estado muy unidos.

Mitch no creyó su tono despreocupado ni un segundo.

—Puede que cuando acabemos este proyecto, vayas a ver a tu amiga y le hagas saber a tu hermana que estás en Londres.

Pudo ver que ella lo estaba pensando.

—¿Ahora tienes una agencia de viajes? —dijo ella riendo.

—Incluso te llevaría allí —sonrió.

—¿En la Cessna? —levantó las cejas.

—También tengo un avión privado en Cheyenne. Desde que me retiré no lo utilizo mucho.

—Gracias por la oferta. Lo consideraré. Ahora creo que debería irme a la cama —dijo mientras se dirigía a la puerta.

—No hay necesidad de huir —respondió Mitch acercándose a ella—. Te prometí que no te presionaría y cumpliré mi palabra.

—Lo sé, pero necesito dormir algo.

Se acercó más a ella, lo suficiente como para poder percibir su suave aroma.

—Querida, yo no he podido dormir desde que viniste a

Wyoming. Y es el sufrimiento más dulce que he soportado en mi vida.

«El sufrimiento más dulce que he soportado en mi vida».

A la mañana siguiente, Rebecca trató se sacar algo de trabajo adelante. Pero aquellas palabras de Mitch le impedían concentrarse. Finalmente dejó el boli en la mesa y miró por la ventana.

Vio a Mitch. Llevaba cuatro caballos ensillados hacia la casa. Las monturas eran las mismas que había llevado el día que habían ido a ver el rebaño la primera vez que fue al rancho.

Dirigió su atención a los dos niños que salieron corriendo por la puerta. El padre les dijo algo y Greta volvió a entrar en la casa. No tardó nada en aparecer en el despacho.

—Rebecca —dijo la niña—. Ya sé que se supone que no podemos molestarte mientras trabajas, pero papá, Colby y yo queremos saber si te apetece ir a caballo hasta Horsesshoe Pont. Vamos a bañarnos.

Rebecca se dio cuenta de que estaba tan excitada como Greta. Lo último que le apetecía era pasar todo el día ella sola allí metida.

—Me encantaría ir —dio la vuelta a la mesa—. Dame cinco minutos para cambiarme —Rebecca salió del despacho y Greta le recordó que llevara un bañador si tenía alguno.

Una vez en su habitación, buscó en los bolsillos de la maleta donde siempre llevaba un bañador para ponérselo en las piscinas de los hoteles. Se lo puso debajo de los vaqueros y la camiseta. Agarró el sombrero y corrió escaleras abajo. Colby y Greta ya estaban montados en sus yeguas.

Sonriendo, Mitch le acercó a Ginger.

—Me alegro de que vengas.

—Gracias por invitarme.

—He planeado el día de hoy para ti —dijo serio de pronto—. Para que puedas ver que en la vida hay otras cosas además del trabajo. Pienso enseñarte a relajarte.

—Vamos, papá, Rebecca! —gritó Colby impaciente.

Arreglándoselas como podía para apartar su mirada de Mitch, se acercó a Ginger y se subió a la silla. Esa vez, Greta se hizo cargo de su hermano y se dirigieron al camino.

Mitch miró al cielo.

—Hace un día demasiado bonito como para quedarse en casa

trabajando. Hay mucho tiempo en los inviernos de Wyoming para encerrarse en casa.

—No estaré aquí en invierno.

Mitch suspiró y le dedicó una mirada de soslayo.

—Tendré que pensar en otro proyecto para mantenerte aquí.

¿Qué estaba intentando con ella?

—Eso sería muy caro.

—Tú lo vales —dijo mirándola a los ojos y despertando en ella toda clase de sensaciones.

No sabía qué responder, así que ni siquiera lo intentó, se limitó a seguir el camino.

Durante los siguientes veinte minutos, Mitch contó historias de su infancia y Rebecca de sus años en la granja. Tenían tantas cosas en común… Llegaron a un grupo de árboles que rodeaba una pequeña balsa de agua a los pies de una colina.

Colby fue el primero en bajarse del caballo.

—¿Papá, puedo bañarme ya?

—Espera un momento que me ocupe de los caballos —dijo Mitch saltando de su montura al mismo tiempo que Rebecca.

Hacía calor y el día invitaba al baño.

Mitch llevó a los caballos al borde del estanque para que bebieran, después los puso a la sombra y les soltó las riendas para que pudieran pastar por ahí. Desató la manta de su silla y con la ayuda de Greta la extendió en el suelo.

Los niños se quitaron rápidamente las botas, las camisetas y los vaqueros y se quedaron en bañador.

—Mi padre se bañaba aquí cuando era pequeño —dijo Colby. Sonrió—. Desnudo.

—Demasiada información, hijo —dijo Mitch mirando a Rebecca —. Seguramente no tendrás bañador… Me quedaría contigo, pero la balsa es muy profunda y me toca hacer de socorrista.

Colby chilló al saltar al agua fría. Mitch se sentó y se quitó las botas, los pantalones vaqueros y se quedó con un bañador azul marino.

—Es una pena que no puedas bañarte.

—Acabo de oír que aquí no hace falta bañador —dijo desabrochándose los vaqueros y empezando a bajar la cremallera muy despacio… Sonrió al ver tragar a Mitch mientras se empezaba a bajar los pantalones—. Supongo que si tú puedes bañarte desnudo, yo también puedo.

Los papeles se cambiaron cuando vio excitación y deseo en los ojos de él.

—Estás jugando con fuego, querida. Si quieres que mantenga las manos quietas tienes que cooperar —esbozó una sonrisa pícara—. No, lo he pensado mejor, no te detengas.

Rebecca tragó con dificultad y empezó a temblarle la mano mientras se quitaba el pantalón y dejaba a la vista sus largas piernas.

Mitch observaba cada movimiento.

—Maldición, si llego a saber que tenías esas bellezas, yo…

De pronto Colby lo llamó. Se levantó y se quitó la camisa. Era el turno de ella para mirar. Estaba en forma y no creía que fuera a base de gimnasio.

—Nos vemos en el agua —le dijo a ella y corrió hacia donde estaban los niños.

Observó cómo levantaba a Colby y lanzaba al niño al agua entre risas.

Rebecca se quitó la blusa y se acercó al borde, donde la esperaba Greta. Juntas se metieron en el agua. Colby se puso a salpicar en el otro extremo, al lado de un árbol del que colgaba una soga. Mitch salió del agua y con su hijo al lado subió a una gran roca y se agarró a la cuerda. Hizo un grito como el de Tarzán y se lanzó al agua.

Colby y Greta celebraron la hazaña de su padre, pero al ver que no salía a la superficie, Rebecca empezó a preocuparse, hasta que de pronto sintió unas manos en su cintura. Gritó mientras él la sacaba fuera del agua y luego la volvía a sumergir.

Rebecca salió a la superficie tosiendo.

—No ha sido gracioso —dijo apartándose el pelo de la frente.

Mitch fue hacia ella.

—Lo siento, ¿estás bien?

Viendo que estaba desprevenido, Rebecca lo envolvió con las piernas y lo hundió. Mitch salió a la superficie sorprendido pero sonriendo.

—Así que quieres jugar, ¿eh?

—Tú has empezado —dijo ella.

—Y siempre termino lo que empiezo —contestó yendo hacia ella —. Después de ese pequeño striptease… —bajó la voz—… ¿cómo quieres que tenga las manos quietas?

Rebecca tragó.

—Yo no quería…

Mitch estaba loco por aquella mujer. El fino bañador de nylon marcaba cada curva de su pequeño y atractivo cuerpo.

—Rebecca, me vuelves loco sólo con verte —la recorrió con la mirada—. En bañador, deberías ser algo ilegal.

Ella trató de huir pero la agarró del brazo.

—No huyas, Rebecca. Sé que tienes miedo, pero no puedes negar que pasa algo entre los dos.

Cansados de que no les hicieran caso, Greta y Colby empezaron a gritar.

Mitch sabía que tenía que ir con ellos.

—Ahora no es el momento para hablar de esto, pero no voy a dejar que te vayas, a no ser que tú me lo pidas —buscó su mirada —. Si quieres que me mantenga alejado, lo estaré, pero no creo que sea lo que realmente quieres.

—No podemos conseguir siempre lo que queremos —dijo débilmente.

—¿Quieres que te bese aquí mismo y te demuestre que no tienes razón? Me importas, Rebecca Valentine. Necesito algo de sinceridad por tu parte.

Ella cerró sus preciosos ojos azul grisáceo. Tenía la respiración acelerada.

—Dime algo, Rebecca.

Volvió a cerrar los ojos.

—De acuerdo. ¡Sí! Tú también me importas. No quiero que te mantengas alejado.

El sonrió y miró a los niños.

—No cambies de opinión hasta las nueve de la noche.

CAPÍTULO 8

ESTABA jugando con fuego y podía quemarse, pensó Rebecca mientras paseaba por la galería mientras Mitch acostaba a los niños.

Unió las manos. No tenía ni idea de lo que esperaría de ella Mitch cuando bajara las escaleras. No, eso era mentira. Claro que lo sabía. La quería a ella… en sentido bíblico. Y no había nada bueno en eso. Las únicas dos relaciones en su vida habían consistido en un novio en la universidad, la típica experiencia para conocer qué tal era el sexo.

Y no había quedado muy impresionada.

Luego, al principio de trabajar en Pierce, había tenido una aventura con Brent durante un viaje de negocios. Por suerte habían seguido siendo amigos después del desastre.

¿En qué categoría tenía que clasificar a Mitch Tucker? Había estado casado muchos años. Era, definitivamente, un tipo de los de para siempre. Un hombre de familia.

Cerró los ojos. Si hubiera aparecido en su vida cinco años antes… No en ese momento, cuando su vida estaba totalmente desordenada. No cuando tenía que afrontar una decisión de ésas que cambian la vida. Y no con un hombre que quería tener hijos. Aquello era lo que más le dolía.

Le temblaba el pecho de emoción como no lo había hecho nunca.

—Sería tan fácil amarte, Mitch Tucker…

—Rebecca…

Se dio la vuelta. El hombre en cuestión estaba de pie en la puerta. Era guapo, sexy… con aquellos ojos oscuros y penetrantes que parecían ver en su interior. Un cálido escalofrío le recorrió la espalda al recordar cómo se sentía cuando la acariciaba. Una suave sonrisa se dibujó en su boca y, de pronto, se quedó sin respiración.

Él cruzó la habitación y la abrazó.

—¿Estás bien? —le murmuró al oído.

Incapaz de resistirse, le pasó los brazos alrededor de la cintura y se apoyó en su cálido y acogedor pecho.

—No estoy segura —admitió—. Pero no me sueltes.

Rebecca deseó que no hubiera nadie más en el mundo, pero demasiada gente estaba involucrada, incluidos dos niños que

dormían arriba.

—No pensaba hacerlo —le dijo él.

Tomó el rostro de ella entre sus manos y le rozó la boca con la suya en un amago de beso tan tierno que Rebecca sintió como si se le fuera la cabeza. ¿Cómo podía parecer tan bueno estar con Mitch y sin embargo ser tan malo?

Mitch se echó para atrás y apoyó la frente en la suya.

—Rebecca, estoy intentando ir despacio contigo… pero cuando te tengo entre mis brazos se vuelve increíblemente difícil —volvió a besarla.

Esa vez ella le mostró también su propio deseo y le respondió. Las manos de Mitch recorrieron su cuerpo para terminar abrazándola. Con Rebecca había algo más que simple atracción física. La necesitaba. Su sonrisa, su cariño…

Rebecca interrumpió el beso ruborizada y con los labios hinchados. Dio un paso atrás.

—Mitch… esto va demasiado deprisa… —se apartó el pelo de la cara con manos temblorosas—. No nos conocemos.

—Mejor que mucha gente. Hemos vivido en la misma casa el mes pasado —insistió él.

Ella arqueó una ceja.

—No es lo mismo. Además, volveré pronto a Nueva York. Tú vives aquí…

—¿Tienes que volver?

—Sí. Mi vida y mi carrera están allí. Son cosas importantes para mí.

—No te estoy pidiendo que las abandones —dijo él con calma—. Sólo que te tomes algo de tiempo para ver si nosotros… Hay más cosas en la vida, Rebecca —dijo y, para demostrárselo, le dio otro apasionado beso.

Cuando la soltó, ella se tambaleó.

—¿Es ésa tu respuesta para todo?

—Si fueras sincera tendrías que admitir que para ti también.

—No puedo hacerlo —dijo girando la cabeza.

—¿Hacer qué? ¿Actuar como te piden tus sentimientos? Deja de esconderte tras tu trabajo.

—No me escondo detrás de nada. He venido aquí a hacer un trabajo y, si eso no es bastante, puedo irme por la mañana.

—Rebecca, eso no es lo que quiero decir. Estás haciendo un gran trabajo —dijo él.

Sonó el teléfono. Mitch fue hasta la mesa y atendió la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Mitch, soy Wally. Siento molestarte tan tarde.

—No te preocupes. ¿Qué pasa?

—Neil me acaba de llamar por radio. Hemos perdido otro ternero.

—Maldición —se alejó de Rebecca—. ¿Ha visto algo?

—Sí, oyó un revuelo y llegó allí justo cuando un gato grande corría hacia las colinas un poco más arriba de los pastos del sur. Encontró algunas huellas. También Charlie Paterson, anoche. Quiere salir por él… esta noche.

—De acuerdo. Elige a un par de hombres y llévalos contigo.

Sintió la mano de Rebecca en el brazo.

—¿Qué sucede?

Él cubrió el micrófono.

—El puma ha matado otro ternero. Wally va a buscar algunos hombres y salir por él.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿No hace falta que vayas?

Sacudió la cabeza.

—No puedo dejar a Colby y a Greta.

—No los dejas solos, estoy yo.

La miró con detenimiento. ¿Cómo podía no querer implicarse con él si ya lo estaba?

—No es fácil pedirte que…

—¿Y es fácil que un puma esté matando tus terneros?

—No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—No tengo que ir a ningún sitio.

No era así. Se marcharía pronto. Sin dejar de mirarla, Mitch apartó la mano del micrófono del teléfono.

—Wally, cambio de planes. Iré yo. Dame diez minutos —colgó—. Ven, podemos hablar mientras me preparo —la agarró de la mano y se la llevó con él.

Rebecca no quería ir pero se imaginó que Mitch querría darle instrucciones sobre los niños. Subieron juntos las escaleras, siguieron por el pasillo y atravesaron una habitación que daba al dormitorio principal. Rebecca quedó impresionada al mirar a su alrededor y ver las paredes pintadas de un suave verde y las elegantes alfombras. Un armario oscuro y una enorme cama cubierta con un edredón de color óxido llamaron poderosamente su atención.

Era, definitivamente, la habitación de un hombre, excepto por el brillo proveniente de unas velas. De pronto, se dio cuenta de que él había planeado llevarla allí.

Mitch apagó rápidamente las velas. Fue al vestidor, sacó un par de pantalones vaqueros y una camiseta y se acercó al armario a por una sudadera negra. Echó la ropa en la cama y desapareció dentro del baño. Cuando apareció llevaba una pequeña bolsa.

—Necesitaré un cepillo de dientes —colocó encima las cosas de aseo y enrolló la ropa. Sus miradas se encontraron—. Como puedes ver, tenía otros planes para esta noche.

—Mejor que no hayamos ido más lejos.

—Puede ser. No creo que haga falta que te instruya sobre cómo manejar a Greta y Colby. Sólo diles que los quiero y que volveré lo antes posible —agarró el móvil—. Llámame si necesitas algo —respiró profundamente—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Ella asintió.

—Estoy segura —respondió—. Ahora, es mejor que te vayas.

Por un momento permanecieron de pie en silencio, mirándose a los ojos. Cuando Mitch se acercó, ella contuvo la respiración.

—Puedes dormir aquí para estar más cerca de los niños. Aunque no creo que sea capaz de concentrarme en el rastro del gato si te imagino en mi cama.

Ella tampoco sería capaz de dormir.

—Me quedaré en mi cuarto y dejaré la puerta abierta. Deberías irte.

Se acercó a ella.

—No quiero dejarte, Rebecca. Ahora no, no cuando necesitaba convencerte de que dieras una oportunidad a esto.

—Por favor, Mitch, tienes que irte.

—Entonces, dame un beso, Rebecca —dijo con voz áspera—. Deja que sepa que me echarás de , menos.

Ella se puso de puntillas y lo besó con suavidad, pero Mitch no quería suavidad: le echó la cabeza hacia atrás y le separó los labios para saborearla. La agarró de la cintura y la levantó con fuerza para que ella supiera lo mucho que la deseaba.

Cuando la soltó, su oscura mirada siguió sobre ella.

—Piensa en mí mientras estoy fuera —la besó en la punta de la nariz—. Tengo que irme.

—Ten cuidado.

—Siempre —respondió recogiendo sus cosas de la cama y

dirigiéndose a la puerta—. He redecorado esta habitación el año pasado. Tú eres la primera mujer que pone los pies en ella. Eres la primera mujer que he querido que entrara aquí.

Los niños afrontaron la ausencia de Mitch de diferentes modos. Aunque Greta intentaba ocultar su temor mostrándose gruñona, Rebecca sabía que la niña estaba preocupada por la seguridad de su padre.

Colby estaba excitado por la idea de que su padre fuera un cazador y no podía esperar hasta que volviera con el trofeo.

La noche anterior Rebecca había dormido en su habitación, pero se había sentido tentada de dormir en la de Mitch aunque sólo fuera por sentirse más cerca de él.

Eso habría sido una locura. Tenía que recordarse continuamente que un futuro común era imposible. Eran demasiado distintos. Ella vivía en Nueva York y él allí. Su carrera lo era todo para ella, lo único básico en su vida. Sentía que, si le faltaba su trabajo, no tendría nada.

Pero aquello no hacía que dejara de soñar con una familia.

Con su madre, la abuela y el abuelo Crawford desaparecidos, no tenía ninguna familia cercana. Los suyos estaban en Inglaterra, aunque en realidad tampoco contaban. Su propio padre nunca había tenido tiempo para ella; ni una sola vez, a pesar de habérselo rogado todos los años, había ido a visitarla.

Y Rachel. Rebecca sabía que ella misma era en parte culpable de aquella separación. Podía haber intentado resolver los problemas entre ellas. Habían estado separadas mucho tiempo. Era demasiado tarde… demasiado tarde para demasiadas cosas.

Se acarició el vientre y pensó en su situación. Tenía que concentrase en encontrar un hombre.

Mitch también había pasado por una transición. No había salido con una sola mujer desde que su mujer había muerto. Un hombre como Mitch Tucker necesitaba una mujer sexy, excitante en su vida.

No una media mujer.

Oyó la voz de Greta y fue hacia el salón. Colby tenía un rifle de juguete y hacía como que le disparaba.

—Baja ese estúpido rifle —insistía Greta.

—No —contestaba él—. Estoy practicando, así, cuando sea mayor, podré ir a cazar con papá. Cazaré bestias salvajes y colgaré

las cabezas encima de la chimenea.

—Eso es una barbaridad, eres un bruto —dijo Greta—. Papá va a cazar al puma sólo porque se está comiendo nuestros terneros, no para tener un trofeo.

—Papá dijo que cazar está bien cuando hay demasiados animales.

Greta apoyó lo puños en las caderas.

—No deberías estar tan feliz con eso —las lágrimas llenaron sus ojos—. Sabes que podría pasarle algo a papá…

Aquello desarmó a Colby, que se acercó a su hermana.

—Bueno, Greta, no disparé más el rifle… dentro de casa.

Rebecca atravesó el salón.

—Colby, ¿por qué no te pones el pijama y así puedes ver una peli antes de irte a la cama?

El niño protestó. Ya era la hora de irse a la cama.

—Bueno —dijo finalmente y salió corriendo del salón.

Rebecca se dirigió a Greta.

—Cariño, ya sé que estás preocupada —dijo. Todos lo estaban. Rebecca había recibido una llamada rápida de Mitch para preguntar por los niños—. Pero tu padre tendrá cuidado.

—Ya lo sé, pero ¿y si el gato…? —la niña se dio la vuelta.

Rebecca la tomó entre sus brazos.

—Tu padre va con una docena de hombres.

—Ya lo sé, pero él es todo lo que tenemos…

Rebecca entendía cómo se sentía la niña.

—No, tienes a Margie, a tus abuelos de Florida, a Wally. Y me tienes a mí —Rebecca se dio cuenta de lo que significaba eso y deseó que significara más—. No quiero que tu padre vuelva y encuentre caras tristes.

Greta la miró y sonrió.

—Me alegro de que vinieras a Wyoming.

—Yo también —admitió Rebecca, aun sabiendo que se iría pronto.

—Yo también, ¿qué? —preguntó una voz familiar.

Los tres se volvieron y vieron a Mitch en la puerta. Parecía cansado y estaba sucio, pero no por ello le resultó menos maravilloso.

—¡Papá! —gritó Greta y salió corriendo a abrazarlo. Después Colby se colgó de él.

—Papá, ¿mataste al gato? —preguntó el niño.

Mitch estaba tan contento de estar en casa que no le apetecía entrar en los detalles de la caza. Simplemente asintió.

—No le dimos ninguna oportunidad, hijo.

Colby empezó a saltar de alegría.

—¿Lo vas a disecar?

—Colby, no —Greta se cruzó de brazos—. No pienso vivir en una casa con animales muertos.

—Yo tampoco —dijo Mitch, y miró a Rebecca por el rabillo del ojo. Iba vestida con unos vaqueros y una camisa de cuadros y parecía como si fuera de allí. Le gustó.

—Hola, Rebecca.

—Bienvenido, Mitch.

—Es bueno estar de vuelta —miró su pelo, suelto cayendo en ondas. Deseó enterrar sus dedos en él—. Espero que estos dos no hayan sido muy difíciles de manejar.

—No, papá. Hemos sido buenos —dijo Colby—. Rebecca nos llevó al pueblo, compramos algunas cosas y comimos en el café. Y Greta se quiso comprar una falda muy corta, pero Rebeca le dijo que no era buena idea. Que una chica debe guardar algo de misterio —se rascó la nariz—. ¿Qué quiere decir eso?

Mitch se limitó a sonreír.

—Te lo explicaré cuando tengas unos diez años, hijo.

—También hemos trabajado, papá —añadió Greta—. Hemos hablado sobre la idea del campamento para niños. Rebecca propuso que se llamara Campamento Carrie. En honor a mamá.

Mitch sintió un nudo en la garganta. El sueño de su esposa, hecho realidad. Miró a Rebecca.

—Parece que has estado ocupada.

—Pensé que a los niños les gustaría participar en la organización del proyecto.

Mitch no quería otra cosa que atravesar aquella habitación y estrechar entre sus brazos a esa mujer. «Más tarde», se dijo.

—Niños, es hora de que os vayáis a la cama.

—Pero quiero que nos cuentes cosas de la cacería —rogó Colby.

—Por la mañana —dijo Mitch, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera estar con Rebecca—. Greta, ¿te llevas arriba a tu hermano? Me gustaría hablar con Rebeca.

Greta miró a los dos adultos y sonrió.

—Claro, papá. Venga, Colby —tiró de su hermano—. Te leeré un cuento.

Una vez solos, Mitch fue hasta donde se encontraba la mujer que se había hecho cargo de todo durante el tiempo que había estado fuera. Ya estaba seguro de que la quería en su vida.

—Te he echado de menos.

—Me alegro de que estés de vuelta… a salvo.

El dio otro paso hacia ella.

—Mientras he estado fuera, he pensado sobre… esto…

Tomó la cara de Rebecca entre sus manos, la inclinó y la besó en los labios con pasión y deseo. La atrajo hacia él.

—Debo de oler como un choto. Voy a darme una ducha y a darles las buenas noches a los niños. Luego bajaré para que podamos pasar un rato solos. Tengo que convencerte de que sigamos juntos.

Media hora después, Rebecca todavía estaba intentando pensar con claridad cuando oyó una llamada en la puerta de su habitación. Abrió la puerta y entró Mitch, duchado, afeitado y con el pelo todavía mojado.

Cuando la tomó entre sus brazos le hizo perder el sentido común. Ella siempre se había sentido orgullosa de pensar bien lo que hacía, pero aquel hombre hacía que quisiera sentir… sentir su boca en la de él, las manos en su cuerpo.

Él interrumpió el beso pero no la soltó.

—Me gusta cómo dices hola —dijo mirándola fijamente—. Si supieras lo que te he echado de menos… Lo que te he necesitado… —le rozó los labios con los suyos—. Maldición, nunca tengo bastante de ti. No quiero que te vayas.

Se odiaba a sí misma por su debilidad, pero tampoco quería que él se fuera.

—Yo tampoco —confesó.

Mitch se quedó paralizado y un momento después buscó el rostro de ella.

—¿Estás segura, Rebecca?

Rebecca olvidó todo lo que no fuera esa noche y pasarla con ese hombre. No quería amarlo, pero no podía negar sus sentimientos más tiempo.

—Estoy segura.

No acababa de pronunciar esas palabras cuando sintió su boca atrapada por un beso. En esa misma posición, Mitch la empujó

hasta el interior de la habitación. Una vez cerrada la puerta, siguieron besándose con más pasión. El deseo de Mitch era evidente mientras separaba los labios y se deslizaba dentro de la boca de Rebecca.

Mitch se desplazó de los labios a la mejilla y luego hasta la oreja.

—Me vuelves loco y creo que te gusta —susurró—. Te lo advierto, Rebecca, voy a devolverte el favor —después le describió en un susurro en la oreja cómo pensaba amarla y ella se estremeció.

«Sólo esta vez», se decía a sí misma. Al menos sólo una vez quería saber qué era amar y ser amada.

Rebecca le pasó las manos por la espalda, apretando sus pechos contra él.

—Hablas demasiado, cowboy.

Eso fue suficiente para que Mitch la levantara en brazos y la llevara besándola hasta la cama.

—Te haré pagar por eso.

La dejó en el suelo, le levantó la barbilla y cubrió su boca con un suave pero profundo beso. Sintió su sabor e intentó averiguar qué estaba sintiendo ella. Hacía tanto tiempo que no sentía algo así.

Rápidamente le desabrochó los botones de la blusa, se la quitó y la dejó caer al suelo. Su pálida piel brilló a la tenue luz y durante unos segundos dudó en tocarla, pero finalmente perdió el control.

Ella tiró de su camiseta y él terminó el trabajo sacándosela completamente por la cabeza. Rebecca se acercó y lo recorrió con los dedos. Él miró las manos temblorosas de ella desabrochándose el sujetador y dejándolo caer al suelo.

—Ámame, Mitch —susurró—. Ámame esta noche.

Casi sin respiración, él respondió:

—Lo haré, Becca, lo haré.

La besó y, sin dejar de abrazarla, la tumbó suavemente en la cama. Después, empezó a cumplir su promesa.

CAPÍTULO 9

JUSTO antes del amanecer, Mitch estaba tumbado de lado observando dormir a Rebecca con las manos debajo de la cara. Parecía tan inocente… Quería despertarla y repetir lo que habían compartido toda la noche. Sintió un escalofrío al recordar cómo Rebecca había revivido bajo sus caricias. Se sentía orgulloso del placer que había sido capaz de darle.

Rebecca murmuró el nombre de él mientras se movía dormida. Mitch se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Ella no reaccionó. Así que no era tan fácil despertarla, pensó, recordando lo necesitada de café que se levantaba. No se rendía fácilmente, así que volvió a besarla.

Rebecca se acurrucó mientras unas manos diestras la acariciaban haciendo que un hormigueo le recorriera el cuerpo. Quería más. Luchando contra el sueño, parpadeó y trató de acostumbrar la vista a la penumbra.

—Por fin, hola —dijo Mitch con voz ronca.

Rebecca se estremeció al recordar la noche que acababan de compartir.

—¿Qué haces aquí, Mitch? —preguntó un poco áspera.

—Supongo que si tienes que preguntar es que no te he causado muy buena impresión —suspiró y se acercó a ella, que se apartó.

Rebecca se sentó en la cama y se cubrió los pechos con la sábana.

—Quiero decir… Pensé que ya te habrías ido… por los niños —no era capaz de enfrentarse con él en ese momento.

—Greta y Colby aún duermen —se incorporó y, al caer la sábana hasta sus caderas, Rebecca pudo ver que seguía desnudo.

Rebecca se dio la vuelta. ¿Por qué no había pensado en la mañana siguiente?

—Supongo que tendrás que irte de todos modos.

Mitch no se movió.

—Becca, ¿qué pasa? ¿Qué ha cambiado desde anoche?

«Todo», pensó. Estaba temblando.

—Es que no quiero tener que responder a un montón de preguntas… de niños impresionados.

Mitch estuvo un largo rato sin decir nada, después ella sintió

cómo se levantaba y escuchó los sonidos que hacía al ponerse los vaqueros. Luego él dio la vuelta a la cama y le tendió una bata.

—Ponte esto, tenemos que hablar.

Eso era lo único que no quería hacer, pero no tenía elección. Se las arregló para ponerse la bata, atarse el cinturón e irse al otro extremo de la habitación. Para decir lo que tenía que decir necesitaba estar lo más lejos posible de él.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Mitch abriendo los brazos.

Ella negó con la cabeza.

—Oh, no… lo de anoche fue maravilloso —no podía creer lo tierno y amoroso que había sido con ella—. Pero no puede volver a pasar, Mitch. No sería muy inteligente. Yo volveré a mi vida en Nueva York y tu vida y la de los niños está aquí.

Se quedaba sin respiración al mirar a un hombre tan guapo, de hombros y pecho tan anchos, con el vientre tan plano. Los pantalones le colgaban de las caderas, con el botón desabrochado. El deseo la asaltó.

—Tiene que haber un punto intermedio… alguna forma de sacar esto adelante. Si los dos estamos dispuestos a renunciar a algo… A comprometernos —fue hacia ella—. Eso es lo que las parejas hacen cuando se enamoran.

«Oh, no, no le dejes pronunciar la palabra amor», pensó mientras luchaba por contener lass lágrimas. Levantó una mano y dijo:

—Por favor, Mitch. No lo hagas más difícil.

—Querida, he planeado ponerte muy difícil que te vayas.

Tenía que terminar con aquello antes de venirse abajo, pensó ella.

—Bueno, no voy a escucharte —dijo mientras se dirigía a la puerta y la abría—. Tienes que irte, me niego a discutir esto contigo.

Mitch se quedó de pie, anclado al sitio, hasta que, finalmente, se dirigió a la puerta justo en el momento en que sonó el teléfono.

Mitch fue al aparato que había en el pasillo y levantó el auricular.

—¿Sí? —dijo—. Sí, es el rancho Tucker. Sí, está aquí. Un momento, por favor —le tendió el teléfono a Rebecca—. Es tu hermana.

¿Rachel? El corazón de Rebecca empezó a la tir a toda velocidad. ¿Por qué la llamaba Rachel?

Agarró el auricular.

—Hola, Rachel.

—Rebecca, es el abuelo —dijo sin más preámbulos—. Se está muriendo.

Rebecca gimió de dolor y Rachel sintió su sufrimiento a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

Rebecca sintió un nudo en el pecho. Hacía muchos años que no veía a su abuelo, pero eso no significaba que no lo quisiera.

—¿Está muriéndose?

Rebecca trataba de tranquilizarse mientras su hermana le decía que era sólo cuestión de tiempo y le rogaba que no dejara pasar esa última oportunidad de verlo. Peor era notar el temblor en la voz de Rachel, lo que revelaba lo mucho que se arrepentía de no haber estado con su madre cuando murió.

—Yo tenía que haber estado allí, por ti también. No pierdas esta oportunidad de despedirte del abuelo.

Rebecca casi no podía hablar, pero entonces sintió una mano en el hombro y se dio la vuelta para descubrir a Mitch a su lado. Él le quitó el teléfono de la mano.

Sin dejar de mirarla ni un instante, pronunció las palabras que ella no era capaz de articular.

—Rachel, soy Mitch Tucker. Me aseguraré de que tu hermana tome el primer avión —guardó silencio un momento—. Sí, necesita estar allí, con su familia —colgó pero sólo para hacer otra llamada.

Rebecca volvió a su habitación como en trance. Cerró la puerta, pero no podía mantener a Mitch fuera. ¿Cómo se había atrevido a tomar esa decisión por ella? Sabía que tenía que ir a Inglaterra, pero ¿cómo iba a afrontar al grupo de extraños que eran su familia?

Necesitaba a alguien con ella. Sacó su móvil del bolso y llamó a Stephanie. Después de un minuto localizó a su amiga en Londres y le anunció su inminente visita. Stephanie le ofreció quedarse en su apartamento. Rebecca le dijo que le confirmaría cuándo llegaba a Heathrow y colgó.

Oyó una suave llamada a la puerta, luego ésta se abrió y entró Mitch.

—Rebecca, creo que no deberías ir sola —dijo—. Quiero ir contigo.

Le costó todas sus fuerzas mover la cabeza para negarse mientras sacaba la maleta y empezaba a guardar sus cosas.

—No. Estaré bien —dijo sencillamente. Fue al baño y volvió con

sus cosas de aseo—. Es mi familia. Lo manejaré yo sola —claro, como había manejado todo hasta ese momento: ignorándolo.

—De acuerdo, pero al menos déjame llevarte a Nueva York. Ya he avisado a mi piloto en Cheyenne. Traerá el avión aquí.

Antes de que pudiera contestarle, Mitch se fue y la dejó haciendo el equipaje. Era mejor así. Cuanto antes se alejara de Mitch, antes lo olvidaría.

Una hora después, el equipaje de Rebecca estaba en el todoterreno y ella estaba lista para irse. ¿Lo estaba? Dejaba a Mitch y a los niños. La esperaban fuera. Lentamente, abrió la puerta y los vio en fila en el porche.

—Siento lo de tu abuelo, Rebecca —dijo Greta.

—Yo también —añadió Colby.

—Gracias —abrazó a los dos y luego miró a Mitch—. Será mejor que me vaya.

—El avión está aquí —dijo Mitch abriéndole la puerta.

Abrazó fuertemente a los niños luchando desesperadamente contra las lágrimas. Ya era bastante difícil separarse de Mitch, pero además aquellos dos… Llevaba a aquellos niños en el corazón.

—Te quiero, Rebecca —afirmó Colby.

—Yo también te quiero —dijo como un eco Greta.

—Y yo también os quiero —susurró con un nudo en la garganta mientras volvía a abrazarlos.

—Por favor, vuelve pronto —rogó Greta.

Mitch se acercó.

—Niños, Rebecca tiene que subir al avión.

La acompañó hasta el asiento del pasajero, dio la vuelta al coche y encendió el motor. Sorprendentemente, Mitch no dijo nada durante el recorrido. La dejó sola con sus pensamientos, mirando por la ventanilla las montañas que había empezado a conocer y amar.

Llegaron a la pista y aparcaron.

—Jerry Driscoll es mi piloto. Te llevará a Nueva York —buscó en el bolsillo y sacó un itinerario—. Te he reservado billete en un vuelo de British Airways que sale del aeropuerto Kennedy.

—Gracias —dijo incapaz de discutir con él por haber hecho todo aquello.

La ayudó a salir mientras Wally le llevaba las maletas. Sólo tenía

que alejarse de Mitch y sería libre.

—Gracias por todo. Adiós, Mitch —lo miró un segundo. Mala idea.

Mitch se acercó a ella.

—Si te crees que te voy a dejar salir de mi vida así, es que no me conoces.

—Mitch, hemos hablado de esto mil veces —dijo ella—. No somos el uno para el otro.

—Después de lo que hemos compartido esta noche, ¿cómo puedes decir eso?

—No quiero hablar de eso ahora —dijo mirando al avión—. Tengo que irme.

Pero él todavía no quería dejarla marchar.

—No puedo dejar que te vayas hasta que hayas entendido cómo me siento. Te amo, Rebecca. Danos una oportunidad, podemos hacer que funcione.

—No podemos —dijo con el corazón desbocado.

—Te equivocas —replicó—. Quieres a mis hijos y yo no hay nada que quiera más que estar contigo, casarme contigo, tener hijos contigo. Demonios, me encantaría tener una docena.

El dolor la hacía pedazos.

—Yo no puedo.

—¿Por qué? —preguntó buscándole la mirada—. Te he visto con Greta y Colby y cómo tratabas a Matthew. Se nota que te importan —bajó la voz—. Becca, tú lo harías bien si tuvieras hijos.

Sintió otro zarpazo de dolor.

—Déjame ir, Mitch, por favor…

—Dime por qué no quieres que lo intentemos —se mantuvo a su lado—. Dime por qué no.

Finalmente no pudo contener más las lágrimas y empezaron a correr por su rostro.

—¡Porque no puedo tener un hijo tuyo! No puedo tener un hijo de ningún hombre.

Se alejó al ver la impresión en sus ojos. Mitch fue hacia ella, pero no pudo soportar la pena y el arrepentimiento en su voz.

—Oh, Rebecca…

El dolor que sentía era peor que cualquier cosa que hubiera imaginado.

—Tengo que irme. Adiós, Mitch.

Rebecca se dio la vuelta y echó a correr. No se detuvo hasta que

llegó al avión. Una vez que hubo despegado, dejó llorar libremente a su corazón. Había dicho la verdad y había conseguido sacar de su vida a Mitch Tucker. Para siempre.

Sólo le faltaba sacarlo de su corazón.

A la mañana siguiente, Rebecca pagó al taxista y se bajó delante de la verja de hierro negro que rodeaba la casa georgiana de William Valentine.

Se quedó de pie en la acera, exhausta. Tenía la sensación de no haber dormido desde hacía días. Primero el vuelo hasta Nueva York, después la carrera a su apartamento para hacer la maleta, buscar. el pasaporte y salir otra vez corriendo al aeropuerto para llegar a su vuelo a Heathrow. Stephanie la esperaba y, después de dejar el equipaje en casa de su amiga y refrescarse un poco, había salido hacia allí.

Rebecca cerró el puño sobre el libro que llevaba en la mano. La Bella durmiente. El abuelo William le había regalado a Rachel un ejemplar de La belleza morena y a ella una de La Bella durmiente cuando se habían ido de Londres para vivir en Estados Unidos hacía casi veinte años.

Antes de salir de su apartamento de Nueva York, se había descubierto a sí misma buscando su libro favorito de cuentos de hadas. Lo había leído mientras cruzaba el Atlántico. Le había entristecido que hubiera pasado tanto tiempo sin haber visto a su abuelo y haber pasado tantos años lejos de un lugar que una vez había sido su hogar.

Rebecca atravesó la cancela y fue hasta las enormes puertas. Levantó el llamador y lo dejó caer contra la base de bronce. La puerta la abrió una atractiva y sonriente mujer de mediana edad.

—Señorita Valentine, qué bien que haya venido. Soy Margaret Jordan, trabajo para su abuelo. Por favor, pase, su hermana la espera.

—Gracias, Margaret —dijo Rebecca y siguió a la mujer al interior de la casa. De pronto los recuerdos de la infancia la bombardearon.

El suelo de la entrada era de grandes baldosas cuadradas de mármol. A la derecha se encontraba la sala de recibir a las visitas, hermosamente amueblada.

Margaret la esperó al pie de la escalera. Más recuerdos

acudieron a ella al empezar a subir. Al llegar arriba, Rebecca dudó. Su hermana y ella habían jugado allí al escondite, entrando y saliendo de las habitaciones. También estaba la habitación especial que el abuelo había decorado y llenado de juguetes para las nietas.

Una gran tristeza la llenó al pensar en la muerte de William Valentine. Debería haber vuelto antes. Tendría que haber aprovechado la oportunidad de conocer a su abuelo ya como mujer adulta.

Margaret se detuvo ante la habitación de su abuelo. Le dedicó a Rebecca una sonrisa amable.

—Estará tan feliz de verla… —llamó y abrió la puerta.

El pulso de Rebecca se lanzó a la carrera. Respiró hondo, entró en la habitación en penumbra y dirigió la vista hacia la cama, al frágil hombre tendido bajo impolutas sábanas blancas.

Velando al lado de la cama estaba su gemela, su hermana. Rachel era alta y elegante, la imagen de la mujer profesional con su pelo castaño moldeado que le llegaba exactamente hasta los hombros. Rachel se giró hacia ella y, con una mirada sonriente en sus ojos de color azul grisáceo, le tendió la mano.

Los años pasados desaparecieron en un momento. Rebecca vio la mirada amorosa mezclada con algo de arrepentimiento por el tiempo perdido. Fue hacia la cama y se acercó a la mano tendida de su hermana. Se mantuvieron varios segundos unidas, como si así acumularan fuerzas para lo que estaba a punto de ocurrir.

Rachel se inclinó sobre el hombre que yacía en la cama. Un tubo de oxígeno desaparecía por su nariz.

Después de un momento, el abuelo parpadeó y abrió los ojos. Al ver los familiares ojos con aquel azul, Rebecca sonrió.

—Hola, abuelo.

La mirada de William encontró a Rachel, después a Rebecca. Las lágrimas recorrieron sus consumidas mejillas.

—¡Rebecca! Dios ha escuchado mis oraciones. Mis dos bellezas juntas por fin.

Rebecca estaba de pie en el balcón de barandilla blanca que daba a Hyde Park. El apartamento de Stephanie encima del Bella Lucia era uno de los extras de su trabajo de directora de uno de los mejores restaurantes de Londres. Era el segundo de los tres que la familia Valentine tenía en la zona. Todos tenían el nombre del gran

amor de su abuelo, su segunda esposa, Lucia.

La mayor parte de la familia trabajaba en ellos. Rachel era la responsable de la compra de vinos. Su hermanastra, Emma, era chef. Su padre, Robert, y su hermanastro, Max, llevaban el restaurante de Chelsea. Su tío, John Valentine, dirigía el de Mayfair. Sin su abuelo, ¿quién iba a mantener la paz entre los hermanos rivales?

Rebecca tenía diez años cuando se había marchado de Londres, pero le parecía que habían pasado dos días. Su abuelo había muerto y lo habían enterrado el día anterior. Por suerte no había tenido que encargarse ella de todo; su hermana Rachel había estado allí.

De pronto sus pensamientos se volvieron a Mitch como tantas veces desde que había salido de Wyoming. Y, lo mismo que otras veces, trató de apartar de su mente los recuerdos de aquel hombre. No podía enfrentarse a ellos en ese momento.

Mejorar la relación con su hermana era su máxima prioridad, y habían empezado desde el momento en que Rachel y ella habían dejado la habitación del abuelo y se habían sentado a hablar. Hablar sobre la inseguridad que el divorcio de sus padres les había provocado. Cómo las dos habían pensado que habían tenido que tomar partido por uno de los dos y en ese proceso se habían perdido la una a la otra. Por fin se habían encontrado de nuevo y Rebecca no estaba dispuesta a desaprovechar esa oportunidad.

Rebecca oyó la voz de Stephanie tras ella y se volvió a sonreír a su amiga.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió Rebecca.

Stephanie era alta y delgada, con un pelo rojo salvaje que continuamente intentaba domesticar. Muy poca gente conocía los secretos que ocultaban aquellos ojos verdes, ni todo el sufrimiento emocional y físico que había soportado en su corta vida.

—Emma nos va a traer algo de comida del restaurante.

Rebecca suspiró.

—No tengo mucho apetito, pero me apetece estar un rato con ella.

Emma era otro miembro de la familia a quien apenas conocía. Su media hermana más joven era hija de su padre y de su tercera esposa, Cathy, de quien se había divorciado el mismo año que su madre había muerto.

Stephanie asintió.

—Es muy agradable y una cocinera fabulosa del Bella Lucia.

—Entonces probaré su comida.

Entraron en el apartamento. Estaba decorado con un estilo de influencia oriental y piezas de arte contemporáneo que colgaban de paredes de tonalidades doradas. En el comedor había cuatro cubiertos. Antes de que pudiera preguntar por la cuarta invitada, sonó el timbre y Stephanie abrió la puerta para que entraran Emma y Rachel.

Emma, que parecía muy alegre, llevaba los contenedores de la comida.

—Le he dicho a tu hermana que viniera también —dijo Emma.

Rachel sonrió, pero Rebecca apreció la tristeza que había debajo del aparente ánimo de su hermana. La muerte del abuelo había sido difícil para ella. Estaban muy unidos.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo abrazando a su gemela—. Hemos estado separadas mucho tiempo y así disfrutamos de estar juntas antes de que me marche.

—Oh, no, por favor, no me digas que te vas a Estados Unidos tan pronto —suplicó Rachel.

—No puedo quedarme mucho más, tengo un trabajo —dijo Rebecca, pero ¿lo tenía?

Había salido de la cuenta Tucker. Le había dicho a Mitch que no iba a volver y todavía no había hablado con Brent.

Se sentaron y disfrutaron de una gran comida. Después Emma tuvo que volver al Bella Lucia de Chelsea y Stephanie desapareció en su cuarto, dejando a las hermanas solas.

—Rachel, odio verte tan… desanimada —dijo Rebecca—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondió Rachel intentando no entrar en el tema.

—¿Has pensado sobre lo que hablamos el otro día en casa del abuelo?

Su hermana bajó los ojos.

—No he tenido mucho tiempo… —se levantó y salió al balcón.

Rebecca la siguió. Quería tratarla con suavidad, pero no quería que Rachel cambiara de tema. Su hermana le había dicho que estaba enamorada en un viticultor francés, Lucien Chartier, y que estaba embarazada.

—Rachel, ya sé que no he estado aquí durante mucho tiempo, pero me gustaría ayudarte… con lo del niño.

La lágrimas inundaron los ojos de Rachel.

—Oh, Rebecca, la he hecho buena —se vino abajo—. Estoy enamorada de un hombre que… no me ama.

Rebecca le pasó el brazo por los hombros. Sentía el dolor de su hermana como si fuera suyo.

—¿Se lo has dicho a él?

Rachel negó con la cabeza.

—No, pero su madre dice que sigue enamorado de su ex esposa.

—Su madre no debería interferir en eso, no puede hablar en nombre de Luc. Es algo entre vosotros dos. Tienes que pensar en algo.

—Ya lo sé —se enjugó las lágrimas—. Voy a dejar el trabajo en Bella Lucia, no puedo trabajar más con papá. Así que tengo que pedirte un favor… Quiero irme a Nueva York y buscar un trabajo de directora de un restaurante —sonrió dubitativa—. ¿Podría quedarme contigo una temporada?

La emoción le hizo un nudo en la garganta a Rebecca.

—Oh, Rachel, me encantaría que estuvieras conmigo —agarró las manos de su hermana.

—¿De verdad? —preguntó Rachel—. Sé que será difícil para ti.

El día que había llegado a Londres había puesto al día a su hermana de sus problemas médicos.

—No tanto como perderte de nuevo. Esee bebé es una bendición. Tu hijo y tú sois bienvenidos en mi casa el tiempo que queráis. No quiero perderme la vida de mi sobrino, o sobrina.

Sí, pensó Rebecca. Necesitaría una familia con ella porque no iba a tener a Mitch. Una oleada de recuerdos de su noche juntos llenó su cabeza.

¡Cómo deseaba un milagro, un milagro por el cual ella fuera capaz de concebir un hijo! Era natural que él quisiera tener más hijos. Lo único que deseaba era poder ser ella la que se los diera. Y no podía.

Rebecca volvió de su ensueño.

—Rachel, sólo hay una condición para que vengas a Nueva York. Tienes que decírselo a Luc, tiene derecho a saberlo.

Su hermana se quedó en silencio, luego asintió y dijo:

—Nos hemos metido las dos en un montón de líos, ¿verdad? Pero aquí estamos, nos hemos reencontrado —se abrazaron—. De acuerdo, ¿y tú? —preguntó—. Estás siempre lista para dar consejos pero no haces caso de ninguno. Tienes que hablar con Mitch.

Rebecca se encogió de hombros.

—Mi situación es diferente. No es mi hombre.

Su hermana la miró sin ninguna convicción.

—Estamos hablando del hombre que te llevó a Nueva York en su avión privado. El mismo hombre que respondió el teléfono en el rancho y unos pocos segundos después te pasó el auricular. Estabais realmente cerca a las cinco de la mañana… para que no sea tu hombre.

Suspiró.

—De acuerdo, dejé que las cosas se me fueran de las manos. Y me enamoré de Mitch, pero no puedo cargarlo con mi problema.

La mirada de Rachel mostraba preocupación.

—Parece que hiciste lo mismo que yo. Huir.

Rebecca frunció el ceño.

—Es cierto, lo hice. Pero él quiere tener más hijos y cuando le dije que yo no podía me dejó ir —luchó contra las lágrimas, pero no pudo contenerlas.

Se volvieron a abrazar.

—Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para ayudar.

—Estoy bien, de verdad. Las dos superaremos esto porque nos tenemos la una a la otra de nuevo.

En ese momento Stephanie apareció en la puerta.

—Odio interrumpir, pero acaba de llamar vuestro padre. Quiere que Rebecca vaya a casa del abuelo.

A Rebecca no le apetecía mucho pasar tiempo con su padre.

—¿Ha dicho para qué? Stephanie levantó una ceja.

—Parece que hay un tal Mitchell Tucker esperándote allí.

CAPÍTULO 10

MITCH estaba sentado en el salón de la casa de William Valentine. Había esperado mucho y estaba impaciente por ver a Rebecca. Había conseguido resistirse a ir a Londres hasta que todo hubiera terminado, pero en cuanto había pasado el funeral había volado para vaciarle su corazón a Rebecca. Tenía poco tiempo para demostrarle su amor. Convencerla de que se pertenecían el uno al otro. No estaba dispuesto a irse de Londres sin ella.

Se levantó y se puso a pasear. Por alguna razón Robert Valentine había decidido que el invitado de su hija necesitaba compañía. Por supuesto que era lo más cortés que podía hacer, pero Mitch sabía demasiadas cosas sobre el padre de Rebecca como para querer ser con él algo más que civilizado. Y después de haber pasado años en el mundo de las grandes corporaciones, Mitch podía reconocer rápidamente a un oportunista.

—Como ya le he dicho, señor Valentine, ya no estoy asociado con Tucker International. Vendí todos mis activos hace dos años. Ahora sólo me ocupo de mi familia y del rancho Tucker.

Roben Valentine era un hombre alto, de ojos negros y pelo negro con algunas vetas grises. Levantó una ceja.

—Un hombre nunca abandona del todo el mundo de las corporaciones. He oído que ahora está en el negocio de la carne. Tal vez nuestros restaurantes estén interesados.

Lo último que quería Mitch en ese momento era hablar de negocios. Tenía que ver a Rebecca, nada más importaba.

—Todavía queda bastante antes de que estemos en marcha.

—Entonces tendremos que seguir en contacto —sonrió Robert=. Como usted está.., trabajando con mi hija…

—Señor Valentine —lo interrumpió Mitch—. Mi viaje no tiene nada que ver con los negocios. Mis razones para venir a ver a Rebecca son personales. Y hasta que hable con ella realmente no me importa mucho ninguna otra cosa —respiró para calmarse—. Así que, por favor, no hace falta que me incluya en su apretada agenda.

Roben abrió la boca pare decir algo cuando llegó el sonido de voces en la entrada. Ansioso, Mitch miró hacia la puerta y se quedó helado cuando apareció Rebecca. La miró a la cara. Parecía cansada pero hermosa. Su pelo, otras veces suelto, estaba recogido en un

moño aunque algunos rizos se escapaban de su control. Llevaba una falda azul marino que dejaba ver sus largas piernas y un suéter azul que hacía juego con sus ojos. Trató de interpretar la reacción ante su presencia en Londres. No sonreía.

—Hola, Rebecca —dijo.

—¿Qué haces aquí, Mitch?

No era lo que quería escuchar, pero ¿qué esperaba? Había dejado que se marchara cuando había lanzado la bomba de su incapacidad para tener hijos. La noticia le había roto el corazón. No por él, sino por ella.

—He venido a verte —dijo buscando su mirada. Habría vendido su alma por que le sonriera—. Estaba preocupado por ti. La última vez que hablamos…

Ella miró a Robert.

—Papá, ¿nos perdonas?

Roben asintió y dijo:

—¿Por qué no salís al jardín? Hace un hermoso día.

Rebecca reconoció esa mirada en los ojos de su padre. A un hombre como Mitch Tucker, a pesar de que fuera americano, Robert lo consideraría un buen partido para su hija y para la familia Valentine.

—Muy bien —dijo ella.

Le daba igual donde fueran. Sólo quería terminar con aquello. De alguna manera tenía que hacer que Mitch se fuera. Entonces, sólo entonces, podría continuar con su vida.

En el camino a casa de su abuelo, había ensayado lo que iba a decirle, pero no tenía ni idea de que verlo de nuevo fuera a causarle semejante impacto. No podía recordar nada de lo que había preparado.

Estaba todavía más guapo de lo normal con aquella chaqueta azul marino, la camisa blanca y una corbata de color burdeos. El pelo estaba cortado y peinado a la perfección.

Cruzó el salón, abrió las puertas de cristal y salió al jardín. Había cientos de rosas de todos los colores en los rosales que bordeaban la terraza. Cuando era pequeña había estado allí muchas veces jugado a saltar los escalones de piedra y contar las flores.

—Mitch, no deberías haber venido.

La siguió.

—Claro que sí, Rebecca. Debería haberlo hecho antes, no debería haberte dejado pasar sola por todo esto. Si no hubiera sido

por los niños, habría venido contigo en el avión.

Rebecca cerró los ojos un momento.

—No, Mitch. Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir. No voy a volver a Wyoming. Nada de lo que digas va a cambiar mi decisión, ni siquiera aunque me cueste el trabajo en la agencia.

Mitch frunció el ceño.

—¿De verdad crees que haría que perdieras el trabajo?

Se dio cuenta de que eso le había hecho daño.

—No, sé que no lo harías. Pero no podemos seguir trabajando juntos. Le pasaré tu cuenta a alguien.

—Si es lo que tú quieres… —suspiró—. Es una pena después de todo el esfuerzo que hemos puesto en el proyecto. He estado dando vueltas a tus ideas, sobre todo a la del Campamento Carrie.

—¿Cómo te has enterado…?

—Encontré tu maletín en mi mesa. Me imaginé que querrías que le echara un vistazo.

Estaba asombrada por haberse olvidado de algo tan importante para ella.

—Bueno, tú lo has pagado.

—Yo he pagado por ideas para mi proyecto de negocio —la miró fijamente—. Lo que compartimos esa última noche juntos fue muy especial para mí. Creí que también lo era para ti —se acercó más y ella se alejó.

—Claro que lo fue, pero ya se acabó —dijo ella—. Vuelvo a Nueva York.

—¿Qué pasa si te vuelvo a pedir que vuelvas a Wyoming?

—Mitch, ya hemos pasado por esto. Nuestras vidas son demasiado diferentes. Tengo mi trabajo.

—¿Puedes dejar de esconderte detrás de tu trabajo? Ya no me vale esa excusa.

—No es una excusa —arguyó ella, pero sin convicción—. He trabajado mucho para forjarme una carrera.

—No lo dudo, Rebecca. Una vez hice lo mismo, pero descubrí que mi vida y mis hijos eran más importantes. Creo que, si tienes una oportunidad, elegirás una familia, pero crees que no puedes. Estoy aquí para convencerte de lo contrario.

Rebecca sentía un enorme nudo en la garganta.

—Te lo dije cuando me iba de Wyoming… No puedo… —se dio la vuelta—. Por favor, no me hagas pasar por esto de nuevo. Vete.

—¿Por qué tendría que ponértelo fácil? Tu estás haciendo que

sea increíblemente difícil para mí. He hecho este viaje para decirte que te amo. Que mis hijos te quieren. Y tú ni siquiera me has mirado.

La tomó del brazo y le dio la vuelta para mirarla a la cara.

—Te quiero, Becca —susurró—. Nunca creí que pudiera importarme otra mujer… —tomó aire—. Cuando Carrie falleció, yo también quería morir. Salí adelante sólo por mis hijos. Después apareciste tú en mi vida —bajó la cabeza, unió sus labios a los de ella y oyó su gemido.

—Esto no está bien, Mitch —quería lo que él le ofrecía, lo deseaba, pero estaba segura de que él se acabaría arrepintiendo—. Sólo quiero que cumplas tu sueño.

—Rebecca, tú eres mi sueño.

Levantó los ojos para encontrarse con la mirada de él.

—Pero tú… tú quieres tener más hijos. Una casa llena.

Mitch apoyó su frente en la de ella.

—Sí, quería que tú tuvieras a mi hijo, pero eso era un extra. Es a ti a quien quiero. Es a ti a quien necesito en mi vida… en la vida de mis hijos. Quiero envejecer a tu lado.

—Pero…

—No me interrumpas —dijo Mitch. Estaba haciendo todo lo posible para convencerla de que la amaba—. Te quiero tanto, Rebecca… Y sé que tú también me quieres o si no nunca me habrías dejado hacerte el amor.

—En eso te equivocas.

—No, tengo razón. Nos pertenecemos el uno al otro —la abrazó y cubrió su boca con un largo y profundo beso. Cuando terminó, los dos estaban sin aire—. Te podría estar besando siempre —dijo Mitch casi sin respiración—. Y eso me distrae —la tomó de la mano y la llevó a un banco de hierro que había entre las rosas—. Cuéntame tus problemas médicos. ¿Por qué no puedes quedarte embarazada?

Mitch le pasó un brazo por detrás de los hombros y la atrajo contra su pecho mientras la escuchaba hablar de su endometriosis desde que era adolescente y su pronóstico en el futuro.

—Tengo que volver a Nueva York para una operación programada —terminó ella.

—Bueno, no estarás sola. Voy a ir contigo, pero primero pediremos una segunda opinión.

Rebecca levantó la cabeza.

—Mitch, es así, no quiero que te hagas ilusiones.

Mitch agarró su rostro entre las manos. Tenía que hacer algo que le demostrara cuánto la amaba, lo importante que era para él.

—Te amo, Rebecca Valentine. Por supuesto, me encantaría darte un hijo, pero tú eres todo lo que necesito. Y si es por niños… ya sé que no son bebés, pero hay dos niños en Wyoming que quieren que tú seas su madre —sintió cómo las lágrimas le quemaban los ojos—. Me hicieron prometerles que te llevaría de vuelta.

—Oh, Mitch… si lo pienso un minuto…

—Rebecca, todo lo que tienes que hacer es decirme que no me quieres, ni a mí ni a mis hijos, y saldré por la puerta y no volverás a verme jamás —cuando ella trató de apartar la mirada, él la agarró de la barbilla—. Sé que ha habido mucha gente en tu vida que te ha dejado tirada, pero yo no voy a hacerlo. Te prometo que estaré a tu lado, Becca, siempre. Sólo dime que me quieres a tu lado, que me amas —necesitaba escuchar esas palabras más que respirar.

—Sí —murmuró—, te amo, Mitch. Te quiero mucho.

—Me alegro de que sea así —se deslizó del banco y se apoyó en el suelo sobre una rodilla—. Rebecca Valentine, no hay nada que quiera más en el mundo que tener el honor de que seas mi esposa y la madre de mis hijos.

Con mano temblorosa, Mitch buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita de terciopelo. La abrió y apareció un anillo de estilo antiguo con un diamante de tres quilates montado sobre platino.

—Oh, Mitch —gimió Rebecca—. Es exquisito, nunca he visto nada más bonito.

Mitch sacó el anillo de la caja.

—Dame la mano, Rebecca. Confía en mi amor por ti. Empecemos desde ahora —esperó. El corazón le latía tan fuerte que cai podía oírlo—. Seamos una verdadera familia —ella temblaba mientras le tendía la mano para que Mitch le colocara el anillo—. Te queda perfecto —la miró—. Como nosotros —se levantó, la tomó entre sus brazos y la besó. Cuando se separaron le preguntó—: ¿Hay algún sitio donde podamos estar solos? Quiero demostrarte cuánto te he echado de menos.

Ella sonrió.

—Me temo que es imposible. Te vas a casar con una mujer que tiene una gran familia. Y me apuesto lo que quieras a que mi padre y mis hermanas está al otro lado de esa puerta esperando conocer

tus intenciones.

Mitch rió.

—Les diré que son, honorables y después podremos escaparnos. La boda será lo antes posible —al escuchar la palabra «boda» ella se mordió el labio—. Todo va a salir bien, Rebecca. Vamos a tener una vida maravillosa juntos —dijo Mitch—. Y nos esforzaremos por tu carrera profesional.

—Mi carrera no es tan importante como tú y los niños. Por supuesto, quiero que sigamos compartiendo las tareas de la casa.

Mitch se inclinó y besó en los labios a su futura esposa.

—Eso habrá que negociarlo.

Ella le pasó los brazos por el cuello.

—Tengo la sensación de que va a haber mucha negociación en este matrimonio.

Apoyó su boca contra la de él y empezó a trabajar en los términos del acuerdo.

EPÍLOGO

A MENOS de dos horas de su boda, Rebecca estaba en la habitación de matrimonio del rancho intentando tranquilizarse. Sus hermanas, Rachel y Emma, además de Stephanie, habían volado para estar allí en un día tan especial. Mil veces le habían repetido que ellas se encargarían de todo. Rebecca no era consciente del trabajo que era organizar una boda. Incluso celebrándola en el rancho y con menos de cien invitados, había mucho que hacer.

Mitch quería que ella tuviera un día así. A Rebecca no le habría importado casarse en el juzgado, como habían hecho Rachel y Luc.

Miraba el hermoso diamante que Mitch le había regalado en Londres como muestra de su amor. ¿Quién le hubiera dicho cuando había salido de Nueva York en mayo que se estaría casando en menos de un año?

Miró el vestido extendido sobre la cama. Era una copia del vestido de novia de la abuela Lucia. Pasó la mano por el satén blanco y el complicado cuello festoneado. Cuando Mitch había descubierto cuánto le gustaba el vestido de su abuela, había encargado a un diseñador que lo recreara para ella.

Rachel llegó con su vestido rosa de dama de honor y su vientre abultado por el embarazo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Rebecca a su hermana.

—Deja de preocuparte, estoy bien, lo único que necesito es que Luc y tú dejéis de preguntarme cada cinco minutos.

—No queremos que hagas demasiadas cosas —Rebecca estaba contenta de ver a su hermana tan feliz.

Resultaba que Luc sí amaba a Rachel y había querido casarse con ella, a pesar de que al francés le había costado unas semanas confesarle sus auténticos sentimientos por ella.

Y Rebecca, por su parte, siempre estaría agradecida a que Mitch se hubiera arriesgado a ir a buscarla y convencerla de que tenían que estar juntos. Y Greta y Colby la habían recibido con los brazos abiertos. Tenía mucha suerte.

Emma entró.

—Rebecca, lo siento, pero parece que papá no va a venir —su hermana pequeña intercambió una mirada con Rachel—. Acaba de llamar diciendo que no vendrá.

—Oh… —fue lo único que acertó a decir Rebecca.

Nunca le había pedido mucho a Robert Valentine, pero había pensado que por lo menos iría a su boda.

Sufrió una náusea de pronto. Corrió al baño y Rachel y Stephanie entraron tras ella.

—No dejes que te estropee el día —dijo Rachel—. Lleva haciéndonos esto toda la vida.

—Son sólo nervios —contestó Rebecca—. Llevo así toda la semana. No aguanto más, quiero que se celebre la boda y que mi vida vuelva a la normalidad.

Una vez más, Rachel y Emma intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —preguntó Rebecca.

—Llevas así una semana, dices —repitió Rachel—. Alguna cosa más… ¿tienes los pechos más sensibles?

—¿Por qué? Sí, pero… —el corazón le dio un salto al pensar en la posibilidad—. No… no puedo estar… embarazada. El médico dijo que el tejido…

—Necesitamos una prueba de embarazo —dijo Rachel.

—¡No me puedo hacer una prueba de embarazo, me caso en una hora!

Mitch se ajustó la corbata y sonrió mientras recibía a los invitados. Miró el reloj. Debía de ser la hora de empezar. Todavía estaba enfadado por saber que Robert Valentine no iba a presentarse. Quería que ese día fuera perfecto para Rebecca. Al pensar en la novia sonrió. ¿Cómo había tenido tanta suerte de conocerla?

—Papá —dijo Colby tirándole de la manga—. ¿Cuándo te casas?

—Pronto, hijo —dijo Mitch—. Hoy es el día de la novia y tiene derecho a llegar tarde.

—No va a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No —se arrodilló delante de su hijo—. ¿Qué te preocupa?

—Me estaba preguntando si está bien que llame mamá a Rebecca. Quiero decir, que si es…

—Hijo, creo que eso hará a Rebecca muy feliz. Os quiere mucho a Greta y a ti. Sólo quiere estar segura de que sea decisión vuestra.

El niño abrió desmesuradamente los ojos.

—He decidido que quiero. ¿Crees que debería preguntárselo a ella antes?

—¿Qué te parece después de la boda?

—¡Bien! —gritó y chocó la mano con su padre.

Mitch miró hacia arriba. Stephanie y Emma iban hacia él.

—Disculpa por la espera, ya estamos listas, así que todo el mundo a su sitio —Emma sonrió—. La novia necesita un acompañante. Colby, ¿te gustaría acompañar a Rebecca al altar?

Colby hinchó el pecho.

—¡Claro! —y se fue con las damas de honor.

Los invitados se sentaron en las sillas de madera colocadas en hileras frente al altar. Una alfombra blanca señalaba el recorrido de la novia. Mitch y su padrino, Wally, permanecían de pie al lado del celebrante mientras se acercaban las damas de honor, con Greta abriendo el camino. Cambió la música y todo el mundo se puso en pie al entrar Rebecca con Colby.

El vestido era sencillo. El satén se recogía en la cintura y después caía en redondo hasta el suelo con una cola por detrás. Era un elegante vestido al estilo de los años cuarenta. Perfecto para ella.

El pelo iba echado hacia atrás con una diadema de flores de la que colgaba el velo. Llevaba un ramo de rosas rosas. Cuando sonrió, Mitch sintió que el corazón se le desbordaba.

Recorrió el camino hasta el altar y Colby entregó la mano de Rebecca a su padre.

—Ha dicho que sí, papá —dijo el niño en un susurro—. Ha dicho que le encantaría que la llame mamá.

Aquello provocó algunas risas entre los invitados. Colby ocupó su lugar al lado de su hermana. Mitch no podía apartar los ojos de la novia, que estaba radiante.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal, vaquero.

Quería besarla ya, pero en lugar de eso enlazaron sus brazos y se giraron hacia el celebrante.

Veinte minutos después, eran declarados marido y mujer. Mitch cumplió su deseo, tomó a Rebecca entre sus brazos y la besó. No la soltó hasta que el aplauso de los invitados le recordó que no estaban solos.

—Hola, señora Tucker —le dijo después de otro beso.

—Hola, señor Tucker —sonrió—. ¿Te importaría venir un momento conmigo antes de la recepción?

—¿No te acabo de prometer que iré contigo a todas partes?

Mientras todo el mundo salía al patio, Rebecca llevó a Mitch de

la mano a la galería. Cuando cerró la puerta, él la tomó entre los brazos y volvió a besarla.

—Esto ha sido una gran idea, pero todo el mundo verá que no estamos y vendrá a buscarnos.

—Sólo quería darte tu regalo antes de que estés demasiado absorbido por la recepción. No podía esperar —admitió ella. Fue a la mesa a por una cajita atada con un sencillo lazo.

Él la miró a la cara. Estaba ruborizada y nerviosa.

—Ya sabes que me va a encantar cualquier cosa que me des.

—Bueno, esto es algo que los dos queríamos pero que no teníamos previsto.

Mitch desató el lazo y abrió la caja para encontrar una larga barrita de plástico blanco. Reconoció lo que era inmediatamente. El color del orificio de la barrita era rosa, positivo. El corazón se le disparó.

—¿Estás embarazada?

Rebecca asintió temblando.

—He estado enferma toda la semana y Rachel dijo que tenía que hacerme la prueba. Llamé al médico de Nueva York. Me dijo que era posible. Por eso llegamos tarde a la ceremonia —continuó—. Emma bajó al pueblo a la farmacia. Tenía que estar segura —se sentó al lado de la ventana—. Sé que esto es algo imprevisto, no lo habíamos planeado.

Cuando vio la sonrisa de Mitch se relajó un poco. El se puso de rodillas delante de ella.

—Estoy sorprendido. Hemos pasado una sola noche juntos… y hacemos un niño —parpadeó para contener las lágrimas—. Estoy impresionado, por decir lo mínimo.

Deseaba tanto darle un hijo a Mitch… Pero, ¿estaba preparada para la maternidad en ese momento?

—Pero, ¿estás feliz? —preguntó ella.

Mitch la envolvió en sus brazos.

—Mi Becca —susurró—. Nunca me saldrán las palabras para expresar lo que siento en este momento. Nunca pensé que pudiera amarte más de lo que ya te amaba, pero… Además ya quiero a nuestro hijo —la besó con ternura, suavemente.

Nunca se había sentido tan querida en su vida. Cuando Mitch la soltó, apoyó la cabeza en la frente de ella.

—No se lo digamos a nadie en unas semanas —dijo ella—. Quiero que esto sea sólo algo nuestro una temporada —las lágrimas

hacían que le brillaran los ojos—. Es un milagro.

—Nuestro amor es un milagro.

Rebecca sabía que el auténtico milagro era haber encontrado a Mitch y la familia con la que siempre había soñado.